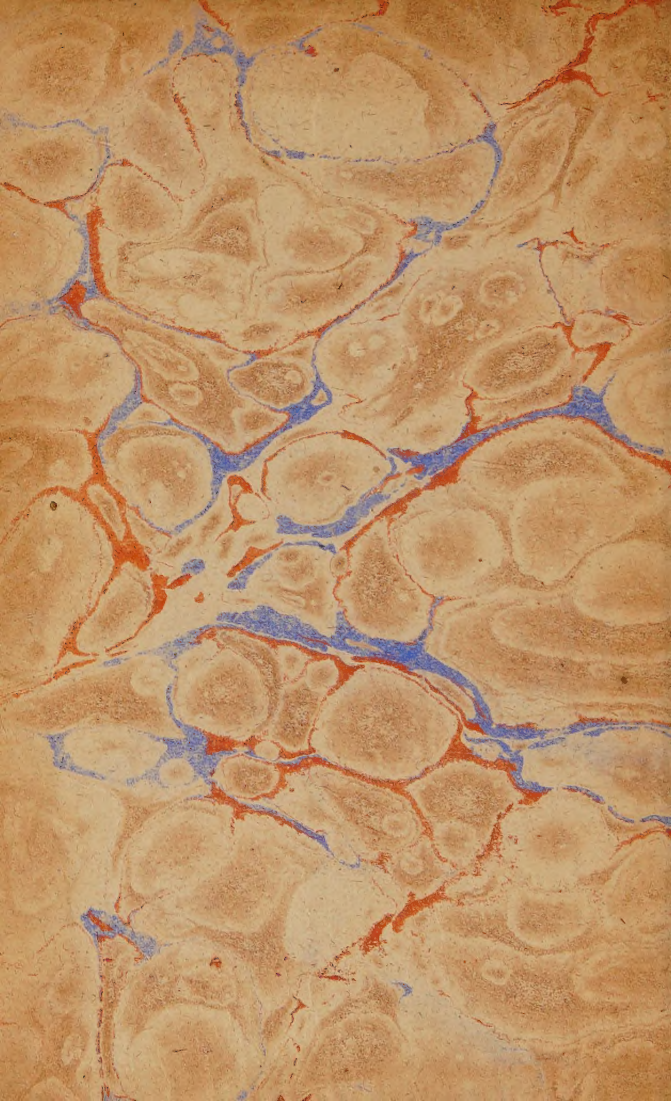
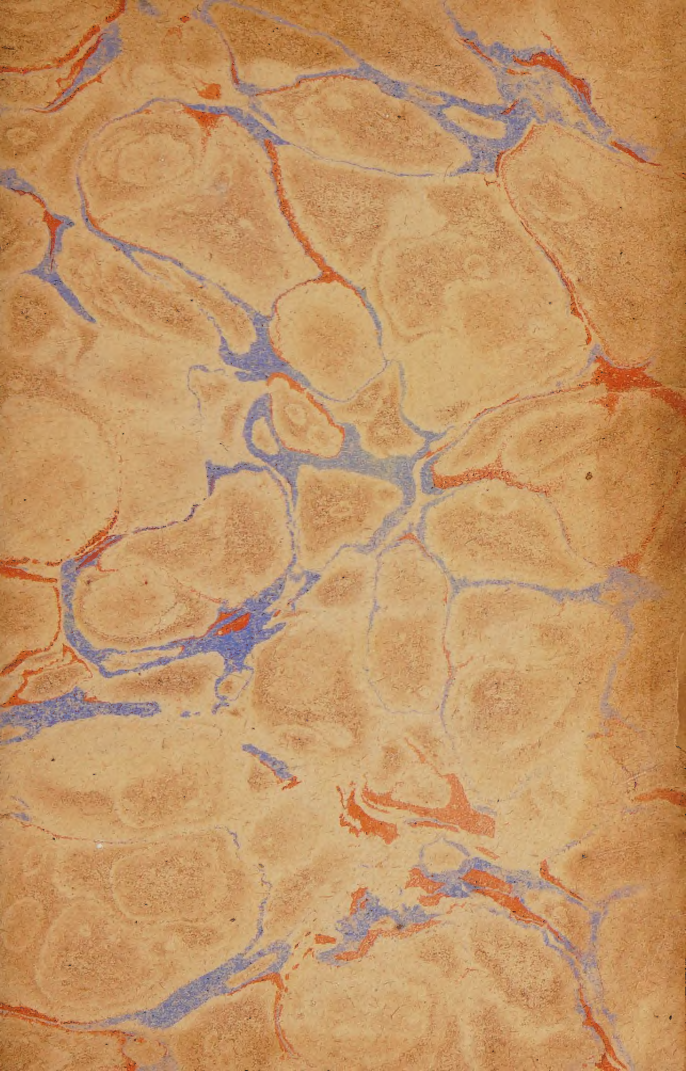
The background is a traditional marbled paper pattern, often used for book covers or endpapers. It features a complex, organic design with swirling, wavy lines in shades of brown, tan, and cream. The pattern is dense and covers the entire surface. In the bottom left corner, there is a small, rectangular white label with a thin black border. The label contains five lines of text in a simple, sans-serif font. The text is as follows:

BX
890
P26
1887
GTU
Storage

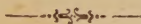








PRÁCTICA Y BREVE DECLARACION
DEL
CAMINO ESPIRITUAL.





RECEIVED BY THE DIRECTOR

1911

CAMINO REAL

1000

127

PRÁCTICA Y BREVE DECLARACION

DEL

CAMINO ESPIRITUAL,

COMO LO ENSEÑA

EL B. P. S. IGNACIO

FUNDADOR DE LA COMPAÑIA DE JESÚS,

EN LAS CUATRO SEMANAS DE SU LIBRO

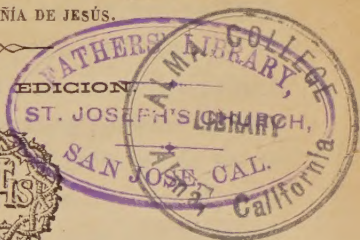
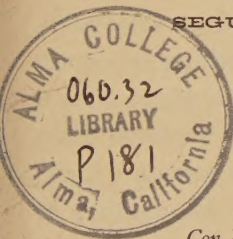
DE LOS EJERCICIOS,

POR

EL P. LUIS DE LA PALMA,

DE LA COMPAÑIA DE JESÚS.

SEGUNDA EDICION



~~~~~  
*Con licencia del Ordinario.*  
~~~~~

BARCELONA.

IMP. Y LIBRERÍA DE LA V. É H. DE J. SUBIRANA,
CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16.

1887.

6571

PRÁCTICA Y BREVE DECLARACION

DEL

CAMINO ESPIRITUAL X B

890

COMO LO ENSEÑA

EL B. P. S. IGNACIO

PROFESOR DE LA COMPANIA DE JESUS

DE LAS ESCUELAS DE LOS EJERCICIOS

DE LOS EJERCICIOS

1901

EL P. LUIS DE LA PALMA

DE LA COMPANIA DE JESUS

RECOMENDACION

Don Manuel de Ochoa

BARCELONA

MAT. Y LIBRERIA DE LA V. R. DE J. B. BARRERA,
CALLE DE LA PUERTA VERDE, NUM. 10.

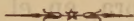
1897.

A NUESTRO MUY RDO. PADRE

MUCIO VITELLESCHI,

PREPÓSITO GENERAL

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.



Este pequeño tratado, que ahora sale á luz, en que se contiene una breve práctica y declaracion de las cuatro semanas de los *Ejercicios espirituales*, es parte del primer tomo que publiqué los años pasados de esta misma materia: porque como en él no se pudo declarar todo el libro de los Ejercicios, y apenas se declaró más que las veinte anotaciones primeras, me pareció entonces juntar con él esta breve suma, de que se pudiesen aprovechar, particularmente nuestros Padres y Hermanos, los dias que se recogen cada año á hacer los Ejercicios.

Y por esta causa repartí en ocho dias todas las cuatro semanas, con ocho meditaciones tomadas de la materia de las mismas cuatro semanas, y ocho pláticas ó instituciones en que se declara el fruto que se ha de sacar de ellas, y la forma que se debe guardar en los Ejercicios que se practican en ellas. Suspendí por entonces el imprimir esta suma, pensando que pudiera en pocos dias acabar toda la obra, en el mismo estilo que la habia empezado, y tratando más despacio las varias materias, que forzosamente se habian de ofrecer en ella. Mas como la falta de salud y las ocupaciones de la obediencia me han desengañado, que no podré acabar esta obra con la brevedad que pensaba, algunos me han hecho instancia para que se imprimiese lo que ya estaba aprobado, y escrito de mano andaba en mano de muchos; juzgando que el fruto que ellos habian sacado y el provecho que habian experimentado, era razon que se comunicase á todos. Esta pequeña suma es la que ahora de nuevo pongo á los piés de V. P. suplicando

humildemente perdone V. P. y excuse mi atrevimiento, que ha nacido del deseo que tengo que todos conozcamos el tesoro que nos ha dado Dios en este pequeño libro de los Ejercicios. Guarde nuestro Señor á V. P. como toda nuestra Religion lo ha menester. Madrid, 12 de Marzo 1629.

LUIS DE LA PALMA.

Á LOS PADRES Y HERMANOS

DE LA

COMPAÑÍA DE JESÚS.

PRÓLOGO.

Estando persuadido, como lo estoy, que toda la inteligencia y la luz, y las virtudes sólidas y perfectas que resplandecieron en nuestro bienaventurado Padre san Ignacio, y en aquellos primeros Padres que fundaron nuestra Religión, se las comunicó Dios nuestro Señor por medio de los *Ejercicios* que inspiró á su primer Padre y Fundador; y asimismo, estando persuadido que por estos mismos *Ejercicios* ha de comunicar el Señor el mismo espíritu y perfeccion á sus sucesores, y que en apagándose esta luz nos hemos de quedar á oscuras, y en cortándonos estos cabellos, al parecer pocos y flacos, nos hemos de quedar sin fuer-

zas y como los demás hombres: siendo todo esto así, ninguno se maravillará, que de muchos años atrás me haya dado nuestro Señor grandísimo deseo de comunicar á mis Padres y Hermanos lo que yo sentia de estos *Ejercicios*. No porque piense de mí que los he comprendido, sino por despertar á otros á quienes Dios nuestro Señor haya comunicado mayor luz, y hayan sabido aprovecharse mejor de ellos, para que labren este preciosísimo diamante, que si bien para piedra comun fuera muy pequeño, para piedra tan preciosa es de inestimable valor. Con este intento publiqué los años pasados el primer tomo del *Camino espiritual*, que nuestro bienaventurado Padre descubre y enseña en su libro de los *Ejercicios*. Todo el camino va dividido en tres jornadas, que comunmente llaman purgativa, iluminativa y unitiva; propias de los incipientes, proficientes y perfectos, declarando en particular todos los pasos que se han de dar en ellas. Tambien se declaran las calidades que ha de tener el maestro y padre espiritual que ha de dar los ejercicios, y las que ha de tener tambien el que los hace, y en que medida se le han de dar á cada uno segun la capacidad y disposicion que tiene. Declárase tambien lo qué importa hacer todas las cuatro semanas de ejercicios, y el

grande fruto que se ha seguido de ellos, no menos en los seglares que en los religiosos, y muy particularmente en la fundacion de nuestra Compañía, y en aquellos primeros Padres que la fundaron y enseñaron, y pusieron en el estado que hoy la vemos. Finalmente, en este primer tomo pusimos por mayor la teórica de este libro de los *Ejercicios*, y el fin que se ha de pretender y procurar en ellos, y las obligaciones del que los hace y del que los da; que como allí dijimos, es casi todo lo que se contiene en las veinte anotaciones primeras. Demás de esto, de todos los lugares que allí se citan del libro de los *ejercicios*, procuramos dar la razon y reducir aquella doctrina á sus principios, teniendo delante de los ojos lo que el santo Padre encomienda en la quarta parte de las *Constituciones*, capítulo 8: *Que tomen uso los nuestros en dar los ejercicios espirituales á otros, despues de haberlos probado en sí mismos; y que sepan dar razon de ellos, de tal modo, que no solamente se dé satisfaccion á los otros, pero que se muevan á desear ayudarse de ellos.* De lo cual se ve, que esta doctrina, que se endereza á dar razon de los ejercicios y mover á hacerlos, no es tanto para el discípulo que los hace, quanto para el maestro que los da; ni tanto para el que anda este

camino, cuanto para la guia que le lleva por él.

Esta ha sido una de las causas, y no la menor, porque la doctrina de aquel primer tomo, se les ha hecho á muchos dificultosa y oscura. Porque si para hacer todos los ejercicios, quiere su autor que no se den sino á personas raras y de mucha capacidad, ¿qué capacidad será menester para darlos y ser maestro de ellos? Allégase á esto, que aquel tomo primero es como preámbulo y prólogo del segundo y tercero, en que se habian de declarar todas las cuatro semanas, y las reglas que están despues de ellas, por el mismo orden que están escritas en el libro; lo cual si se hubiera hecho, los unos tratados hubieran dado luz á los otros; pero la poca salud y las muchas ocupaciones no han dado hasta ahora lugar de acabar esta obra; y así no es maravilla que á muchos se les haga oscura y se aprovechen menos de ella, como de obra empezada y edificio que no se pudo acabar y poner en su perfeccion. En este caso solemos usar un remedio, y es, hacer una planta de todo el edificio, que, dibujada en una pequeña tabla ó papel, se tiende más fácilmente, y se comprende mejor; y por allí se declara lo que está empezado á edificar (que por sí mismo no se daba á entender) y lo que falta

hasta llegar al fin del edificio. Este mismo remedio es muy á propósito de lo que vamos tratando; conviene á saber, poner en poco papel una como planta de todo el edificio espiritual, desde su principio y fundamento hasta lo más perfecto de la via unitiva; para que entendiendo por ella toda la traza de este edificio, se entienda tambien lo que falta por escribir, y lo que ya tenemos escrito acerca de este libro de los *Ejercicios*.

Hanos dado ocasion á esto un decreto de la sexta Congregacion general, y otro de la séptima, en que se manda á los nuestros, que todos los años por ocho dias se recojan á hacer los ejercicios espirituales. Y el decreto de la séptima dice así: *Detur opera, ut annua exercitia spiritualia nono canone Congregationis sextæ præscripta, exacte ab omnibus fiant, omni omnino excusatione et occupatione seposita ac superata: ita ut neque negotiis, neque confessionibus eo tempore distineantur. Servata etiam in illis proportione, methodoque quibus integra exercitia fieri consueverunt, præsertim quoad recessum ab omnibus*. Que quiere decir: Póngase cuidado en que los ejercicios espirituales, de que se trata en el cánon nono de la sexta Congregacion, los hagan todos con mucha exactitud, sin admitir excusa ni dejarse vencer de

ninguna otra ocupacion. De manera, que por aquel tiempo no se ocupen en otros negocios ni en oír confesiones. Guárdese también en ellos la misma proporcion y método con que se solían hacer todos los ejercicios enteros, principalmente cuanto á la soledad y retiro de todas las cosas. Repárese mucho en aquellas palabras: *Servata etiam in illis proportione, methodoque quibus integra exercitia fieri consueverunt.* Y léase lo que escribimos en el libro cuarto del primer tomo, desde el capítulo veinte y seis hasta el capítulo treinta, de lo que importa hacer juntas todas las cuatro semanas de los ejercicios, y discurrir por todos los modos de ejercitarse y formar todos los dictámenes y propósitos que hay en ellos; para lo cual aunque los principiantes habrán menester treinta dias, poco mas ó menos como se dice en la anotacion cuarta de las veinte primeras, pero los más ejercitados, lo podrán acabar en ocho ó diez dias.

Para ayudar á los nuestros en este intento, recogí los años pasados la suma de todas las cuatro semanas, á ocho dias de ejercicios; conviene á saber, á ocho pláticas ó instrucciones, en que se comprende toda la traza y el intento principal de este libro, con una sumaria declaracion de todos los modos de ejerci-

tarse que hay en él, y ocho meditaciones tomadas de la materia de todas cuatro semanas. Esta suma tenia dispuesta para imprimir con el primer tomo, y despues por algunas causas se dilató; y esta es la que ahora sale á luz en este libro pequeño, que será más manual, para ayudarse de él en los ocho dias de ejercicios que se hacen todos los años, y como una llave para entrar en la inteligencia de este libro, y de la doctrina y enseñanza que está encerrada en él.

Este dón presento á mis Padres y carísimos Hermanos, con deseo que se admita con la misma voluntad que yo le ofrezco, y que no nos contentemos con ocupar el tiempo de los ejercicios en la leccion de libros devotos y en algunas santas meditaciones, lo cual aunque es bueno y provechoso, pero es poco para lo que nuestro santo Padre pretende. Traigamos á la memoria, que estos ejercicios son: *para vencerse á sí mismo, y quitar de sí todas las aficiones desordenadas, y despues de quitadas, buscar la divina voluntad, y hallarla en la disposicion de su vida, sin determinarse por aficion alguna que desordenada sea, teniendo siempre la intencion recta de agradar á la divina Bondad per sí misma, no solamente en el estado de vida, sino en todas las cosas particu-*

lares. Que todas son palabras de nuestro santo Padre en la primera anotacion, y en el título del libro, y en la tercera parte de las *Constituciones*: y estos ejercicios para vencerse á sí mismo, y para quitar aficiones desordenadas, y para buscar, y para hallar y descubrir la divina voluntad en el estado de vida que se ha de escoger, y en las demás acciones particulares, son especialmente los ejercicios que se hallan en la segunda semana; á los cuales disponen los de la primera, y dan ayuda y esfuerzo los de la tercera y cuarta.

Por lo cual pido á vuestras Reverencias humildemente, y con todo encarecimiento, *per viscera Jesu Christi*, por el deseo que su divina Majestad nos da de nuestro mayor aprovechamiento espiritual, por el amor que tenemos á nuestra Religion, y por el cuidado y solitud de que se conserve en aquel espíritu con que se fundó; por el celo que ha puesto Dios en nuestros corazones de ayudar á nuestros prójimos á conseguir su último fin, y por aquella estima y veneracion que tenemos de nuestro bienaventurado Padre y Fundador, que todos nos animemos á vencer cualquiera dificultad, para entender y practicar estos ejercicios; y no los entenderemos con solo estudio y especulacion, si no los practica-

mos, y experimentamos en nosotros mismos la fuerza y eficacia de ellos: y no la experimentaremos, si no nos disponemos á hacerlos con vivos deseos de nuestra perfeccion, y con resolucion y aliento de hacer cualquier gasto en razon de alcanzarla: *Entrando en ellos con grande ánimo y liberalidad con nuestro Creador y Señor, ofreciéndole todo nuestro querer y libertad, para que su divina Majestad, así de nuestra persona como de todo lo que tenemos, se sirva conforme á su santa voluntad.* Que son palabras de nuestro santo Padre en la anotacion quinta de las veinte primeras. Temamos lo que puede suceder, que la cobardía en pelear contra nosotros, y la flaqueza en vencer-nos, no nos haga cerrar los ojos y desviarnos de aquellos ejercicios que nos han de obligar á esta pelea, y nos han de ayudar á esta victoria. Y en no experimentando en nosotros esta eficacia y virtud de los ejercicios, nos venimos á persuadir que no la tienen, y nos reducimos á unas meditaciones tibias, y á unos ejercicios lentos y desmayados, cuales los puede hacer un espíritu enfermo y poseido de voluntades propias y de aficiones desordenadas. Hagamos cuenta, que entrar en ejercicios, es ponerse en cura para sacar á luz la raiz de nuestras enfermedades, y buscar re-

medio eficaz para curarlas, y cobrar fuerzas en el cumplimiento de la divina voluntad. Y por tanto, pongamos todo cuidado en entender estos *Ejercicios* para practicarlos, y todo esfuerzo en practicarlos para entenderlos y para gozar en la divina gracia del tesoro de luz y de espíritu sólido y verdadero que está encerrado en ellos. Y no me tenga nadie por vano alabador, ni que quiero vender esta mercadería por más de lo que vale, pues el mismo santo Padre, con ser tanta su humildad y modestia, en la carta que escribió al Maestro Miona, hablando de estos *Ejercicios* dice estas gravísimas palabras: *Y porque es razon responder á tanto amor y voluntad como siempre me habeis tenido, y en obras mostrado; y como en esta vida no sepa en que alguna centella os pueda satisfacer más que en ponerlos por un mes en ejercicios espirituales con la persona que os nombré, y aun me ofrecistes de lo hacer. Por servicio de Dios nuestro Señor os pido si los habeis probado y gustado, me lo escribais; y si no por su amor y acerbísima muerte que pasó por nosotros, os pido, os pongais en ellos; y si os arrepintiéredes de ello, demás de la pena que me quisiéredes dar, (á la cual yo me pongo) tenedme por burlador de las personas espirituales, á quien lo debo todo, porque*

aun he escrito por todos. Y más abajo dijo: Dos y tres, y otras cuantas veces puedo, os pido por servicio de Dios nuestro Señor lo que hasta aquí os tengo dicho, porque á la postre no nos diga su divina Majestad, porque no os lo pido con todas mis fuerzas, siendo todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar á sí mismo, como para poder fructificar, ayudar y aprovechar á otros muchos. Todas estas son palabras de nuestro santo Padre, que solas bastan para recomendacion de estos Ejercicios.

EXHORTACION

PARA HACER LOS EJERCICIOS

Spiritu ambulate (ad Galat. 5): Andad con el espíritu. Este lugar pide ejercicio; y así como los cuerpos que no andan ni hacen ejercicio, son enfermos y crían malos humores, así también el espíritu no puede dejar de estar enfermo, si no se ejercita; y por eso el Apóstol, como gran médico, da este consejo: *Spiritu ambulate*.

La experiencia, que muestra haber enfermedades en el cuerpo; esa misma muestra que las hay en el espíritu, por las mudanzas que suceden en él. Sale uno del mundo y entra en la Religión, y á pocos dias se halla en el noviciado que no se conoce: tan fervoroso en la oracion, tan animado á la mortificacion, tan despreciador de la honra, tan gozoso en su desprecio, tan acomodado á la pobreza,

que nunca sintió tanto contento en la honra, abundancia y libertad del mundo, y le parece que puede decir alabando y haciendo gracias al Señor: *Qui sanat omnes infirmitates tuas, etc.* Sale despues del abrigo del noviciado, y viene á los estudios, á los ministerios, ó á otras ocupaciones exteriores, y poco á poco, sin saber por donde ni como, se halla tibio en la oracion, derramado en los sentidos, vivo en la honra, pretendiente de todas sus comodidades, inclinado al deleite y regalo del cuerpo, quejijoso y murmurador, ambicioso de la honra en los puestos y en las ocupaciones, gobernando todas sus cosas por motivos humanos y nortes de la tierra, y que tiene puesta toda su paz en la cortesía y buen término del superior, y que en sus ojos, aquel solamente es buen superior, que no manda, sino ruega, y para rogar primero se informa: *Quid tibi vis faciam.* Claro está, que este espíritu está enfermo, pues vive con desasosiego y dolor, y se halla indispuerto para el ejercicio y movimiento espiritual, y para todas las ocupaciones virtuosas.

La causa de esta enfermedad está clara; que es de tal manera haber dejado el mundo, que no se han mortificado los afectos desordenados del corazon, los cuales como están

vivos, se ceban y se sustentan en las cosillas del mundo que hay dentro de la Religion, y sin las cuales no se puede pasar esta vida; lo cual dice muy bien Casiano en la colac. 4 del abad Daniel; c. 21: *Jam illud ridiculum qualiter exprimetur: quod nonnullos post illum primæ renuntiationis ardores quo vel res familiares, vel opes plurimas, ac militiam sæculi relinquentes, semetipsos ad monasteria contulerunt, tanto cernimus studio in his quæ penitus abscindi non possunt, et quæ nequeunt in hoc ordine non haberi (quamvis parva viliaque sint) esse devinctos ut horum cura pristinarum omnium facultatum superet passionem? Quibus profecto non magne proderit, majores opes, ac substantias contempsisse, quia affectus earum, ob quos illæ contemptæ sunt, in res parvas, atque exiguas transtulerunt.* Y despues de haber proseguido muy bien este intento, concluye al fin del capítulo: *Quid enim differt, utrum quis perturbationem capiditatis erga opes amplas, atque magnificas, an erga viliores exerceat species? Nisi quod in eo reprehensibilior judicandus est, quod qui maxima spreverit, minimis obligetur: ideo perfectionem cordis abrenuntiatio ista non obtinet, quia cum censum habeat pauperis, non abjicit divitis voluntatem.* «Pues ya, dice este autor,

como declararemos una cosa, de verdad ridícula, y es, que algunos, despues de aquel fervor de la primera renunciacion, con que habiendo dejado, ó sus casas, ó sus haciendas, ó muchas y grandes riquezas con todas las demás pretensiones del siglo, y se entraron en los monasterios, los vemos en algunas niñerías (que no es posible pasar sin ellas, ni pueden dejar de tenerse aun dentro de la Religion) tan asidos y aficionados, aunque sean cosas pequeñas y viles, que el cuidado que ponen en ellas sobrepuja á la pasion con que poseian en el siglo todas sus riquezas. A los cuales poco les puede aprovechar haber dejado mayores riquezas, pues no desarraigaron de su corazon la pasion y afecto con que las poseian, y por cuya causa las despreciaron y dejaron; sino antes le trasladaron á cosas más pequeñas y viles.» Y más abajo dice: «Porque si uno se inquieta y perturba ¿que más importa que sea por la codicia de cosas magníficas y grandes, ó de cosas pequeñas y viles? Si no es, por ventura, qué será más reprehensible el que habiendo menospreciado cosas grandes, se deja vencer de la codicia de las menores. Y por eso esta manera de renunciacion nunca llega á alcanzar la perfeccion, porque siendo pobre en la renta, en la volun-

tad se queda como si fuera rico.» Todo esto es de Casiano. Y tras esta voluntad entran las distracciones, los cuidados, los temores, pretensiones y codicias, y todas las demás espinas que acompañan los bienes de este mundo; y quien quiere los vestidos de Naaman, es forzoso que se le pegue su lepra, y que estando con el cuerpo en la Religion, con el espíritu esté fuera de ella; porque dentro de la Religion busca todo lo que los mundanos en el mundo, y lo que es contrario á la regla y profesion religiosa, y á la doctrina y ejemplo de Cristo nuestro Señor.

De lo dicho se saca, que hay dos maneras de religiosos; unos con el cuerpo tan solamente, que se contentan con el hábito y observancias exteriores, que son como los ejercicios corporales de la Religion. Otros tambien con el espíritu, que tratan de la oracion, de la mortificacion de las pasiones, del aprovechamiento en las virtudes, que son como el alma, y los ejercicios espirituales de la Religion. A este mismo propósito dice san Buenaventura, *De reformatione mentis*, capítulo 1, que hay tambien dos maneras de novicios, por estas palabras: *Ideo quamdiu religiosus nondum cupit intelligere, et sapere ea, quæ sunt spiritus Dei, sed in exterioribus*

observantiis adhuc putat, totum constare, quod ad veram Religionem pertinet, novitius est, si etiam pluribus annis in habitu Religionis steterit. Et hos perpende, duos esse novitiatus in Religione: Unus ad probationem qui terminatur, quando promittit obedientiam et stabilitatem in Ordine per verba. Alter durat quousque religiosus statum bene vivendi ita in consuetudinem convertit, quod jam non solum verbis, sed etiam factis promittit, se stabilem in fide, Ordine, et profitendi studio permansurum. Y por tanto dice este Santo: «Mientras el religioso aún no tiene deseo de entender y de tomar sabor en las cosas espirituales, sino que piensa, que toda la Religion consiste en las observancias exteriores, este tal aún es novicio, aunque haya muchos años que tiene el hábito de la Religion. Y es mucho de advertir, que en la Religion hay estos dos noviciados, uno para probar el novicio, y éste dura hasta que promete obediencia, y firmeza en la Orden, la cual promesa se hace con palabras. Otra hay que dura hasta que el religioso de tal manera convierte en costumbre el estado y modo de bien vivir, que ya no solamente con palabras, sino tambien con las obras promete permanecer firme y constante en la Orden y el cuidado de su aprovecha-

miento.» Y si hay dos noviciados, como advirtió este Santo con tanta razon, síguese que tambien ha de haber dos vocaciones: una al hábito, y otra al aprovechamiento espiritual, cuando avergonzado uno de traer el hábito de la Religion, y estar tan falto del espíritu de ella, trata de la mortificacion verdadera de sus pasiones, y aprovechamiento en las sólidas virtudes. Y esta segunda vocacion tanto es como ser llamado á ejercicio espiritual, y á caminar por el camino del espíritu; pues, como dice el Apóstol, no se pueden vencer los deseos de la carne, sino es andando con el espíritu: *Spiritu ambulate, et desideria carnis non perficietis.*

Nuestro santo Padre en la anotacion primera, declarando qué cosa son los ejercicios espirituales, dice estas palabras: «Así como »el pasear, caminar y correr son ejercicios »corporales, de la misma manera todo modo »de preparar el ánima, para quitar de sí todas »las aficiones desordenadas, y despues de »quitadas para buscar y hallar la voluntad »divina en la disposicion de su vida para la »salud del ánima, se llaman ejercicios espirituales.» Este camino por donde se ha de pasear, caminar y correr, se hace desde nosotros á Dios: esto es, desde nuestras afecciones

desordenadas hasta la voluntad divina: esto es, apartándonos de nosotros mismos, para acercarnos á Dios, y dejando nuestras afecciones desordenadas para hallar y cumplir la voluntad divina , para que no seamos de aquellos religiosos enfermos que decia Casiano, que dejan el mundo solamente con el cuerpo; sino que tambien mortifiquemos la concupiscencia del espíritu , para la salud espiritual de nuestras almas.

Este camino espiritual dividió nuestro santo Padre en el libro de los *Ejercicios* , en cuatro semanas que son como cuatro jornadas; y todos los pasos que hay en ellos son estos. El primero, el aborrecimiento y dolor de los pecados, que es como arrancar de la mala vida; y dicen, no sin razon, que la mayor jornada es salir de casa: esto se pretende en la primera semana. El segundo paso es, la mortificacion de las pasiones, haciendo guerra al amor propio sensual y mundano en seguimiento de Cristo nuestro Señor, como se ve al principio de la segunda semana en el ejercicio del rey temporal. El tercero, ejercitar las virtudes, conforme á la doctrina del Evangelio, principalmente la pobreza, el desprecio de la honra, y la humildad del corazon, como se pretende por el ejercicio de las

banderas. El cuarto, no solamente tener el afecto en la pobreza y humildad; mas estar dispuesto á dejar con efecto las riquezas temporales, y pasar por cualquiera mengua y humillacion, que entendiere ser de mayor servicio y gloria divina, estando con firme determinacion de no querer cosa alguna, sino sólo por el servicio de Dios nuestro Señor. De manera, que el deseo de servir mejor á Dios nuestro Señor, le mueva á tomar la cosa ó dejarla, como se dice en el ejercicio de las tres clases. El quinto, que siendo igual gloria de la divina Majestad, por imitar y parecer más á Cristo nuestro Señor, ha de querer más la pobreza con Cristo pobre, que la riqueza; y los oprobios con Cristo lleno de ellos, que las honras; y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fué tenido por tal, que ser tenido por sabio y prudente en este mundo, como se dice en el tercer grado de humildad; y todos esos pasos pertenecen á la segunda semana. Para llegar mejor á este tal grado de perfeccion, tan precioso en la via espiritual, y para confirmarse y fortalecerse más en él, ayudan mucho dos cosas. La primera, ejercitarse en la meditacion de la pasion de Cristo nuestro Señor, en la cual se ven perfectísimos ejemplos de virtudes he-

róicas, ejercitadas con tanta contradiccion por aquel Señor de las virtudes, que en razon de hacer la voluntad de su Padre, hizo rostro á todas las dificultades, y dió de mano á todas las prosperidades de este mundo; y esto se hace por toda la tercera semana. Lo segundo ayuda, tomar algun gusto de los consuelos espirituales, y como hacer experiencia del gozo de los bienaventurados; porque esto quita el gusto de las cosas de la tierra, y adormece los sentidos para sentir poca ó ninguna pena en las adversidades y juntamente ejercitarse y crecer en la caridad, de la cual proceden las perfectas virtudes. Esta es la jornada espiritual y los pasos principales de ella, por los cuales debemos hacer ejercicio, trabajando en cada semana, y en cada meditacion, por alcanzar aquel propósito y determinacion que en ella se pretende, como nuestro santo Padre dijo en la anotacion once de las veinte primeras, de que luego haremos mencion.

Y es mucho de notar, que en aquella primera anotacion, notó nuestro santo Padre tres grados del ejercicio espiritual con semejanza al corporal, que son pasear, caminar, y correr. Aquel se pasea, que dentro de un espacio limitado va y viene, y nunca pasa adelante:

éstos son los que cada dia tienen oracion, exámen de la conciencia, leccion espiritual y uso y frecuencia de los Sacramentos, y siempre se están envueltos en las mismas pasiones, sin estar más aprovechados que en el primer dia; y la razon es porque van y vienen, y de tal manera se apartan de sí con los buenos propósitos y deseos, que se vuelven á sí mismos al tiempo de la obra. Mas que esto nos pide el Apóstol cuando dice: *Spiritu ambulate*; porque pide camino largo en que vaya apartándose de sí, y acercándose á Dios, y dejando sus propias voluntades, por cumplir perfectamente la divina. Y áun en este camino, no sólo pide andar, sino tambien correr, como dice en otra parte: *Sic currite, ut comprehendatis*. Y aquel corre, que con todo el ímpetu de su voluntad desea saber la voluntad de Dios para cumplirla, trayendo debajo de los piés la suya propia. Y así dice san Basil.: *in reg. brev. interrog. 259: Quis est fervens spiritu? Qui cum ardenti studio, et inexplicabili cupiditate et assidua diligentia voluntatem Dei facit, in charitate Christi Jesu Domini nostri, convenienter illi quod scriptum est: In mandatis ejus volet nimis*. ¿Quién es, dice, el que hierve en el espíritu? El que con ardiente estudio, con deseo inexplicable, con diligen-

cia continua trata de cumplir la voluntad de Dios en caridad de Jesucristo Señor nuestro: conforme á lo que del justo está escrito, que en los mandamientos de Dios su voluntad será grande con encarecimiento. Y este es el grado de perfeccion á donde se enderezan todos nuestros ejercicios.

De lo dicho se entiende, que aunque son muchos los que desean y se esfuerzan á tener oracion por nuestros ejercicios, no son muchos los que lo alcanzan con perfeccion; porque en esto hallo tres grados ó diferencias de personas: Unos dicen que tienen oracion por los ejercicios; porque la tienen de aquella misma materia y puntos, y por la misma division y órden que está en el libro de los *Ejercicios*, y esto es tan poco en este género, que los que no se adelantan á más, no se puede con razon decir que tienen oracion por los ejercicios. Otros hay que suben otro grado más arriba, porque no solamente meditan en aquella materia, pero guardan en el modo de meditar y en el modo de examinarse aquella misma forma y condiciones, aquellas mismas notas é instrucciones que están en el libro de los *Ejercicios*. Los terceros pasan más adelante, porque sobre las dos cosas primeras se esfuerzan á imprimir en su ánima

aquellos mismos propósitos y determinaciones, y por aquel mismo orden, y aun aquellos mismos medios que nuestro santo Padre enseña en su libro; y estos son los que plenariamente alcanzan el intento del santo Padre, y por lo que él dijo, que no se podían dar los ejercicios enteramente, sino á personas de mucha capacidad, y que tuviesen mucho aliento á la perfeccion. No cierto por lo que toca á la materia, pues todos se pueden ejercitar con provecho en la meditacion de la vida, y muerte y pasion del Salvador; ni tampoco por la forma y modo de orar de las tres potencias que se platicó en la primera. Pues ¿qué será la causa que diciendo nuestro santo Padre en la cuarta p., c. 8, lit. C., y en la séptima, c. 4, lit. F., que los ejercicios de la primera semana se pueden dar generalmente á muchos, añade, que los ejercicios de la segunda, y todos los ejercicios enteramente, no se pueden dar sino á raras personas, y de las cuales se espera mucho fruto para la gloria del Señor? Claro está que lo dice, porque aquellos dictámenes y propósitos que se piden en la segunda semana para hacer sana eleccion y para reformarse en el estado que cada uno tiene, y aquellos grados de caridad que se pide en la cuarta semana son tan altos

y tan delicados, que piden buena capacidad de parte del entendimiento, y buena disposicion y aliento de parte de la voluntad para poderse ejercitar en ellos con provecho: de lo cual se concluye, que aquel solo hará perfectamente los ejercicios, que guardando el modo de orar que se enseña en ellos acerca de la materia y puntos que allí se proponen, se esforzare tambien á alcanzar los propósitos y determinaciones que el mismo libro enseña.

Pues, como quiera que los de la Compañía hayamos de hacer los ejercicios, no solamente para nuestro provecho espiritual, sino tambien para dárselos á otros y ser maestros de esta facultad, claro está que no nos debemos contentar con entenderlos y ejercitarlos de cualquier manera, sino con la mayor puntualidad y perfeccion que nos sea posible. Porque ¿cómo daremos razon de los ejercicios si no los entendemos? y ¿cómo sabremos guiar á otros por este camino si no le hemos andado? y ¿como podremos tener destreza en estas armas si no las hemos ejercitado? Por lo cual dice nuestro santo Padre en la cuarta p., cap. 4, § 5: «En »dar los ejercicios espirituales á otros, despues »de haberlos en sí probado, se tome uso; y »cada uno sepa dar razon de ellos, y ayudarse

»de esta arma, pues se ve que Dios nuestro
»Señor la hace tan eficaz para su servicio.»

Últimamente me ha parecido advertir, que en el tiempo que se hacen los ejercicios retirados, no conviene leer de este tratado más que la instruccion y meditacion de aquel dia, procurando sacar el fruto que por ella se pretende, sin divertirse á lo que se ha de hacer en los dias siguientes, conforme á lo que el santo Padre dice en la anotacion once, por estas palabras: «Al que toma ejercicios en la
»primerasemana, aprovecha que no sepa cosa
»alguna de lo que ha de hacer en la segunda
»semana; mas que así trabaje en la primera
»para alcanzar la cosa que busca, como si en
»la segunda ninguna esperase hallar.»

DIA PRIMERO.

INSTRUCCION ACERCA DE LA MEDITACION.

La meditacion, como todas las cosas naturales y artificiales, tiene su materia y su forma, su fin y causa eficiente.

Primero. La materia de la meditacion es la historia ó puntos que se han de meditar; acerca de la cual adviértase: lo primero, que debe ser acomodada al fin que se pretende, como seria, el que pretende contricion, meditar la muchedumbre de sus pecados, la fealdad y gravedad de ellos, y así en otras cosas: y á este propósito repartió nuestro santo Padre las materias de la meditacion por todas cuatro semanas, conforme á los fines que en ellas pretende. Lo segundo, que la materia debe estar preparada antes de entrar en la oracion; porque ningun oficial se pone á trabajar sin tener á mano los materiales: y preparar la materia es tenerla leida y encomendada á la memoria; de manera que antes de entrar en la oracion pueda pasar por ella, y resumir el ejercicio

que ha de hacer, como se dice en la primera edicion, y tener dividida la tal materia en algun número cierto de puntos, como se dice en la tercera nota de la cuarta semana. Lo tercero, que se deben renovar frecuentemente los puntos, pues la materia es copiosa, y no por eso puede faltar, y la novedad causa gusto y atencion á la meditacion; y al contrario, el insistir importunamente por mucho tiempo en unos mismos puntos, suele causar fastidio y nacer de negligencia de no preparar nueva meditacion: por cuya causa se suele perder mucho tiempo y muchas horas de oracion.

Segundo. El fin de la meditacion es aquel fruto que se pretende sacar de ella, el cual se pone de ordinario en el tercer preludio, para pedírselo á nuestro Señor, y para enderezar allí la fuerza de toda la meditacion. Y el seguir en esto el órden que nuestro santo Padre ordena y enseña en su libro, procurando alcanzar aquellos mismos propósitos y determinaciones, y por la traza y órden que él los señala, decíamos arriba, que era propiamente tener oracion por los ejercicios.

Tercero. La forma de la meditacion es el modo que se guarda para entrar, y proseguir, y acabar, y salir de ella: y aunque son varios los modos de orar que nuestro santo Padre

enseña en su libro; pero los más ordinarios son tres, que se ponen en la primera semana. Primero, el de las tres potencias. Segundo, repeticion. Tercero, aplicacion de sentidos.

Cuarto. El ejercicio de las tres potencias es el más natural y más conforme al ordinario modo de obrar del hombre; porque en él se nos enseña á tratar con Dios de los negocios del alma en la misma forma que solemos tratar de los negocios temporales con los hombres; y esto con algunas reglas muy llanas y sencillas, y que todos las pueden entender: y así este modo de orar es el fundamento de todos los demás; los cuales no se pueden ejercitar sino por medio de las tres potencias, que son nuestros piés y nuestras manos; porque ni tenemos otros piés para caminar á Dios, ni otras manos para abrazarle. En este modo de orar, despues de habernos hecho presentes á Dios nuestro Señor, y advertido de qué negocio, y con quién vamos á tratar, y despues de habernos ofrecido liberalmente al divino servicio por medio de la oracion preparatoria, lo primero es aplicar la atencion á lo que habemos de meditar, pasando por la memoria aquella historia ó parte de ella, que tenemos preparada. Lo segundo, dar lugar conveniente á toda la historia allí cerca de nosotros, componien-

do cada persona y paso de ella en algun lugar cierto y determinado que figuramos con la imaginacion; lo cual se llama composicion de lugar. Lo tercero, poner los ojos en el fruto que pretendemos sacar, como en el blanco á donde se ha de encaminar la meditacion, y pedir á nuestro Señor gracia para poder alcanzarlo; y esto toca á los tres preludios. Síguese la meditacion, ejercitando las tres potencias acerca de la misma materia; esto es, representando en la memoria el punto que queremos meditar; y discurriendo con el entendimiento, y buscando razones acerca de él, que sean á propósito para movernos al fin que pretendemos; y despertando en la voluntad, por medio de estas razones, los afectos que deseamos; y finalmente volviendo á hablar con Dios con algun coloquio, dándole gracias, ó pidiendo conforme al afecto que sentimos ó deseamos sentir.

El fin de este modo de orar es abrir camino, como deseamos, al trato interior, y acomodar al trato con Dios el mismo modo que solemos tener de tratar con los hombres, y servir con nuestras potencias á los negocios del alma, de la mane que ratrabajamos con ellas en los del cuerpo. Y así como cuando tratamos de algun negocio temporal, primero proponemos nues-

tro intento, y luego discurrimos por varias razones y argumentos para mover la voluntad del otro á lo que pretendemos; así tambien en los negocios del alma primero ha de proponer la memoria el punto ó la historia sobre que se ha de meditar, y luego el entendimiento ha de buscar sobre ella razones y motivos, semejanzas y argumentos para mover su voluntad y despertar en ella aquellos deseos y propósitos que desea. Y este modo de meditar y orar, como hemos dicho, es el más natural y fundamento de los demás, y del cual deben usar en especial los principiantes, hasta introducirse á otro grado más alto de oracion: porque generalmente en los principios no se cogen los frutos suaves de la voluntad, si primero no ha trabajado con su discurso el entendimiento.

Quinto. El segundo modo de orar es la repeticion: tiene los mismos preludios y el mismo modo de ejercitar las potencias que el pasado, y difiere en dos cosas. La primera en la materia, que es la misma. Item, que de los dos puntos solamente se han de elegir aquellos en que se siente mayor consolacion. La segunda diferencia es en los coloquios, que de ordinario se hacen tres en la repeticion: á la Virgen nuestra Señora, á Cristo nuestro Señor, y al

eterno Padre, como se puede ver en el libro. El fin de este modo de orar, es imprimir más en el corazon los sentimientos divinos; y por esto se repite sobre ellos, que es como dar al clavo otro golpe, para que quede más fijo. Lo segundo, ejercitar más los afectos; y por esto se medita sobre cosas ya meditadas y sentidas; y así tiene menos que trabajar; el entendimiento, y hay lugar de multiplicarse los coloquios. Y esta es la causa porque en los ejercicios se acomoda este modo de orar á la tercera hora, despues de haber precedido la primera y segunda de meditacion.

Sexto. El tercer modo de orar, es la aplicacion de los sentidos imaginarios sin discurso y con una sencilla atencion, oyendo, mirando, abrazando y besando los lugares con toda reverencia, y gozando con la atencion del alma lo que se suele gozar cuando la cosa que amamos está presente á los sentidos: lo cual no se practica tan solamente en las cosas sensibles y corporales; sino tambien en las espirituales, como gustando la dulzura de Dios, recreándose con la fragancia de las virtudes, etc. El fin de este modo de orar es en dos maneras. Lo primero, en los sentidos, que no pueden penetrar ni discurrir mucho con el entendimiento, descansar con sencillo afecto

en aquellas apariencias exteriores de los sentidos. Lo segundo, en los que han discurrido y penetrado mucho con el entendimiento, cesar del trabajo del discurso y acercarse más á la contemplacion de las cosas que han meditado, con el afecto y vista sencilla de ellas. Y por esto se pone este modo de orar, en la última hora del dia, que despues de haber trabajado en la meditacion con las tres potencias, y actuándose más en el conocimiento y afecto por medio de la repeticion, está uno más dispuesto para descansar sencillamente en los mismos puntos con el conocimiento y con el afecto. Estando fuera de ejercicios, cuando no hay tantas horas de oracion, se pueden usar estos tres modos de oracion, meditando dos ó tres dias en la oracion ordinaria sobre algunos puntos, y tomando otro dia para repeticion y aplicacion de sentidos. Y esto es lo que toca á la forma de la meditacion.

Séptimo. La causa eficiente son las tres potencias, las cuales hacen este ejercicio discurriendo y conociendo con el entendimiento, y amando y aborreciendo con la voluntad. El entendimiento se suele hallar embarazado con la distraccion y vagúeacion de pensamientos, y la voluntad con la sequedad y dureza para los buenos afectos. Para recoger-

se el entendimiento, ninguna cosa ayuda la fuerza que se hace á la cabeza, ni para mover la voluntad la que se hace al pecho. Porque toda atencion y devocion exprimida con violencia, es de poco provecho para el espíritu, y de mucho daño para el cuerpo, y pone miedo y aparta del ejercicio de la oracion. Para recoger el pensamiento ayudan los medios siguientes. Lo primero, el recogimiento de los sentidos, especialmente de los ojos, oidos y lengua, guardándose particularmente de reir y decir cosas que muevan á risa, como se dice en la adicion octava y nona: porque la alegría vana es contraria á la compuncion, la cual es madre de la devocion. Lo segundo, guardando su aposento, y áun dentro de él, cerrando las puertas y ventanas y privándose de la claridad, si no fuere para las cosas necesarias, como se dice en la anotacion veinte y en la adicion séptima. Lo tercero, cortando el hilo de todas las ocupaciones exteriores, y mucho más de aquellas en que se suele ocupar con más gusto, aunque sean virtuosas, como es el estudio, etc., como se dice á la larga en la anotacion veinte. Porque estas ocupaciones acostumbradas y conocidas, chupan sin sentir la virtud del alma, y arrebatan toda la atencion; y aunque el dejarlas del todo cau-

se en los principios alguna soledad y tristeza; pero finalmente necesita ocuparse de veras en el ejercicio espiritual. Lo cuarto, ayuda guardar puntualmente la distribucion del dia, teniendo todas las ocupaciones regulares y á sus tiempos ciertos y señalados. Lo quinto, preparar la oracion antes de entrar en ella, tomando algun tiempo para prevenir la materia, y quietar y recoger las potencias, y aplicarlas al propósito de la oracion, como se dice en la adicion primera y segunda. Lo sexto, cumplir con todas las partes de la oracion; esto es, con la oracion preparatoria, puntos, preámbulos y coloquios: porque estando con cuidado de dar recaudo á todas estas cosas no podrán ser las distracciones largas. Finalmente, sufra con paciencia esta pelea de los pensamientos, recogiénolos á su intento cuando echare de ver que se le han divertido; para lo cual le ayudará tambien esta division de preámbulos y de puntos; porque sabiendo de donde se le huyeron sabrá donde los ha de volver, y sobre todo la luz de nuestro Señor, cuando él es servido de darla, es la que tiene firme y quieto el pensamiento.

Octavo. Para ayudar á la voluntad cuando se siente seca y dura sirve: Lo primero, lo

que se dice en la anotacion quinta: «Que al
»que hace los ejercicios mucho aprovecha
»entrar en ellos con grande ánimo y liberali-
»dad con su Criador y Señor, ofreciéndole
»todo su querer y libertad, para que su divina
»Majestad, así de su persona como de todo lo
»que él tiene, se sirva conforme á su santa
»voluntad.» La cual disposicion es uno de los
frutos principales que (como diremos) se ha
de sacar de la meditacion del fundamento.
Ayuda tambien, no tener demasiada ánsia de
las desolaciones espirituales, ni mucho temor
de las consolaciones, solamente deseando sa-
ber la divina voluntad para cumplirla, per-
suadidos que de cualquier manera que Dios
nos tratare, podemos andar siempre adelante
en el camino del divino servicio. Lo tercero,
el uso de tener preludio, pidiendo á nuestro
Señor gracia para conseguir lo que deseamos,
y renovamos esta misma peticion y deseo en
el discurso de la oracion. Lo cuarto, ayuda
tambien para vencer la sequedad y dureza, el
uso frecuente de los coloquios; los cuales
suelen encender el corazon y despertar bue-
nos afectos. Finalmente, ayuda el uso de la
penitencia, añadiendo alguna á la ordinaria,
cuando nos sentimos con esta sequedad, como
dice nuestro santo Padre en la sexta regla de

las primeras de discrecion, y en la adicion décima, como luego diremos. Y sobre todo importa el no desfallecer, ni cansarse, ni dejar el ejercicio de la oracion; esperando finalmente alcanzar de Dios luz y misericordia por medio de la perseverancia.

PRINCIPIO Y FUNDAMENTO DE LOS EJERCICIOS.

El texto de los *Ejercicios* del santo Padre dice así:

«El hombre es criado para alabar, hacer
»reverencia, y servir á Dios nuestro Señor, y
»mediante esto salvar su ánima; y las otras
»cosas sobre la haz de la tierra son criadas
»para el hombre, y para que le ayuden en la
»prosecucion del fin para que es criado. De
»donde se sigue, que el hombre tanto ha de
»usar de ellas, cuanto le ayudan para su fin,
»y tanto debe quitarse de ellas, cuanto para
»él le impiden. Por lo cual es menester ha-
»cernos indiferentes á todas las cosas criadas
»en todo lo que es concedido á la libertad de
»nuestro libre albedrío y no le está prohibido;
»en tal manera, que no queramos de nuestra

»parte más salud que enfermedad, riqueza
»que pobreza, honor que deshonor, vida larga
»que corta, y por consiguiente en todo lo de-
»más, solamente deseando y eligiendo lo que
»más nos conduce para el fin que somos
»criados.»

MEDITACION

ACERCA DEL FUNDAMENTO.

Esta meditacion se puede dividir en cuatro puntos. Y son tres los provechos que se pueden sacar de ella; en los cuales hemos de poner los ojos y enderezar el ejercicio de este dia. Llámase principio, porque como á tal están encerradas las conclusiones que despues se van especificando y declarando. Llámase fundamento, porque carga sobre él todo el edificio de la vida espiritual.

Punto primero. El primer cuidado que debe tener el hombre, es saber el fin para que Dios le crió, y procurar alcanzarle. El fin para que Dios crió al hombre, es lo primero, para que le alabe y glorifique con su corazon, con sus palabras y con sus obras, haciéndolas todas para mayor alabanza y gloria de Dios, y siendo ellas tales, que los que las vieren, alaben

y glorifiquen á Dios. Lo segundo, crió Dios al hombre para que le reverencie y reconozca por su Dios, lo cual se hace principalmente con las obras de fe, esperanza y caridad, creyendo lo que nos ha revelado, esperando lo que nos ha prometido, y amándole como á sumo é infinito bien y último fin nuestro. Lo tercero, crió Dios al hombre para que le sirviese y obedeciese como á su legítimo señor, cumpliendo en todas las cosas sus santos mandamientos, y haciendo esto le gozase finalmente despues de esta vida para siempre en el cielo. Y todo esto es lo que quiere decir: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, etc.*

Punto segundo. Toda la universidad de las criaturas hizo Dios para servicio del hombre: *Constituisti eum super opera manuum tuarum; omnia subjecisti sub pedibus ejus, etc.* Unas sirven para sustentarle, otras para vestirle, otras para curarle, otras para su regalo y entretenimiento y hasta los mismos ángeles del cielo les tiene Dios ordenado que sean sus ayos y maestros, y su guarda y amparo. Húbose Dios en esto como un padre que enviando á su hijo á la universidad lo provee abundantemente de lo necesario, no para que juegue y se pasee, sino para que con más

comodidad atienda al estudio, que es el fin que pretende. O como un rey, que queriendo llamar y traer un criado á su presencia, le provee para la comodidad del camino de todo género de caballería, de carrozas, coches y literas por tierra, y por la mar de todo género de embarcaciones; no por cierto para que se entretenga, sino para que con más comodidad y brevedad acabe su camino, y venga á su presencia. Así que todas las cosas se hicieron para el servicio del hombre; esto es, al objeto de que se ayude de ellas y consiga su último fin para que fuimos criados, que es la mayor gloria y servicio divino, y llevar á este mismo fin el uso de todas las criaturas en él á todas amando, y á todas en él conforme á su santísima y divina voluntad. Y entonces se tuerce la intencion, cuando nos buscamos á nosotros mismos ó alguna criatura, no por el mayor servicio de Dios. En este dia pues nos debemos ejercitar en rectificar esta intencion: y este el primer fruto que se ha de sacar de esta meditacion.

Punto tercero. De lo dicho se saca, que tanto debemos usar de las criaturas, cuanto nos ayudan para este fin, y tanto dejarlas, cuanto nos estorban. Todas las criaturas son buenas en su tiempo y sazon, y para el fin que Dios

las crió; pero no todas son buenas en todo tiempo, ni en cualquier ocasion, ni para todas personas. Todas las herramientas é instrumentos de un artífice son buenos para diferentes usos, pero de aquellas solamente echa mano que vienen bien para su obra, porque no puede usar de todas juntas; y si toma unas por otras se estorba y hace daño. Todos los manjares son buenos, pero no para todos los estómagos, ni para todos los tiempos. Todas las medicinas que están en la botica son saludables, pero no para todas las enfermedades: así que todas las criaturas son buenas, pero es menester mucha eleccion para usar bien de ellas. Y la regla del tomar ó dejar, ha de ser el último fin para que fuimos criados. Y es de advertir, que en todo este tratado, por nombre de criaturas se entiende lo que en el cuarto punto, al fin de esta meditacion se llama riqueza ó pobreza, honra ó deshonra, salud ó enfermedad, vida larga ó vida corta, etc. Porque estas son las cosas en que nosotros ordinariamente usamos de las criaturas, ó carecemos de ellas. En este tercer punto se funda el segundo fruto que se ha de sacar de este ejercicio, que es el conocimiento propio; esto es, empezar á conocer el desórden de nuestras acciones, pues tan sin órden nos hemos entrega-

do á las criaturas, y tan sin eleccion ni consideracion del último fin hemos querido gozar de ellas; en lo cual consiste la malicia de nuestros pecados, y el haber perdido el camino del último fin, que es la bienaventuranza.

Punto cuarto. Si en tanto debemos usar ó abstenernos de las criaturas, en cuanto nos ayudan ó estorban para el último fin, síguese, que mirándolas á ellas en sí mismas, debemos estar indiferentes á todas, y solamente quererlas ó no quererlas, tomarlas ó dejarlas por respeto de nuestro fin. El caminante se halla indiferente á diversos caminos, hasta saber cuál es el suyo. El oficial á diferentes herramientas, etc.: pues así como éstos no se determinan por ser el camino áspero ó llano, ser la medicina dulce ó amarga, etc., sino cada uno por su fin; así yo debo estar indiferente para la honra ó la deshonra, pobreza ó riqueza, salud ó enfermedad, vida larga ó corta, escogiendo de todas las cosas aquello, que fuere á propósito para mi último fin. Este es el tercer fruto en que debo insistir y ejercitarme en este dia; conviene á saber, quitar la aficion de las cosas particulares y hacerme indiferente á todas las criaturas.

De lo dicho se ve, como es este el principio y fundamento de toda la vida espiritual. En lo

cual se ve: Lo primero, cual debe ser el hombre recto y justo para con Dios. Lo segundo, todo desórden nace del amor desordenado de la criatura. Lo tercero, como se debe quitar el amor de la criatura, y tener indiferencia á todas para juntarse con facilidad y sin estorbo con el último fin. Y todos los ejercicios que se dirán adelante hasta lo último de la perfeccion, estriban y hacen fuerza en alguno de estos principios.

PRINCIPIO Y FUNDAMENTO ACOMODADO Á LA
VIDA RELIGIOSA.

Lo que se ha dicho en general de todos, es fácil de acomodarle el religioso á su estado.

Lo primero. El fin del religioso de la Compañía, es buscar la salvacion y perfeccion propia, y la salvacion y perfeccion de sus prójimos.

Lo segundo. Todos los medios que hay en la Religion, se enderezan á este fin: parte á la perfeccion propia, como son oracion, frecuencia de sacramentos, etc.; parte á la de los prójimos, como son, estudios, ministerios, etc.

De aquí se ve, cuál debe ser el perfecto religioso, que toda su intencion tiene puesta en el debido fin, y todos los demás medios los encamina y ordena á ese mismo fin.

Lo tercero. En tanto debemos usar y abstenernos de estos ejercicios y ocupaciones, en cuanto ayudan ó estorban á nuestra perfeccion, ó á la de los prójimos. De aquí se ve el desorden de nuestra vida, que buscamos los ejercicios, puestos ó ministerios, no por este fin, sino por nuestra inclinacion, honra y gusto ó comodidad.

Lo cuarto. Síguese, que cuanto es de nuestra parte, debemos estar indiferentes á todas las ocupaciones, puestos y ministerios: y esta es la indiferencia que tanto se desea en la Compañía para dejarnos mover suavemente por medio de la obediencia á la conformidad con la voluntad de Dios.

DIA SEGUNDO.

MODO DE HACER EL EXÁMEN GENERAL.

El texto de los *Ejercicios* del santo Padre, dice así:

«Modo de hacer el exámen general, y contiene en sí cinco puntos.

»El primer punto es, dar gracias á Dios nuestro Señor por los beneficios recibidos.

»El segundo, pedir gracia para conocer los pecados y lanzarlos.

»El tercero, demandar cuenta al ánima desde la hora que se levantó hasta el exámen presente, de hora en hora, ó de tiempo en tiempo; y primero del pensamiento, y después de la obra, por el mismo orden que se dijo en el exámen particular.

»El cuarto, pedir perdon á Dios nuestro Señor de las faltas.

»El quinto proponer enmienda con su gracia. *Pater noster.*»

DEL EXÁMEN GENERAL.

El exámen general es un ejercicio de tanta importancia, que apenas hay otro en que el demonio ponga tantos estorbos, sino es por ventura en el exámen particular por la misma razon; y así se debe poner todo esfuerzo en reformar este ejercicio, y hacerle con cuidado. Los fines y frutos de este ejercicio son los dos que están en el título: *Exámen general de conciencia para limpiarse y para mejor se confesar*. La puridad se alcanza con tres cosas. Lo primero, conociendo la raiz interior de las faltas para cortarla. Lo segundo, conociendo las ocasiones exteriores, que hay de caer, para apartarse de ellas. Lo tercero, con el dolor y aborrecimiento de las culpas, de donde el propósito y cuidado de enmendarlas. Todo esto se alcanza con el exámen. Lo primero conocer la raiz, advirtiéndole en qué géneros de faltas se cae de ordinario y más frecuentemente, lo cual no puede conocer el que no se examina; así como el que está de ordinario fuera de su casa no puede ver los desórdenes que pasan en ella, ni saber la raiz y principio de ellos. Lo segundo, se conocen tambien con el exámen las ocasiones externas para quitarlas: así como el

que tropieza en una piedra y cae, si no hace reflexion y repara en donde tropezó, nunca quita el tropiezo y cae muchas veces en él; así es del que, por medio del exámen, no hace reflexion de las ocasiones que tiene para caer ó para faltar, que nunca las quita ni sabe desviarse de ellas, y así cae otras muchas veces en ellas. Lo tercero, el dolor y propósito de la enmienda pertenecen al cuarto y quinto punto del exámen.

El segundo fin es la confesion de los pecados, la cual para que se haga con provecho, debe ser clara y entera, hecha con dolor y propósito de la enmienda. Para la entereza de la confesion mucho ayuda el tercer punto del exámen; porque haciendo memoria en él de los pecados de cada dia, es más fácil tenerla de todos al tiempo de la confesion: y aunque es verdad que no hay obligacion de confesar los pecados veniales; pero ya que los confesamos para la mayor pureza del alma y provecho espiritual, por la misma causa y razon los debemos examinar. Porque de no hacerlo así, acontece hacer las confesiones con palabras y modos de decir tan generales, que caben en ellos las culpas mayores y menores, y algunas veces tambien lo que no es culpa. Y de ahí es, que ora sea la culpa mayor, ora

sea menor ó ninguna, la confesion se hace con las mismas palabras, como decoradas ó impresas de molde. Todo lo cual muestra que el exámen se hizo con poca luz, y con la misma generalidad y confusion. Otra falta muy grande suelen tener las confesiones, que es hacerlas con menos contricion, esto es, con poco dolor y propósito de la enmienda; lo cual se remedia, si se hacen con cuidado los dos postreros puntos del exámen.

MEDITACION

DE LOS PECADOS.

Este día se hará la meditacion de los pecados, para alcanzar conocimiento y aborrecimiento de ellos; y estriba esta meditacion en los cuatro puntos del fundamento, conviene á saber, tomando por regla el último fin para que fuimos criados, y el fin para que fueron criadas las demás criaturas, y advertir y conocer primeramente las veces que nos hemos desviado y descaminado de nuestro fin, y hecho violencia á las criaturas, usando mal de ellas; y despues de esto aborrecer estos desórdenes para reducirnos al debido amor de nuestro fin. Y así tiene este ejercicio dos partes.

La primera pertenece al conocimiento de nuestras culpas. La segunda, al aborrecimiento de ellas.

PRIMERA PARTE.

DEL CONOCIMIENTO PROPIO DE NUESTRAS CULPAS.

La primera parte tiene dos notas y cuatro puntos. La primera nota es, que para descubrir mejor el torcimiento de nuestras obras, mucho ayuda tener delante alguna regla de rectitud con que poder reglarlas. Esta regla en primer lugar, es nuestro último fin, al cual nos debemos ajustar; cuya rectitud por haberla conocido tanto los santos, hallaban en cosas tan leves materia de tanta compuncion. (*Aug.*) *Miser ego quando poterit mea obliquitas tuæ rectitudini adæquari.* En segundo lugar, el ejemplo de los santos. *Imitatores mei estote, et observate eos qui ita ambulant, sicut habetis formam nostram.* (*Ad Philip. 3.*) En tercero, puede ser regla de nuestro conocimiento, nuestros propósitos, fervores y ejercicios pasados, tomando materia de confusion, que habiendo de haber pasado adelante hemos vuelto atrás. La segunda nota, que este género de exámen que se ha de

hacer en la oracion para el propio conocimiento, no ha de ser como el que se hace para la confesion, sino más semejante al que se hace para dar cuenta de la conciencia, advirtiéndolo en las faltas y tentaciones ordinarias, para sacar la raiz de las pasiones é inclinaciones, y estado de las virtudes y aprovechamiento espiritual.

Punto primero. A cuatro puntos ó cabezas se puede reducir este ejercicio del propio conocimiento para venir cada uno á conocer sus faltas. La primera es, los pensamientos, palabras y obras. Lo primero á los pensamientos ociosos, desbaratados, inútiles, máquinas de viento, trazas y discursos para ganar honra, regalo y comodidades, y todo lo que el mundo ama y busca; indignaciones, quejas y envidias de los que se atraviesan y estorban; alegrías vanas y tristezas desordenadas en los sucesos, etc. Lo segundo, palabras ociosas, solturas de lengua á todas horas y tiempos, liviandad en el decir, risas y donaires, indiscrecion y poco recato, quejándose de los mayores, murmurando de los ausentes, lastimando y picando á los presentes y desedificando á todos con su jactancia y vanidad. Lo tercero, en las obras, ociosidad, aplicacion á cosas inútiles, repugnancia á las provecho-

sas, huyendo el trabajo, ganando privilegios y exenciones, viviendo entre los de casa con poco ejemplo, y entre los seglares como uno de ellos.

El segundo. La segunda cabeza son los tres votos. El primero, en la pobreza con los deseos de comodidades, queriendo que no falte nada de lo que hay, procurando lo mejor, amigo de particularidades, y de tener muchas cosas, y de dar y tomar, prestar y recibir, no contentándose con lo que tiene la comunidad, y buscando por medio de seglares lo que falta á su deseo. El segundo, en la castidad, poca guarda del corazon, menor de los sentidos, enredado en pensamientos y fantasías, y en aficiones y amistades particulares. El tercero, en la obediencia, dureza de juicio, murmuraciones y significaciones claras de repugnancia y tristeza, falta de ejecucion, poca puntualidad, medios humanos para salir con lo que se quiere, y traer al superior á su voluntad, facilidad en replicar y proponer sin oracion, sin eleccion y sin motivos espirituales y del mayor servicio divino.

El tercero. La tercera cabeza son los ejercicios espirituales, de oracion, exámenes, leccion espiritual, penitencias, misa, confesion y comunion, etc., dejándolos muchas

veces sin causa forzosa, haciéndolos sin espíritu y devocion, no conformándose con las reglas é instrucciones. En este punto conviene hacer reflexion sobre las instrucciones que hay para cada uno de estos ejercicios, y ver en qué nos hemos desviado de ellas, y en qué nos debemos conformar con ellas.

El cuarto. La cuarta cabeza son todas nuestras ordenaciones, é instrucciones y reglas, así las del sumario y comunes, como las de los oficios particulares de cada uno, por las cuales cuando haya tiempo debe ir examinando y reparando: lo primero, qué es lo que la regla manda. Lo segundo, en qué cosas ha faltado en ella. Lo tercero, cómo las debe reformar. Y este ejercicio se puede tomar algunas veces por oracion, y muchas por leccion espiritual; pero ahora de presente se debe hacer este exámen en algunas reglas más principales, como es el dar cuenta de la conciencia, la correccion fraterna conforme á la regla, el silencio, no entrar en aposentos ajenos, no escribir ó recibir cartas sin licencia, no tener dineros, ni el uso de alguna cosa como propia.

Y es de advertir, como se dijo al principio, que para el conocimiento de estas faltas ayudará hacer comparacion de su estado presente,

al que tuvo mejor en otros tiempos pasados, ó mirar el ejemplo que dan en aquellos particulares algunas personas espirituales y perfectas que ha conocido, ó finalmente la obligacion que tiene á Dios, y la santidad y perfeccion que él le pide, que son las tres reglas que pusimos al principio. Y porque este exámen no se puede hacer todo en un dia, será bien tomar cada dia un rato para irlo continuando, y despues de haber como paseado esta carrera en los ocho dias de los ejercicios, andarla muy despacio por el discurso de todo el año. Finalmente adviértase, que así como suelen algunos tener pasion en volver por sí, y excusarse de todas las cosas; así la tienen otros, principalmente quando se recogen y entran en devocion, en acusarse y hacerse cargo de todas, y seria mejor con sosiego y consideracion reparar cada uno en las faltas que de verdad tiene, que son dignas de remedio y de reformation, las cuales seria bien apuntar por escrito, para el efecto que despues diremos.

SEGUNDA PARTE.

DEL DOLOR DE LAS CULPAS.

La segunda parte de este ejercicio, es el dolor y aborrecimiento de estas faltas; y el principal motivo de esto es habernos apartado de nuestro último fin, que es como la raíz de la verdadera contrición, pues para movernos á este dolor nos ayudarán los puntos siguientes:

El primero, la fealdad que tiene la culpa en sí misma, por ser desacato y ofensa de tan grande Dios; y habiéndonos él criado para sí, como para último fin, haberle nosotros vuelto las espaldas; y habiéndonos ofrecido y convidado con su amistad la hemos nosotros despreciado y tenido en poco, y antepuesto á ella el amor de alguna criatura; y habiéndonos dado todas las criaturas para servirle con ellas, y por medio de ellas, haber puesto en ellas nuestro corazon, como si fueran nuestro Dios, pues las hemos escogido más que á Dios, y con ofensa de Dios, y perdiendo el derecho que teníamos de gozar de Dios, por gozar de ellas.

El segundo, se descubre esta fealdad en el

misterio de la Encarnacion, pues se hizo el Hijo de Dios hombre, y trabajó, padeció y murió por lavarnos de las culpas y sacarnos de los caminos errados y torcidos, y volvernos al camino de nuestro último fin: y de aquí es, que cuando nosotros pecamos, despreciamos su sangre y sus trabajos, su vida y su muerte: (*Ad Hebr. 10*): *Quanto magis putatis deteriora mereri supplicia, qui Filium Dei conculcaverit, etc. sanguinem Testamenti pollutum duxerit; in quo sanctificatus est, etc.*

Esta es una ponderacion gravísima del Apóstol. Porque la malicia del pecado, aunque en todos tiempos fué muy grande, mucho mayor lo es despues de la muerte de nuestro Salvador, por el desacato que se hace á su persona, y por el desagradecimiento de tan ilustre beneficio. Y esto es lo que ponderó el Apóstol cuando dijo: El que quebranta la ley de Moisés, convencido con dos ó tres testigos moria sin remedio. ¿Cuánto mayores castigos os parece que merecerá el que pone al Hijo de Dios debajo de sus piés, teniendo en poco su vida, y su muerte, que toda se enderezó para destruir el pecado; y el que hace injuria al espíritu de la gracia, que nos mereció el mismo Señor para no volver á pecar; y desprecia la sangre que derramó para confirmar

el Nuevo Testamento, como si fuera sangre comun de los demás animales que se ofrecian antiguamente en sacrificio?

El tercero. Conócese la malicia del pecado por parte del hombre que pecó, en dos maneras. Primero deshaciéndole. Segundo engrandeciéndole. Deshaciéndole: Primero, en comparacion á las demás criaturas, es nada; y con los ángeles menos ¿qué será comparado con Dios? Segundo, mirándole cuanto al cuerpo, que es un vaso de corrupcion, perpétuo manantial de hediondez y suciedad, blanqueado por defuera, para que no se vea lo que hay dentro. Tercero, cuanto al alma mucho peor, pues en ella se han fraguado tantas ofensas contra Dios, y han salido tantas abominaciones. *De corde enim exeunt cogitationes malæ, etc.* Y cuanto el hombre es menos, tanto es mayor la injuria que hace. Segundo engrandeciéndole: Criado á imágen de Dios, redimido con su sangre, traído á su fe y á su Iglesia, sustentado con su cuerpo y sangre y honrado con tantos beneficios; los cuales, cuanto son mayores, tanto es mayor el desagradecimiento y agravio.

El cuarto. Por parte de Dios, contra quien es el pecado. Primero, contra un Dios de tan infinito poder, que cuando estaba el hombre

pecando, pudiera deshacerle, y volverle en nada. Segundo, de tan infinita sabiduría, que tiene presentes los más íntimos y secretos pensamientos del corazón, y cuanto el hombre hace y piensa en su ofensa. Tercero, de tanta justicia, que tiene millares de almas ardiendo en el infierno por las mismas culpas, y en el mismo tiempo que yo las cometí. Cuarto, de tanta bondad y misericordia, que sola ella le tiene para no ejecutar contra mí la justicia que merecen mis culpas, etc.

Nuestro santo Padre concluye este ejercicio con este punto diciendo así: «El quinto, exclamacion admirativa con crecido afecto, discurrendo por todas las criaturas como me han dejado en vida y conservado en ella: los ángeles como sean cuchillo de la justicia divina, como me han sufrido y guardado, y rogado por mí: los santos como han sido en interceder y rogar por mí: y los cielos, sol, luna, estrellas, y elementos, frutos, aves, peces y animales, y la tierra como no se ha abierto para sorberme, criando nuevos infiernos para siempre penar en ellos.»

DE LOS PECADOS VENIALES.

Aunque los pecados veniales no quitan la gracia, hay muchos motivos para aborrecerlos.

Primero, son culpa y ofensa de Dios, lo cual basta para los que desean agradarle. Segundo, son manchas y fealdad del alma, lo cual avergüenza mucho para parecer delante de Dios, como se corre uno de parecer tiznado, etc. Tercero, quitan el fervor de la caridad y el gusto de las cosas espirituales, así como los humores gruesos entorpecen el movimiento y los sentidos. Cuarto, quitan la confianza en Dios: *Si cor nostrum non reprehenderit nos, fiduciam habemus*. Quinto, entibian el fervor, y enflaquecen la fuerza y eficacia de la oracion porque quien es remiso en hacer la voluntad de Dios, no merece que sea Dios pronto en hacer la suya. (*Threnorum, cap. 3, núm. 42, 44: Nos inique egimus, et ad iracundiam provocavimus: idcirco tu inexorabilis es. Opposuisti nubem tibi, ne transeat oratio. (Zachariæ, 7.) Et non audierunt: sic clamabunt, et non exaudiam eos.* Sexto, disponen á caer en culpas mortales, porque con el uso de las menores, vienen á despreciar las mayores; y con la flaqueza del espíritu, á no poder resistir á las tentaciones.

Nota. En este ejercicio no es bien gastar toda la hora en el exámen de las faltas, ni todo en los motivos de la contricion, sino acompañar siempre lo uno con lo otro.

DIA TERCERO.

DE LA PENITENCIA EXTERIOR Ó CASTIGACION DEL CUERPO.

De esta materia trata maravillosamente nuestro santo Padre en la adicion décima, que está despues de la primera semana, y dice así:

ADICION DÉCIMA.

«La décima adicion es penitencia. La cual
»se divide en interna y externa: interna es do-
»larse de sus pecados, con firme propósito de
»no cometer aquellos ni otros algunos. La ex-
»terna, ó fruto de la primera, es castigo de los
»pecados cometidos, y principalmente se toma
»en tres maneras.

»La primera es cerca del comer, es á sa-
»ber, cuando quitamos lo supérfluo, no es pe-
»nitencia, mas temperancia; penitencia es,
»cuando quitamos de lo conveniente, y cuan-
»to más y más, mejor, sólo que no se corrom-
»pa el sujeto, ni se siga enfermedad notable.

»Segunda, cerca del modo del dormir, así
»mismo no es penitencia quitar lo supérfluo
»de cosas delicadas ó moles; mas es peniten-
»cia cuando en el modo se quita de lo conve-
»niente, y cuanto más y más, mejor, sólo que
»no se corrompa el sujeto, ni se siga enferme-
»dad notable; ni tampoco se quite del sueño
»conveniente, *si forsan* no tiene hábito vicioso
»de dormir demasiado, para venir al medio.

»La tercera castigar la carne, es á saber,
»dándole dolor sensible; el cual se da trayendo
»cilicio, ó sogas, ó barras de hierro sobre las
»carnes, flagelándose, ó llagándose, y otras
»maneras de asperezas. Lo que parece más có-
»modo y más seguro de la penitencia es, que
»el dolor sea sensible en las carnes, y que no
»entre dentro de los huesos, de manera, que
»dé dolor, y no enfermedad; por lo cual pare-
»ce que es más conveniente lastimarse con
»cuerdas delgadas, que dan dolor de fuera,
»que no de otra manera, que cause dentro en-
»fermedad, que sea notable.

»La primera nota es, que las penitencias
»externas principalmente se hacen por tres
»efectos. El primero, por satisfaccion de los
»pecados pasados. Segundo, por vencer á sí
»mismo, es á saber, para que la sensualidad
»obedezca á la razon, y todas las partes infe-

»riores estén más sujetas á las superiores.
»Tercero, para buscar y hallar alguna gracia
»ó dón que la persona quiere y desea; así como
»si desea haber interna contricion de sus pe-
»cados, ó llorar mucho sobre ellos, ó sobre las
»penas y dolores que Cristo nuestro Señor pa-
»saba en su pasion, ó por solucion de alguna
»dubitacion en que la persona se halla.»

Y más abajo, despues de la segunda nota, dice así:

«La tercera, cuando la persona que se ejer-
»cita aún no halla lo que desea, así como lá-
»grimas, consolaciones, etc., muchas veces
»aprovecha hacer mudanza en el comer, en el
»dormir y en otros modos de hacer penitencia
»de manera, que nos mudemos haciendo dos
»ó tres dias penitencia, y otros dos ó tres no;
»porque á algunos conviene hacer más peni-
»tencia, á otros menos, y tambien, porque
»muchas veces dejamos de hacer penitencia
»por el amor sensual y por el juicio erróneo,
»que el sujeto humano no podrá tolerar sin
»notable enfermedad. Y algunas veces, por el
»contrario, hacemos demasiado pensando que
»el cuerpo pueda tolerar; y como Dios nuestro
»Señor es infinito, conoce mejor nuestra natu-
»ra: muchas veces en las tales mudanzas da á
»sentir á cada uno lo que le conviene.»

DECLARACION DE LA ADICION DÉCIMA.

La penitencia exterior, que es la castigacion del cuerpo, es fruto de la penitencia interior, conviene á saber, del dolor de los pecados; y muestra ser aquel dolor verdadero, pues llega á la venganza de la ofensa, y á poner medios costosos para no volver á caer en ella.

Tiene esta penitencia tres efectos. El primero satisfacer por las penas debidas de los pecados pasados. El segundo, vencerse á sí mismo, sujetando la sensualidad á la razon: de donde nace el fruto de muchas virtudes y obras meritorias, por tres causas. La primera, porque la razon carece de la contradiccion de la sensualidad, ó la tiene mucho menor cuando el cuerpo está castigado. La segunda, porque el cuerpo regalado rehusa el trabajo, y como la carne cuando le falta la sal se corrompe y cria gusanos, así el cuerpo regalado es amigo de ociosidad, y seminario de tentaciones y malos pensamientos; y al contrario, el cuerpo castigado se sujeta á servir en los trabajos virtuosos; y la experiencia muestra que es de la naturaleza de las bestias y del ingenio de los muchachos. que se gobiernan más por castigo que por razon. La tercera, porque el demonio, que se sirve de la sensualidad para de-

ribar al hombre, queda más fácilmente vencido con el rigor y aspereza; y algunos demonios hay (como se dice en el Evangelio) que no son echados sino con oracion y ayuno. El tercer efecto de la penitencia es alcanzar de nuestro Señor alguna gracia y merced, ora sea espiritual, como es dolor y contricion de las culpas, la victoria de algunas tentaciones, la devocion y gusto espiritual, etc., ora sean temporales, como la salud, la paz, el buen suceso de algun negocio, ó cosa semejante. Particularmente se han valido los santos de la penitencia para alcanzar de nuestro Señor luz para salir de alguna duda, ó resolver alguna cuestion: porque cuando á la oracion se le arrima la penitencia, tiene más fuerza para impetrar, como consta de toda la Escritura.

La penitencia se puede hacer de tres maneras. La primera en la comida y bebida, quanto á la cantidad y qualidad. En la comida, no comiendo sin licencia, ni fuera de tiempo ni lugar, no deseando cosas delicadas, no quejándose de las groseras, no hartándose de unas ni de otras, mortificándose principalmente en las de mejor gusto: todo lo cual pertenece á la templanza como se ve en las reglas de abstinencia y en la adicion décima; y á la penitencia toca quitar de la cantidad conveniente,

con ayunos más ó menos rigurosos. Y esta penitencia es muy propia de la Compañía, pues dice una regla, que entiendan todos, que no es singularidad ayunar uno cuando los demás no ayunan, etc. En la bebida se hace penitencia, quitando el exceso en la cantidad, y más en la cualidad del vino, del cual no se debería usar sino como de medicina. Porque si se excede en él, es materia de tentaciones, enciende la ira, entorpece el entendimiento, hace pesados para la oracion y trato espiritual, y acarrea otros muchos daños para el cuerpo y para el alma. Este ejercicio de la mortificacion en la comida, fué muy usado al principio en la Compañía.

Lo segundo, se puede hacer penitencia en el sueño, en el cual, aunque no se debe quitar de la cantidad necesaria, pero débese moderar la supérflua, levantándose puntualmente á la oracion, y no admitiendo necesidad ó razones en contrario, sin que sean muy examinadas: todo lo cual toca á la templanza y á la penitencia; la aspereza en el modo de dormir, como durmiendo vestidos ó en el suelo, etc.

Lo tercero, se puede hacer penitencia en las disciplinas y cilicios, y otros castigos y asperezas semejantes, de que se hallan muchas diferencias y admirables invenciones en

las vidas de los santos, acerca de las cuales en orden á nuestro uso é imitacion, dice nuestro santo Padre así en la adicion décima: «Lo que parece más cómodo y más seguro de la penitencia, es, que el dolor sea sensible en las carnes, y que no entre dentro en los huesos, de manera, que dé dolor y no enfermedad. Por lo cual parece que es más conveniente lastimarse con cuerdas delgadas, que dan dolor de fuera, que no de otra manera, que cause enfermedad que sea notable.» Y porque este modo de hacer penitencia con las disciplinas y cilicios se ha hecho ya el más ordinario, se puede temer no nos olvidemos de los dos primeros, mirándolos como ajenos de nuestra Religion, pues no lo son, y nuestro santo Padre hace mencion de ellos, y porque el provecho que se puede sacar, castigando el cuerpo con cilicio y disciplina, se vendrá á perder, dejándole comer, beber y dormir á su voluntad y sin tasa alguna.

Las penitencias corporales no pueden ser iguales en todas las personas, ni lo deben ser en todos los tiempos, sino que han de ser más ó menos. Lo primero, conforme á la salud y fuerzas corporales; porque el que tiene achaques ó enfermedades, no debe hacerlas más pesadas con la sobrecarga de las peni-

tencias voluntarias, cuando son indiscretas, ó con la congoja de no poder hacerlas, sino aplicarse á llevar con devocion y conformidad la penitencia que recibe de la mano de Dios. Lo segundo, se debe tener respeto á las ocupaciones y trabajos de mayor servicio divino, para no estorbarlos, ora sea en provecho espiritual de los prójimos, ora sean en ayuda temporal de la comunidad. Porque no es razon gastar las fuerzas corporales en penitencias, que cuando sean provechosas para mí, no lo son para otro ninguno, pudiéndolas gastar en otros trabajos, que siendo penitencia para el cuerpo y merecimiento para el espíritu, redundan tambien en provecho de los prójimos. Y esto se entienda cuando las tales penitencias estorban estas ocupaciones; porque muchas veces las ayudan sujetando el cuerpo al espíritu y la sensualidad á la razon, como dijimos arriba. Lo tercero, se debe acomodar la penitencia á la materia de la meditacion; porque unas piden más penitencia, como la primera y tercera semana, y otras menos, como la cuarta. Tambien se debe tener respeto á la consolacion y desolacion espiritual, y á la devocion ó sequedad que se siente; y para tomar el medio en todas estas ocasiones, es bien hacer algunas mudanzas, tomando

experiencia de lo más y de lo menos, siempre con más fervor á lo más riguroso; porque no puede uno conocer todo lo que puede, sino es llegando á lo que no puede; y sobre todo tomar consejo y sujetarse al parecer ajeno.

MEDITACION

DE LAS PENAS DE LOS PECADOS.

Débese notar lo primero, que en el pecado hay dos cosas, que son apartarse de Dios, que es el último fin, y convertirse con desordenado amor á la criatura; en lo cual, como dijimos, consiste la fealdad de la culpa: y á estas dos cosas responde el rigor del castigo y de la pena. Lo primero, que el que dejó á Dios, se quede sin él; y el que huye de su último fin que no llegue á él; que el que no quiso ir al convite, no coma de él; y el que se apartó de Dios, se aparte Dios de él (*Osee* 9); *Sed et vae eis cum recessero ab eis*. Y esta llamamos pena de daño. Lo segundo, que el que se entregó á la criatura, sienta daño con ella, y se punce con las espinas el que se abrazó con ellas; y el que quiso servir á ruin señor, sienta la crueldad y tiranía de él (*Isaiæ* 19): *Et tradam Ægyptum in manus dominorum*

crudelium. Y esta llamamos pena de sentido.

Lo segundo nótese, que la ira de Dios en castigar los pecados y á los pecadores, es muy semejante á la de un varon poderoso y celoso, que está encendido en ira y furor; porque teniendo á su mujer en su casa con honra y regalo, se le fué con un adúltero. Porque lo primero, no la admite en su casa por ruegos ningunos, y la deja padecer pobreza y miseria, y malos tratamientos del adúltero. Lo segundo, la aparta con violencia de él, para que no goce ni aun de aquel breve deleite, y tan mezclado de amargura. Lo tercero, quita la vida al adúltero. Lo cuarto, castiga á la mujer con muerte afrentosa; porque como se dice (*Proverbiorum* 6:) *Zelus et furor viri, non parcat in die vindictæ, neque acquiescet cujusquam precibus nec suscipiet pro redemptione dona plurima*. Este mismo orden tiene Dios en castigar á los hombres, que dejándole á él, que es su último fin, se han amancebado con las criaturas. La cual semejanza es bien usada en las Escrituras, como se ve (*Jerem.* 2.) Donde muestra Dios el sentimiento que tiene de esto, con aquellas palabras tan encarecidas: *Obstupercite cæli super hoc, et portæ ejus desolamini vehementer, dicit*

Dominus: dūo enim mala fecit populus meus, me dereliquerunt fontem aquæ vivæ et foderunt sibi cisternas, cisternas dissipatas, quæ continere non valent aquas. Pues para entender esta ira y castigo de Dios, ayudarán los puntos siguientes:

Primero. La primera demostracion que hizo Dios del aborrecimiento que tiene contra el pecado, fué en los ángeles que derribó del cielo por un pecado de soberbia. Donde es mucho de considerar, como una de las más ricas joyas de la casa de Dios, una de las principales hermosuras del cielo, una imágen en quien tan altamente resplandecía la divina hermosura, cayó del cielo como un rayo por un solo pensamiento soberbio. De príncipe entre los ángeles, se hizo príncipe de los demonios: de hermosísimo, el más feo: de gloriosísimo, el más atormentado: de graciosísimo, el mayor enemigo de todos cuantos Dios tiene y tendrá jamás. Pues si este estrago hizo una sola culpa en aquellos vasos de oro preciosísimos, ¿qué esperan los vasos de barro vilísimos llenos de veneno de tantos pecados?

Segundo. El segundo golpe de la divina justicia fué en el paraíso terrenal, donde habia puesto Dios al primer hombre, padre y cabeza de todos los hombres, criado á su

imágen y semejanza, formado el cuerpo con sus manos, hermoseedo con la gracia y justicia original, dotado de inmortalidad y de otras innumerables excelencias y privilegios; y por una desobediencia fué desterrado del paraíso, y condenado á infinitas penalidades y miserias, y finalmente á morir. Y no solamente se ejecutó esta pena en su persona, sino en todos sus hijos; los cuales, como nacidos de raíz infecta, nacen hijos de ira, concebidos en pecado, y sujetos á las mismas miserias: y al cabo de tantos siglos aún no está olvidada aquella injuria por tantos hombres repartida, y con tantos azotes castigada; antes todas cuantas penas hasta hoy han padecido, y todas cuantas muertes ha habido, y todas cuantas almas arden y arderán para siempre en el infierno, todas son centellas que originalmente descienden de aquella primera culpa, y argumento y testimonio de la divina justicia. Pues, ¿qué pena merece y puede temer un hombre vil por tantos pecados, pues por uno solo se ejecutó tan riguroso castigo en el que era cabeza de todos los hombres?

Tercero. Así como perseveraron los hombres en hacer nuevos pecados, así perseveró Dios en añadir otros nuevos castigos. Todo el

universo mundo pereció con las aguas del diluvio. Sobre aquellas cinco deshonestas ciudades llovió Dios fuego y piedra azufre del cielo. A Datan y Abiron por una competencia que tuvieron con Moisés, tragó la tierra vivos. Dos hijos de Aaron, Nadab y Abiu, porque dejaron de guardar una ceremonia en su sacrificio, fueron súbitamente abrasados con el fuego del santuario. Ananías y Safira en el Nuevo Testamento, por una mentira que dijeron, al parecer liviana, en un punto los arrebató la muerte juntos. Y de esta manera hay otros muchos ejemplos en las divinas Letras, y muchos en las historias eclesiásticas y profanas, y muchos que vemos y experimentamos en nuestros días, los cuales ayudará pasar por la memoria, y pensar que muchos arderán ya en los infiernos por menos pecados que los nuestros.

Cuarto. Todo este mundo está lleno de justicia de Dios contra los pecadores, el cual los aflige, lo primero, con ceguedad, ignorancia y tinieblas espirituales, inquietud del alma, desasosiego del espíritu, remordimiento de la conciencia, como gente que está fuera de su centro y en ninguna cosa halla firmeza; lo cual pertenece á la pena de daño, y es castigo de haber dejado á Dios, que es la luz, alegría

y centro del corazon. Lo segundo, los aflige con enfermedades, pobreza, deshonor, pleitos, malos sucesos en todo lo que ponen mano, muertes desastradas, etc. Todo lo cual es el pago que reciben de las criaturas, y responde á la pena del sentido; y junto con las impaciencias, desconfianzas y desesperaciones que sienten, es como un retrato del infierno. Pues si dentro y fuera de nosotros tenemos tantos argumentos de la ira de Dios, ¿qué falta para temerle y para conocer el enojo que tiene contra el pecado? Y si de un juez por haber ejecutado algunas veces justicia, se esconden los malhechores, y no se atreven á parecer delante de él, ¿cómo nos atrevemos á parecer delante de Dios, experimentando tan á menudo efectos tan manifiestos de su justicia?

Quinto. A esta pena del pecado que hay en esta vida, sucede la segunda, que es la muerte. En lo cual se debe presuponer que es muy cierto haber de morir; y el ser la hora incierta, aunque por una parte alarga la esperanza si será de aquí á algunos años, por otra la acorta, si será dentro de pocos dias. Venida pues esta hora á la corta, ó á la larga, considérese el rigor que usa Dios contra el pecador, quitándole la hacienda, los amigos, los oficios y estados, los deleites y entreti-

mientos, la hermosura y fuerzas corporales, y finalmente la misma vida: haciendo con él en esto una confiscacion general de todos los bienes, y apartándole con violencia de todas las criaturas, con quien estaba feamente amancebado, para que ni aún goce de este deleite breve y transitorio que tenia de ellas, sin esperanza de volver jamás á ellas. Pues si de esta manera hemos de ser arrancados de las criaturas, ¿por qué nos apegamos tanto á ellas, sino para sentir entonces mayor dolor y confusion? Añádese á esto el poco refugio y amparo que la desventurada alma tendrá en Dios cuando sea presentada ante él con sus culpas en el juicio particular; porque allí se le hará cargo de que siendo convidada en vida con la gracia y reconciliacion con Dios, no hizo caso de ella; y que justamente la deja Dios, pues ella le dejó primero: y así será desechada de él sin admitir ruegos ni intercesiones. *Quia zelus, ac furor viri non parcet in die vindictæ, neque acquiescet cujusquam precibus.*

Sexto. A este castigo se sigue otro, que es el del juicio universal. En este dia despues de haber Dios sufrido y sustentado á las criaturas por respeto de los buenos, mostrará contra ellas ira y furor, en odio de la corrupcion de los malos, y en venganza de las culpas que

por respeto de ellas han cometido los hombres. Así como el marido en el día de la venganza mata al adúltero, quema las galas, destruye los jardines, y muestra enojo contra todo aquello que pudo tener parte en su afrenta, así será en este día. Porque á esto pertenece el temblar la tierra, bramar la mar, oscurecerse el sol, caerse las estrellas, y abrasarse todo el mundo. *Cum igitur hæc omnia dissolvenda sint, quales oportet vos esse in sanctis conversationibus, et pietatibus, expectantes, et prope-
rantes in adventum diei Domini, per quem cæli
ardentes solventur, et elementa ignis ardore
tabescent* (2 Petri, 3). Y lo que es de maravillar, acabándose aquel día todas las cosas, solos los cuerpos de los hombres son resucitados y reengendrados, porque habiendo tenido más parte en las ofensas de Dios, no solamente paguen con pena de muerte eterna, sino que tengan vida para sentir su muerte. Pues, ¿á dónde pudo llegar más el enojo que no se contenta con quitar la vida y dar la muerte, sino que da la vida á los muertos para castigar con muerte viva, que de tal manera mate y consuma, que no quite el dolor y sentimiento de la misma muerte? A esto se sigue la sentencia del Juez, en la cual despues de haberles hecho cargo de todas sus culpas, desde la

mayor hasta la menor, no se les dará otra pena más de la que ellos escogieron por su culpa, que es lo primero apartarlos Dios de sí, de quien ellos se apartaron. *Discedite á me, maledicti*. Y lo segundo, sentir daño de las criaturas, á quien ellos amaron, *in ignem æternum, etc.*

Séptimo. Síguese la ejecucion de esta pena, la cual se hará en el infierno por toda la eternidad, donde el mayor castigo será estar en perpétua oscuridad, apartados de su último fin, de que ellos por su voluntad se desviaron, y ahora contra su voluntad no pueden volver á él, con perpétuo remordimiento de haber perdido tanto bien, y tantas ocasiones de ganarlo. A esto se sigue la pena del sentido, en la cual justamente ordena Dios, que todas las criaturas que en esta vida les dieron gusto, allí les den dolor, y los sentidos que fueron instrumento de su deleite, lo sean de su tormento: donde se descubre grande campo para considerar todas las cosas que en esta vida ofenden y atormentan los sentidos; porque todas ellas con mayores ventajas para atormentar se hallarán en el infierno. Esta es la venganza que toma Dios de los que dejándole á él se abrazaron con las criaturas; y el fin de esta tragedia será por toda la eternidad.

Octavo. Para hacer este castigo no tiene Dios respeto á personas, ni son menester muchas culpas, pues por una sola mortal, dará este castigo á cualquiera que muera en ella. Y en esto hace fuerza nuestro santo Padre en todos los puntos del ejercicio de las tres potencias; pues un solo pecado, de ángeles los hizo demonios; y un solo pecado de nuestros primeros padres, hizo tanto estrago en el mundo, y lo hiciera en sus personas, si no lo repararan con penitencia; y por un solo pecado están muchos ardiendo en el infierno. Para que de aquí saquemos, que siendo tanto el exceso de nuestras culpas, y la desigualdad de nuestras personas, no tenemos porque presumir vanamente, sino asegurarnos con la verdadera penitencia.

El fin de este ejercicio es, lo primero, el temor de Dios: *quia horrendum est incidere in manus Dei viventis* (Ad Hebr. 10). Lo segundo reconciliarnos con él á tiempo que está aparejado para recibirnos, como se dice (*Jeremiæ* 3). *Vulgo dicitur. Si dimiserit vir uxorem suam, et recedens ab eo, duxerit virum alterum, numquid revertetur ad eam ultra? Numquid non polluta, et contaminata erit mulier illa? tu autem fornicata es cum amatoribus multis; tamen revertere ad me, dicit Dominus; et ego suscipiam te.*

DIA CUARTO.

DEL FIN DE LA PRIMERA SEMANA, Y PRINCIPIO
DE LA SEGUNDA.

El fin de la primera semana, es la contricion y dolor de las culpas, y purificar el alma de los pecados pasados; y así pertenece esta semana á la via que llaman purgativa, como dijo nuestro santo Padre en la anotacion décima de las veinte primeras. Los medios de que en ella usamos, son el exámen de la conciencia, la confesion, la penitencia ó castigacion del cuerpo, y la meditacion. La materia de la meditacion, es: Primero, el último fin para que fuimos criados, que es la regla de nuestra rectitud. Segundo, el fin para que fueron hechas las demás criaturas, que es la regla del buen uso de ellas. Tercero, la muchedumbre de nuestros yerros y de nuestras culpas, que son todas las veces que habemos torcido del último fin, y usado mal de las criaturas. Lo cuarto, los motivos que tenemos para dolernos y llorar estas culpas, tomados de la fealdad de

ellas, de la grandeza de Dios, y de la pequeñez nuestra. Lo quinto, las penas y castigos de los pecados, para venir en temor de Dios; donde entra la consideracion de la muerte, juicio é infierno; de todo lo cual hemos tratado hasta aquí brevemente.

Aunque algunas veces conviene en el discurso del año hacer despacio estos ejercicios de la primera semana, esto es, por el tiempo que sea necesario para conseguir el efecto de ellos, como se dice en la anotacion 4.^a de las primeras; pero no conviene á los que caminan á la perfeccion ocuparse de ordinario en ellos. En lo cual es de temer, que algunos se engañen gastando demasiado tiempo en estas meditaciones y ejercicios, por parecerles que hallan más gusto y sentimiento en ellos. Pero dado caso que en estas meditaciones tengan algun sentimiento más sensible; pero esto suele ser porque el temor y el dolor se imprimen más fácilmente, y se perciben más de los principiantes, que no otros afectos más espirituales y más provechosos, que para tenerlos es menester ejercitarse en la segunda semana.

Mas porque de ordinario caemos en algunas culpas, así de ordinario es necesario algun ejercicio de la via purgativa; y por eso tenemos para cada dia uno de ellos, que es el exá-

men de la conciencia, el cual es una breve suma de los ejercicios de la primera semana. Porque de cinco puntos que tiene, el primero, que es la accion de gracias, toca en el último fin, y en la obligacion que tenemos de buscarle, pues continuamente nos atrae á sí con cadenas de beneficios. El tercer punto toca en el exámen de las culpas cotidianas. El cuarto, en los motivos de dolor y temor de Dios para venir en arrepentimiento de las culpas. Todo lo cual, como dijimos, pertenece á la primera semana. Y el quinto, que es el propósito de la enmienda, es parte de la contricion, y toca ya en la segunda semana, á la cual pertenece la reformation y aprovechamiento; así que cada dia en el exámen se debe renovar la compuncion y buenos afectos de la primera semana, y para eso debemos tener á la mano algunos de los puntos y consideraciones que dijimos en ella.

Uno de los provechos grandes que se ha de sacar de la primera semana, es conocer la necesidad que teníamos de la redencion de Cristo. Porque quitando ésta de por medio, toda la masa de Adan tenia sobre sí la senténia de muerte y de condenacion, con que en las meditaciones pasadas hemos amenazado á los pecadores que no se quieren aprovechar de esta

gracia y redencion. De manera, que todos generalmente nacimos en culpa; y todos generalmente viviéramos cayendo á menudo en otras muchas, sujetos á la malicia y envidia de los demonios; y despues de una vida inquieta y turbada habíamos de morir y venir á ser compañeros de los demonios en la pena y fuego eterno que se aparejó para ellos. Siendo esto así, cuando nos convidan con la penitencia, y nos ofrecen perdon y reconciliacion, y nos prometen vida eterna, claro está que si tenemos alguna luz y algun juicio y consideracion de hombres, que debemos abrir los ojos para mirar por dónde nos ha venido este bien, y se nos ha abierto la puerta de esta esperanza: y hallaremos que no entró por otro camino, sino por solo Jesucristo nuestro Señor, el cual por una parte con su sangre pagó nuestras culpas y deudas, y nos ganó los socorros de la gracia para merecer la gloria, en lo cual hizo oficio de redentor; y por otra nos enseñó con su doctrina y mucho más con su ejemplo, el camino que habíamos de tomar para no volver á manos de nuestros enemigos, en lo cual hizo oficio de maestro, segun que él lo dijo: *Vos vocatis me Magister et Domine, etc.* (Joan. 13).

Tratando pues del oficio que nuestro Salva-

dor hizo de maestro, debemos mirar con atencion el camino que nos enseñó con palabras y con ejemplos para seguirle; lo cual pertenece á la segunda semana. Y porque Cristo nuestro Señor es la luz del mundo, y el que dijo de sí: *qui sequitur me, non ambulat in tenebris*; por esto, este camino que llevamos en su seguimiento, se llama camino de luz, ó camino que alumbra, que es lo mismo que via iluminativa. Es pues de considerar, que toda la doctrina y ejemplos de Cristo nuestro Señor, se reducen á saber honrar y glorificar y obedecer á Dios, y el buen uso de las criaturas: y por eso entre otras cosas se hizo hombre. *Et cum hominibus conversatus est.* (Baruc. 3). Para que usando él de estas criaturas visibles nos enseñase en su persona el buen uso de ellas. Y porque, como dice el refran: Si me poneis donde erré, yo acertaré: por eso desde que Jesucristo entró en el mundo, hasta que salió de él, fué mostrando al hombre, que todo su yerro habia estado en el amor desordenado de las criaturas; y su acierto estaria en quitar el amor de todas ellas, mirándolas con indiferencia, para que no le desvien y hagan errar de su último fin: la cual es conclusion que sacamos del fundamento. Enseñónos más, que cuanto es de nuestra parte huyamos de la

honra, hacienda y regalo, y busquemos á su imitacion y ejemplo todo lo contrario: y este es el camino real de la santa cruz, que dejó marcado y señalado en su vida y en su muerte para sus escogidos.

Segun esto, los fines de la segunda semana, son: El primero, conocer, estimar y amar á Cristo nuestro Señor, y crecer cada dia más en su amor y en su estima y conocimiento. El segundo, imitarle cuanto nos fuere posible, principalmente en su pobreza y dolores, en sus afrentas y su cruz. El tercero, no sólo en todas las cosas mandadas ó vedadas con precepto cumplir su santa voluntad, lo cual es propio de la primera semana, ni solamente en las que son de consejo tomarlas y seguirle, mas aun en aquellas que están á nuestro escoger, por no tener del todo declarada la voluntad de Dios, no querer escoger nada, sino aquello que entendiéremos ser de mayor servicio y gloria. Los medios que hay para conseguir estos fines, son la meditacion de Cristo nuestro Señor y las reglas y ejercicios de las elecciones; á lo cual se puede añadir el examen particular, aunque es ejercicio comun á todas cuatro semanas.

MEDITACION

DEL REINO DE CRISTO.

Esta meditacion está en el libro de los *Ejercicios*, fuera del número de las meditaciones de la segunda semana; y así es como el fundamento de todas ellas. Contiene por una parte todo el intento de la Encarnacion y de la vida y doctrina de Jesucristo nuestro Señor, que fué darse á conocer entre los hombres, y conquistarlos y rendirlos para que fuesen reino suyo, y llamar á todos los hombres á la parte que les cabe de esta empresa, haciendo por lo menos guerra á sí mismos, y á su sensualidad y amor propio, por la obediencia de Dios. Por otra parte contiene toda la suma en que consiste la perfeccion del hombre, que es la imitacion de Cristo, y en que consiste la mayor y menor perfeccion, y los diferentes grados que hay en ella, que es en la más ó menos perfecta imitacion de este Señor.

El texto de los Ejercicios de nuestro santo Padre dice así:

*«El llamamiento del rey temporal, ayuda á
»contemplar la vida del Rey eternal.»*

La oracion preparatoria sea la solita.

«El primer preámbulo es composicion viendo el lugar: será aquí ver con la vista imaginativa sinagogas, villas y castillos por donde Cristo nuestro Señor predicaba.

»El segundo, demandar la gracia que quiero: será aquí pedir gracia á nuestro Señor para que no sea sordo á su llamamiento; mas presto y diligente para cumplir su santísima voluntad.

»El primer punto es, poner delante de mí un rey humano, elegido de mano de Dios nuestro Señor, á quien hacen reverencia y obedecen todos los príncipes y todos los hombres cristianos.

»El segundo, mirar como este rey habla á todos los suyos, diciendo: Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles. Por tanto quien quisiere venir conmigo, ha de ser contento de comer como yo; y así de beber y vestir, etc. Asimismo ha de trabajar como yo en el dia, y vigilar en la noche, etc. Porque así despues tenga parte conmigo en la victoria, como la ha tenido en los trabajos.

»El tercero, considerar qué deben responder los buenos súbditos á rey tan liberal y tan humano: y por consiguiente, si alguno no aceptase la peticion de tal rey, cuanto sería digno de ser vituperado de todo el mundo, y tenido por perverso caballero.

»La segunda parte de este ejercicio consiste en aplicar el sobredicho ejemplo del rey temporal á Cristo nuestro Señor, conforme á los tres puntos dichos.

»Y cuanto al primer punto, si tal vocacion consideramos del rey temporal á sus súbditos, cuánto es cosa más digna de consideracion ver á Cristo nuestro Señor, rey eterno, delante de él todo el universo mundo, al cual y á cada uno en particular, llama y dice: Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre. Por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo; porque si guiéndome en la pena tambien me siga en la gloria.

»El segundo, considerar que todos los que tuvieren juicio y razon ofrecerán todas sus personas al trabajo.

»El tercero, las que más se querrán afectar y señalar en todo su servicio de su rey eterno y señor universal, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo, más aun haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblaciones de mayor estima y mayor momento diciendo: Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblacion con vuestro favor y ayuda, delan-

»te vuestra infinita bondad, y delante vuestra
»Madre gloriosa y de todos los santos y santas
»de la corte celestial; que yo quiero y deseo, y
»es mi determinacion deliberada (sólo que sea
»vuestro mayor servicio y alabanza) de imi-
»taros en pasar todas injurias, y todo vitupe-
»rio, y toda pobreza, así actual como espiri-
»tual, queriéndome vuestra santísima Majes-
»tad elegir y recibir en tal vida y estado.»

DECLARACION DE LA MEDITACION SOBREDICHA.

El fin de esta meditacion es un propósito y determinacion de imitar á Cristo nuestro Señor, y seguirle con la mayor perfeccion, y lo más de cerca que con la divina gracia pudiere, haciendo guerra á la sensualidad y amor propio; á lo cual llama Cristo nuestro Señor, generalmente á todos. Tiene este ejercicio, á más de la oracion preparatoria y los dos preámbulos, dos partes. La primera es un ejemplo y semejanza de un rey temporal que llama á sus súbditos á la guerra. La segunda es la aplicacion de esta semejanza á Cristo nuestro Señor; y cada parte de estas tiene tres puntos.

PRIMERA PARTE DE LA MEDITACION.

En el primer punto nota las calidades de este rey humano que aquí se propone. Lo primero, príncipe legítimo elegido de mano de Dios: Lo segundo, rey universal de todos los príncipes y pueblos, y de todos los hombres cristianos. Lo tercero, debemos considerar en él la prudencia, benignidad, liberalidad, clemencia, justicia y providencia de sus vasallos, y todas las demás propiedades que es justo que tenga un rey, puesto de mano de Dios sobre tantos vasallos.

En el segundo punto adviértase la plática que hace este rey. Lo segundo, la justificación de su demanda; porque él no se quiere quedar en el regalo de su casa, sino salir el primero á la guerra: ni quiere tratarse con más regalo y comodidad que sus soldados; antes se contenta que sus soldados se traten como su rey en el comer, beber y vestir: ni tampoco se quiere poner en lo más seguro de la batalla, contemplándose con animar con sola su presencia á sus soldados; antes quiere ponerse en lo más peligroso, y ser el primero en los trabajos del día, y en las vigiliass de la noche. Porque aunque apenas se halla entre los reyes

de la tierra quien haga esto; pero nótanse aquí con advertencia todas estas circunstancias para abrir los ojos á saber reparar en los ejemplos de Cristo nuestro Señor, y dar principio á su voz y llamamiento, cuando dijo: *Si quis mihi ministrat, me sequatur, et ubi ego sum, ibi et minister meus erit* (Joan. 12). Lo segundo adviértase, que en el prometer este rey á sus soldados parte en la victoria, como la hubieren tenido en la imitacion de sus trabajos, se empieza ya á descubrir los diferentes grados que hay de perfeccion; y que éstos consisten en la mayor ó menor imitacion de su rey, y en tener más ó menos parte en sus trabajos: á lo cual responden los diferentes grados en el premio de la gloria.

En el tercer punto adviértase como de los afectos y sentimientos humanos, que nos son más familiares y notorios, se ha de ir levantando el ánimo á los sentimientos espirituales, que son más secretos y apartados de los sentidos. Y por esto cuando se usa de estas semejanzas, mucho importa entender lo que pasa en tales casos y en las cosas humanas, haciendo de allí grado para subir á las divinas; y así en el ejercicio propuesto, para sacar provecho de él, mírese con atencion. Lo primero, que dicen los buenos y leales vasa-

llos, y suelen responder á una peticion tan justificada de un rey tan humano y tan liberal. Lo segundo, si alguno hubiese que rehusase de seguir en estas ocasiones á su rey, como es tenido por infame, cobarde, desleal, perverso caballero, y digno de ser vituperado por todo el mundo.

A este propósito se pueden ponderar las palabras que Urías dijo á David (2 Reg. c. 11): *Arca Dei, et Juda, et Israel habitant in papilionibus; et dominus meus Joab, et servi domini mei super faciem terræ manent; et ego ingrediar domum meam, ut comedam, et bibam, et dormiam cum uxore mea? Per salutem tuam, et per salutem animæ tuæ non faciam rem hanc.* Y lo que respondió Ethai Geteo al mismo David, cuando salió huyendo de Absalon, y le persuadió que no le acompañase en aquel peligro (2 Reg. c. 15): *Vivit Dominus, et vivit dominus meus rex quoniam in quocunque loco fueris, domine mi rex, sive in morte sive in vita, ibi erit servus tuus.* Si esto dijo un forastero; ¿qué debia decir un súbdito natural?

SEGUNDA PARTE

DE LA MEDITACION.

La segunda parte de este ejercicio consiste en aplicar el ejercicio sobredicho del rey temporal á Cristo nuestro Señor; y contiene otros tres puntos que corresponden á los primeros.

En el primer punto se debe ponderar, como Cristo nuestro Señor es el rey elegido de mano de Dios: *Ego autem constitutus sum rex ab eo* (Psalm. 2.) Y aunque su reino no es de este mundo, como dijo él á Pilatos: *Regnum meum non est de hoc mundo* (Joan. 18); porque no es temporal, sino espiritual, ni promete felicidad temporal, sino eterna; vino con todo esto el Señor á este mundo á hacer guerra, y conquistar su reino, sujetando los entendimientos á la verdad, y las voluntades á la obediencia de los mandamientos de Dios, librando á los hombres del poder de las tinieblas y de la tiránica servidumbre del pecado y de sus concupiscencias. *Ut non regnet peccatum in vestro mortali corpore, ut obediatís concupiscentiis vestris* (Ad Rom. 6.) En tanto pues que durare este mundo, siempre habrá enemigos rebeldes al imperio de este rey,

hasta que á la fin de él los tenga á todos sujetos y rendidos á sus piés; á unos por amor y obediencia, á otros por castigo y violencia (1 *ad Corinth.* 15.) *Deinde finis cum tradiderit regnum Deo, et Patri, etc. Omnia enim subjecit sub pedibus ejus.* A esta guerra llama el Señor á todo el mundo, y á cada uno en particular; por lo menos para hacer guerra á su sensualidad y amor propio, hasta sujetarse perfectamente á la voluntad de Dios, como dijo (*Matthæi* 10): *Nolite arbitrari, quia pacem venerim mittere in terram: non veni pacem mittere, sed gladium, etc.* Pues en esta pelea de sujetar los hombres á la verdad y obediencia de los mandamientos divinos, Cristo nuestro rey llenó lo más dificultoso y lo más peligroso, viviendo en continua contradicción, hasta dejar la vida en la cruz, por animar á sus soldados, que no desfalleciesen. Por lo cual nos convida á la imitación de su ejemplo, como él dijo (*Joann.* 12): *Qui mihi ministrat, me sequatur.* Y san Pablo (*ad Heb.* 12): *Recogitate enim eum, qui talem sustinuit a peccatoribus adversum semetipsum contradictionem, ut non fatigemini animis vestris deficientes, etc.* Segun esto Jesucristo nuestro Señor, es el dechado y ejemplar en que hemos de mirar; y tanto será mayor

nuestra victoria y nuestro premio, cuanto fuéremos más parecidos y semejantes á él; y cuanto tuviéremos mayor parte en sus trabajos, la tendremos mayor en su gloria (*ad Rom. 8*): *Si tamen compatimur, ut et conglorificemur.*

Aplicando todo lo dicho al propósito, si los vasallos se honran de ser semejantes, y tener parte en los trabajos de su rey temporal, con la esperanza de la victoria; siendo nuestro rey tanto más excelente, su reino tanto más alto, sus empresas tanto más gloriosas, sus premios tan aventajados; ¿cómo somos tan cobardes en esta pelea? ¿cómo tenemos tanto miedo á la pobreza y á la deshonra? y ¿cómo nos turbamos y escandalizamos tanto, cuando nos trata el mundo como ha tratado á nuestro rey y señor? Esta razon como es de tanto peso debia de repetir muchas veces el Salvador á sus discípulos (*Matth. 10, num. 24*), como lo da á entender (*Joan. 15*): *Mementote sermonis mei, quem ego dixi vobis: Non est servus major Domino suo. Si me persecuti sunt, et vos persequentur. Si sermonem meum servaverunt, et vestrum servabunt.* Y los que se desprecian de ser semejantes á él, dice el Señor, que no merecen ser ni llamarse suyos (*Matth. 10*): *Et qui non accipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus.*

En el segundo punto hágase fuerza en lo que dice, que, supuesto el discurso hecho, todos los que tuvieren juicio y razon, ofrecerán todas sus personas enteramente al trabajo. Porque lo que aquí se pide, es ofrecimiento y sacrificio de la misma persona, y de toda la persona, sin reservar nada de lo que tiene y de lo que puede y vale. Y para hacer esto así, basta tener juicio y razon; porque la cosa bien entendida es tan manifiesta que será falta de él hacer lo contrario. Y la experiencia ha confirmado esto en todos los que han tenido alguna razon y juicio, alumbrado de Dios. Porque de la eficacia de este llamamiento procedió la muchedumbre de gente que seguia al Salvador, y los que despues se convirtieron á la predicacion de los apóstoles, y despues por todo el discurso de la Iglesia el número innumerable de gloriosos mártires, esforzados confesores, purísimas vírgenes y devotos ermitaños, que de todos estados, y en todas edades, con tantos trabajos y persecuciones siguieron al Salvador. *Ideoque et nos tantam habentes impositam nubem testium, deponentes omne pondus et circumstans nos peccatum, per patientiam curramus ad propositum nobis certamen: aspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Jesum, qui proposito sibi gaudio*

sustinuit crucem, confusione contempta, atque in dextera sedis Dei sedet. (Ad Heb. 12). En las cuales palabras parece que cifró el Apóstol la suma de este ejercicio.

En el tercer punto, en donde dice: «No solamente ofrecerán sus personas al trabajo; »mas aún haciendo contra su propia sensualidad, y contra su amor carnal y mundano;» adviértase, que aunque en la plática que hace este rey, parece que llama capitanes y soldados que le ayuden á la conquista del mundo, y á sujetar todos sus enemigos á su obediencia y á la de su padre, notando en esto los ministros evangélicos, que ayudan á la conversion de las almas; pero con todo eso, manifestamente se da á entender en este lugar, que esta guerra ha de empezar por la que cada uno ha de hacer á sí mismo; esto es, á su propia sensualidad, y amor carnal y mundano. Porque es muy cierta, y como primer principio de esta doctrina, la última sentencia con que se acaba la segunda semana: *Que tanto se aprovechará cada uno en las cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer é interesse.*

Lo segundo adviértase que este ofrecimiento que se hace en este tercer punto con palabras de tanto fervor, de ninguna manera es

voto, ni tal fué la intencion de nuestro santo Padre, sino es un encendido deseo, y un propósito y deliberada voluntad de imitar á Jesucristo nuestro Señor, y seguirle en el camino de su cruz. Y este propósito es el fruto de este ejercicio, y lo que se pidió al principio de él en el segundo preámbulo, que es gracia para no ser sordo á su llamamiento; mas presto y diligente para seguir su santísima voluntad. Porque se supone del discurso de la meditacion, que su llamamiento y vocacion es para llevar su cruz, como él dijo: *Si quis vult post me venire, etc.* (Matth. 16).

Lo tercero, adviértase, que esta cruz del Salvador se reduce en esta meditacion, y en las que se siguen de la segunda semana, á dos cosas: á la humildad en pasar injurias, y á la pobreza en el desprecio de las cosas temporales. Y esta pobreza es en dos maneras: una espiritual, que consiste principalmente en el afecto, quitando el amor de las riquezas; otra actual, que consiste en el efecto, renunciando con efecto todas las cosas. Asimismo hay una humildad de corazon, que consiste en el desprecio de la honra; y otra actual, cuando en efecto se ha de pasar alguna humillacion, ó alguna injuria ó vituperio. Esto supuesto, se entenderá mejor lo que nuestro

santo Padre pretende en este tercer punto. Porque la humildad del corazon y la pobreza de espíritu, generalmente conviene á todos los cristianos, quitando el amor de la honra y de la riqueza; y poniéndole, cuanto es de su parte, en todo lo contrario: y por eso se pide generalmente á todos, que se ofrezcan de esta manera al amor de la cruz; pero no á todos les conviene la pobreza actual y el pasar injurias y vituperios con efecto; sino el padecer injurias será cuando Dios nuestro Señor fuere servido de ponernos en la ocasion; y el tener pobreza actual, si su divina Majestad nos llamare á tal estado; lo cual constará cuando se haga la eleccion. Y por esta causa, aquí no se nos pide sino que de nuestra parte estemos más inclinados y ofrecidos á la deshonor y á la pobreza, por más imitar á Cristo nuestro Señor. Y en esta disposicion nos deja este ejercicio, reservando para el tiempo de la eleccion el consultar, y determinar si será de mayor servicio divino escoger la pobreza actual y ofrecernos á las afrentas y humillaciones con efecto.

DIA QUINTO.

DE LOS EJERCICIOS DE LA SEGUNDA SEMANA.

En la segunda semana, como queda dicho, no solamente hay meditaciones de la vida de Cristo nuestro Señor, sino tambien ejercicios para hacer una buena y sana eleccion. Eleccion sana y buena llamamos saber tomar deliberacion sobre nuestras cosas, no por fines torcidos, ni llevados de pasiones desordenadas, sino por solo el mayor servicio de Dios: y el determinar nuestras cosas por estos motivos tan altos y espirituales, es fruto precioso de la vida espiritual y el fin de este libro de los *Ejercicios*, como se ve en el título de él y en la primera anotacion; y para lo cual se empieza á disponer el que se ejercita desde el principio y fundamento.

La materia de las elecciones ha de ser siempre entre cosas buenas, entre las cuales, ó por razon de ellas mismas, ó por razon de las circunstancias del tiempo ó lugar ó de las per-

sonas, no nos consta cuál de ellas sea la mejor: y así hay materia para deliberar y escoger. Porque cuando el un extremo es manifestamente malo, ó cuando siendo los dos extremos buenos el uno de ellos, miradas todas las circunstancias, manifestamente es mejor; dado caso que muchas veces por nuestra flaqueza tenemos repugnancia de seguir lo que juzgamos por bueno ó por mejor, y para eso nos debemos ayudar de algunos buenos ejercicios ó meditaciones; pero allí no tiene lugar la deliberacion ó eleccion; porque donde consta de lo mejor, es tiempo de ejecutar, mas no de consultar.

La materia de eleccion, en primer lugar, es el estado de la vida á los que no le tienen; y á los que le tienen, todas las cosas particulares que pertenecen para reformarse y perfeccionarse en él; como son: ¿Si aceptará este oficio ó beneficio? Si tendrá tantos criados más ó menos? ¿Si hará ó no hará tales gastos? ¿Si dará tanta limosna, á quién y cómo? y otras cosas semejantes. Y hablando particularmente de los que vivimos en Religion, los superiores tienen mucha materia de eleccion en todas las cosas que están á su disposicion y arbitrio; principalmente las que no se pueden consultar con otros, que se deben resolver por

medio de la oracion, mirando el pro y el contra en la presencia de Dios, y ayudándose para esto de los ejercicios y modos de eleccion. Los súbditos tambien se deben ayudar de los mismos ejercicios en todas las cosas que están remitidas á su voluntad. Y primeramente para determinar si han de proponer ó no á los superiores acerca de las cosas que les mandan; para lo cual, conforme á la regla, ha de preceder oracion. Lo mismo deben hacer en otras cosas particulares, como es acerca del tiempo y modo de los ejercicios espirituales; acerca de otras ocupaciones así domésticas como de los ministerios con los prójimos; en los cuales no están tan determinados por la obediencia, que no les quede lugar para determinarlas por su arbitrio. Asimismo se debe usar de la eleccion para escoger la materia del exámen particular y los medios que son más convenientes, ó para corregir las faltas, ó para adquirir las virtudes. Y finalmente, tanto uno más se aprovechará, cuanto más procediere en todas sus cosas con madura y sana eleccion, y no dejándose llevar del gusto ó de la ocasion, ó de la corriente de su inclinacion.

El hacer bien estas elecciones tiene muchas dificultades. Lo primero, porque para saber entender y pesar las circunstancias de los ne-

gocios particulares, y los convenientes é inconvenientes que hay en ellos, y para entender la disposicion propia, ó la pasion y espíritu que á cada uno le mueve, es menester mucha luz y capacidad de parte del entendimiento. Lo segundo, no es menos dificultoso alcanzar la disposicion que se requiere de parte de la voluntad, la cual ha de ser una verdadera indiferencia, cuanto es de su parte, á todas las cosas; y antes alguna inclinacion á lo contrario de su apetito, y mayor afecto y amor á la pobreza y deshonoras, y cruz de Cristo nuestro Señor, para que estando de esta opinion no le ciegue el desordenado de alguna criatura, y pueda más libremente considerar las razones que hay de una parte y de otra, y dejarse llevar de las que fueren de mayor servicio y gloria de Dios nuestro Señor. Lo tercero, porque aunque algunas veces en la meditacion le parece á uno que ha ganado aquella disposicion que desea; pero como la eleccion está ya más próxima y más inmediata á la ejecucion, allí se siente mayor dificultad; y la voluntad por estar torcida y mal inclinada al tiempo del consultar, turba y oscurece la luz del entendimiento: y si con todo eso el entendimiento juzga rectamente, siente la voluntad grande violencia en conformarse con él, con

que suelen despertar notables congojas y agitaciones de varios espíritus.

Para socorrer al ejercitante en esta apretura, acude nuestro santo Padre en esta semana con varios medios de meditaciones, preparaciones, tiempo y modo de elegir. Porque así como el que ha de tomar una purga, le disponen con jarabes, y se busca tiempo conveniente, que no sea en conjuncion, ó en otro aspecto de la luna, y se le ponen delante cosas olorosas y confortativas, y todo esto es menester para una ocasion en que se han de revolver los humores; así tambien en el dia en que uno se ha de resolver en algun negocio dificultoso y de peso, principalmente si es contra su gusto é inclinacion natural; porque las cosas fáciles y ordinarias con menos aparato se resuelven. Pues en tales elecciones más dificultosas, lo primero se ha de mirar el tiempo; esto es, que no se resuelva en tiempo que padece alguna perturbacion, ó se siente apasionado; porque de los tales acuerdos, tomados en tiempo que reina la pasion, ó la tristeza, ó el enojo, no se puede esperar buen suceso; y así debe esperar el tiempo de la divina ilustracion, ó á lo menos, que sea tiempo sereno y sosegado y que las potencias estén libres y desembarazadas para poder dar el peso que

cada una tiene, á las razones que se ofrecen por una parte y por otra; como se saca de lo que nuestro santo Padre dice en los tiempos de la eleccion. Lo segundo, no han de faltar las horas ordinarias de meditacion sobre algun misterio de la vida de Cristo nuestro Señor. De manera, que los ejercicios de la eleccion se hagan en horas diferentes; porque las meditaciones de Cristo nuestro Señor, son como los confortativos y buenos olores que sustentan el corazon con aliento y jugo de devocion; porque si ocupase todo el dia en el ejercicio de la eleccion, presto se secaria y desfalleceria. Lo tercero y más principal, es estar el que ha de elegir bien dispuesto y preparado; y para esto sirven cuatro ejercicios que están en esta segunda semana, mezclados entre las demás meditaciones. El primero, del reino de Cristo. El segundo, de las dos banderas. El tercero, de los tres binarios, ó tres clases de hombres. El cuarto, de los tres grados de humildad; y son como cuatro jarabes que disponen el alma para hacer la eleccion acertada con suavidad y sin congojas.

Para entender esto se ha de presuponer que la buena disposicion para hacer sana eleccion es estar un hombre bien resuelto á huir todo lo que claramente es malo, y seguir lo que

claramente es mejor; porque esto, como dijimos, no cae debajo de eleccion. Para alcanzar lo primero, conviene á saber, para huir de lo malo, son todos los ejercicios de la primera semana; y para alcanzar lo segundo, esto es, para abrazar lo que claramente es mejor, son estos cuatro que dijimos de la segunda semana; porque en el primero, que es del reino de Cristo, se asienta una firme determinacion de imitar y seguir á Cristo nuestro Señor; y esto se va perfeccionando y creciendo en las otras tres meditaciones, como veremos en sus lugares.

MEDITACION.

DE LAS DOS BANDERAS.

En este dia se tendrá la meditacion del ejercicio de las dos banderas, que nuestro santo Padre pone para el cuarto dia de la segunda semana.

El texto de los *Ejercicios* de nuestro santo Padre dice así.

«*El cuarto dia, meditacion de dos banderas.*
»*La una de Cristo, sumo capitan y Señor nues-*
»*tro. La otra de Lucifer, mortal enemigo de*
»*nuestra humana natura.*»

La s3lita oracion preparatoria.

«El primer preámbulo es la historia: será
»aquí como Cristo llama y quiere á todos de-
»bajo de su bandera, y Lucifer, al contrario,
»debajo de la suya.

»El segundo, composicion, viendo el lugar,
»será aquí ver un gran campo de toda aque-
»lla region de Jerusalem á donde el sumo ca-
»pitan general de los buenos, es Cristo nues-
»tro Señor. Otro campo en region de Babilo-
»nia, donde el caudillo de los enemigos es
»Lucifer.

»El tercero, demandar lo que quiero, y será
»aquí pedir conocimiento de los engaños del
»mal caudillo, y ayuda para de ellos me guar-
»dar, y conocimiento de la vida verdadera,
»que muestra el sumo y verdadero capitan, y
»gracia para le imitar.

»El primer punto es, imaginar así como si se
»asentase el caudillo de todos los enemigos en
»aquel gran campo de Babilonia, como en una
»gran cátedra de fuego y humo en figura ho-
»rrible y espantosa.

»El segundo, considerar como hace llama-
»miento de innumerables demonios, y como
»los esparce á los unos en tal ciudad, y á los

»otros en otra; y así por todo el mundo, no
»dejando provincias, lugares, estados, ni per-
»sonas algunas en particular.

»El tercero, considerar el sermon que les
»hace, y como los amonesta para echar redes
»y cadenas: que primero hayan de tentar de
»codicia de riquezas (como suele, *ut in pluri-*
»*bus*) para que más fácilmente vengan á vano
»honor del mundo, y despues á crecida sober-
»bia. De manera, que el primer escalon sea de
»riquezas; el segundo de honor; el tercero de
»soberbia: y de estos tres escalones induce á
»todos los otros vicios.

»Así por el contrario se ha de imaginar del
»sumo y verdadero capitan, que es Cristo
»nuestro Señor.

»El primer punto es, considerar como Cris-
»to nuestro Señor se pone en un gran campo
»de aquella region de Jerusalem, en lugar
»humilde, hermoso y gracioso.

»El segundo, considerar como el Señor de
»todo el mundo escoge tantas personas, após-
»toles, discípulos, etc., y los envia por todo
»el mundo esparciendo su sagrada doctrina
»por todos estados y condiciones de personas.

»El tercero, considerar el sermon que Cris-
»to nuestro Señor hace á todos sus siervos y
»amigos, que á tal jornada envia, encomen-

»dándoles que á todos quieran ayudar en
»traerlos, primero, á suma pobreza espiritual,
»y si su divina Majestad fuere servido, y los
»quisiere elegir, no menos á la pobreza ac-
»tual: segundo, deseo de oprobios y menos-
»precios: porque de estas dos cosas se sigue
»la humildad. De manera, que sean tres es-
»calones. El primero, pobreza contra riqueza.
»El segundo, oprobio ó menosprecio contra el
»honor mundano. El tercero, humildad con-
»tra la soberbia; y de estos tres escalones in-
»duzcan á todas las otras virtudes.

»Un coloquio á nuestra Señora; porque me
»alcance la gracia de su Hijo y Señor, para
»que yo sea recibido debajo de su bandera, y
»primero, en suma pobreza espiritual. Y si
»su divina Majestad fuere servido, y me qui-
»siere elegir, y recibir, no menos en la po-
»breza actual; segundo, en pasar oprobios é
»injurias, por más en ellas le imitar; sólo que
»las pueda pasar sin pecado de alguna perso-
»na, ni desplacer de su divina Majestad. Y
»con esto una *Ave Maria*.

»Pedir otro tanto al Hijo, para que me al-
»cance del Padre; y con esto decir: *Anima*
»*Christi*.

»Pedir otro tanto al Padre, para que él me
»lo conceda; y decir un *Pater noster*.»

DECLARACION DE LA SOBREDICHA
MEDITACION.

El fin de esta meditacion es, supuesto el propósito que sacamos de la primera meditacion, de imitar á Cristo nuestro Señor y saber en qué cosas particulares le habemos de imitar; y supuesto que nos llama á hacer guerra, saber en qué cosas y á quién hemos de hacer esta guerra. Esta doctrina nos enseñó nuestro santo Padre debajo de una semejanza de dos capitanes y dos banderas: porque como era soldado, y se habia criado en los ejercicios de la guerra, así le declaró Dios nuestro Señor todo este negocio debajo de esta alegoría de capitanes y soldados, ejércitos y banderas. Y como él despues dijo (y de su boca lo refirió el P. Everardo, cuarto prepósito general), en estos *Ejercicios* le descubrió Dios toda la traza, instituto y fin de nuestra Religion, y el nombre que habia de tener de Compañía de Jesús; conviene á saber, de soldados que militan debajo de la bandera de nuestro Señor contra Lucifer, capital enemigo de Dios, y nuestro. Fué tambien muy á propósito esta semejanza para empezarnos á descubrir los contrarios espíritus que pelean dentro de no-

sotros, y darnos la primera luz para la discrecion de espíritus; esto es para distinguir el buen espíritu del malo: el malo para resistirle, y el bueno para obedecerle y seguirle.

En el primer preámbulo en lugar de historia propóngase: lo primero, como hay dos capitanes: el uno es Cristo nuestro Señor, sumo capitan y Señor nuestro; y el otro, es Lucifer enemigo mortal de la humana naturaleza: entre los cuales hay tanta diferencia cuanta declaró Cristo nuestro Señor (Joannis 10): *Fur non venit, nisi, ut furetur, et mactet, et perdat; ego veni, ut vitam habeant, et abundantius habeant*. Lo segundo propóngase, que estos dos capitanes, el uno tan amigo, y el otro tan enemigo nuestro, traen guerra entre sí, no por ciudades ni castillos, ni reinos de la tierra, sino sobre el hombre, y sobre quién tendrá más parte en el hombre; esto es, sobre mí, y sobre quién tendrá más parte en mí. Lo tercero, que de tal manera pelean estos dos capitanes sobre el hombre, que no es para rendirle y sujetarle con violencia, sino para ganarle la voluntad; y para esto Jesucristo nuestro Señor llama á todos con su vocacion y secretas inspiraciones para que asienten debajo de su bandera; y Lucifer de la misma manera para que asienten debajo

de la suya. Y al fin, esta es la suma de esta historia, que cada uno de estos dos capitanes llama y solicita al hombre para que de su voluntad se le sujete y le obedezca.

En el segundo preludio no hay cosa particular que advertir, sino que para dar asiento y lugar á estos dos ejercicios y banderas, acomodó nuestro santo Padre el campo de Jerusalem al ejército de los buenos debajo de la bandera de Cristo nuestro Señor; y el campo de Babilonia al ejército de los malos debajo de la bandera de Lucifer; por ser frecuente en las Escrituras acomodarse la ciudad de Jerusalem á los buenos, y la de Babilonia á los malos.

En el tercer preludio está el fin de toda esta meditacion, que es alcanzar de nuestro Señor el dón y gracia de la discrecion entre el espíritu malo y el bueno, y fuerzas para al mal espíritu hacer guerra, y obedecer al bueno. Y así es muy semejante este tercer preludio al título que dió nuestro santo Padre á las reglas de discrecion, donde dice así: «Reglas »para en alguna manera sentir y conocer las »varias mociones que en el ánima se causan; »las buenas para recibir, y las malas para »lanzar, etc.» La meditacion tiene dos partes: la primera es de la bandera de Lucifer, y la

segunda de la bandera de Cristo nuestro Señor; y cada una tiene tres puntos que se corresponden.

PRIMERA PARTE

DE LA MEDITACION.

El primer punto, procúrese formar la imaginacion de Lucifer con todas las circunstancias que aquí se notan. Lo primero, que está en el campo de Babilonia. Lo segundo, que está subido como en una grande cátedra. Lo tercero, que esta cátedra es de fuego. Lo cuarto, que de ella sale mucho humo. Lo quinto, que él tiene figura horrible y espantosa. Porque esto es darnos sus señas para que le conozcamos como de rostro, y nos podamos reconocer y guardar de él; y el tenerle imaginado como es, ayuda mucho para conocer sus tentaciones y sugestiones, que es el fin de este ejercicio.

En el segundo, nótese la solitud de los medios que el demonio pone para salir con su intento, enviando tentadores por todo el mundo, que no perdonen á lugar ni á persona: y así hemos de considerar todo el mundo, como le vió san Antonio, lleno de lazos y ca-

zadores, lleno de resbaladeros, que son las muchas ocasiones que hay para caer, y lleno de tentadores que se ayudan de ellas sin perder ninguna; de lo cual nace tanta ceguedad y tantas caidas, sin haber lugar tan secreto, ni persona tan espiritual que pueda vivir segura de tentaciones. De manera, que el primer punto nos declara la condicion de nuestro enemigo, que es cruel y feroz como un leon; y el segundo nos declara, que no es como leon harto que se echa á dormir, sino como leon hambriento, que la hambre le hace dar bramidos y vueltas buscando á quien tragar. Todo lo cual nos ha de mover á recato y vigilancia, como aconseja el apóstol san Pedro: *Sobrii estote, et vigilate, quia adversarius vester diabolus tamquam leo rugiens circuit, quærens quem devoret, etc.*, (1 Petri 5). Y esta vigilancia ha de ser para no fiarnos de todas las ocasiones de fuera, ni creer á todo espíritu que nos mueve dentro; examinando con atencion los intentos del demonio para desviarnos de ellos, y no entrar por nuestra culpa y descuido en la tentacion, como dijo el Salvador: *Vigilate, et orate, ne intretis in tentationem.*

En el tercer punto se ponen con distincion las cosas á que procura el demonio traernos

por sí y por sus ministros, que son tres: amor de hacienda, amor de honra, y soberbia. Donde se advierta: lo primero, el órden que el demonio tiene para tentar, que de ordinario empieza por la codicia de las riquezas, como de cosa más conjunta con la necesidad del cuerpo, y con las obligaciones de la casa y familia. El segundo escalon es la honra vana; porque en sobrando hacienda para el sustento de la persona y de la familia, luego pone uno los ojos en el crecer en el estado y en la honra, para poder emplear todo lo que tiene dentro de sí, sin querer jamás que le sobre nada para los otros. Y como cada dia apetece mayores aumentos y grandezas, así ninguna hacienda le basta, y con esto crece más y más la codicia; y de lo uno y lo otro sube al tercer escalon, que es la soberbia. Porque no mira uno lo que es, sino lo que tiene y en lo que le tienen; y olvidado de su pequeñez piensa que es tan grande, cuan grande es su hacienda y su honra: y así se estima y quiere ser estimado más de lo que es, y apetece desordenadamente su propia excelencia, que es la condicion de los soberbios.

Lo segundo, nótese, que de este amor desordenado de la hacienda, y de honra, y de la propia excelencia nacen todos los otros vicios,

á los cuales, como con una cadena, pretende traer el demonio por este medio. Porque de la codicia de las riquezas nacen generalmente los engaños, los hurtos, las violencias, los juramentos falsos, y todo género de injusticias. En gente más espiritual y temerosa de Dios nace la inquietud del corazón, como quien está entre espinas, la sequedad de la oración, y la dureza y falta de compasión con los pobres. En gente religiosa nace deseo de cosas curiosas y superfluas, propiedad, regalo, amistades vanas con los seglares para que les den lo que desean, disimulaciones y mentiras con los superiores para que no lo entiendan, amarguras y murmuraciones contra ellos cuando los impiden, etc. Del amor desordenado de la honra vana nace jactancia, hipocresía, deseos de los oficios y puestos honrosos, pretensiones y negociaciones de ellos, lisonjas con los que pueden dar la mano, desprecios y murmuraciones de los iguales y competidores, porfías, contenciones, discordias, novedades, etc. De la soberbia nace la ceguedad del entendimiento, dureza de juicio, y pertinacia en su propio parecer, desobediencia á los mayores, presunción y confianza de sí mismo, ociosidad, tedio con el recogimiento, parlerías, vagueaciones en la oración,

amor y estima de las cosas presentes, y gusto de los deleites carnales: castigando de esta manera Dios muchas veces la secreta soberbia con manifiesta lujuria.

De lo dicho se sacan dos reglas para conocer las tentaciones del demonio; y son como los primeros documentos de la discrecion espiritual.

La primera es de parte de la cosa, cuando nos sentimos inclinados y movidos al amor de la hacienda, de la honra y propia excelencia, ó á alguno de los vicios que proceden de estas raíces: porque estas son las cosas á que el demonio pretende inducir, como se notó en el tercer punto; y entonces la tentacion es más manifiesta. La segunda regla es de parte del modo; cuando uno experimenta que el tal pensamiento le causa turbacion, congoja, desconfianza, oscuridad, etc. Porque semejantes efectos suelen resultar en el alma, de las sugerencias del demonio. Porque así como en el tono de la voz y manera de razonar echamos de ver si el que habla está en lugar alto ó bajo, enojado y furioso, ó manso y agradable, etc.; así en estos afectos que el ánima siente, fácilmente descubre que manan de aquel capitan soberbio, fiero y terrible, que habla desde su cátedra alta, y que está siempre respirando humo y fuego.

SEGUNDA PARTE.

DE LA BANDERA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Los mismos tres puntos se han de considerar, por el contrario, de Cristo nuestro Señor, nuestro sumo y verdadero capitán.

En el primer punto procúrese formar dentro de nosotros la imágen de Cristo nuestro Señor con las propiedades y condiciones que aquí se dicen. Lo primero, cuanto al lugar, en la region de Jerusalem, que significa paz, y representa la Jerusalem celestial, que es la ciudad de Dios, de la cual está escrito: *Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei*. Lo segundo, en un campo grande, llano y descubierto al cielo; que significa luz, alegría y latitud de corazón. Lo tercero, en lugar humilde y con disposición y semblante humilde; lo cual quita el recelo y temor, y convida al trato y comunicación, y promete mansedumbre y afabilidad. Lo cuarto, cuanto á su persona, hermoso y gracioso, con rostro de quien ama y merece ser amado. Y finalmente, como dijo la Esposa: *Totus desiderabilis*. Porque por medio de estas circunstancias sensibles y corporales del lugar y de la persona, tomamos al-

gunas señas para venir en conocimiento del ingenio y condicion de Cristo nuestro Señor, y para reconocer su doctrina y santas inspiraciones.

En el segundo punto, considérese la eleccion de los apóstoles, predicadores, doctores y los demás ministros del Evangelio, que el Salvador va llamando por el discurso de los tiempos, y repartiendo por todo el mundo, inspirando hasta el dia de hoy, en pechos de hombres flacos, pensamientos apostólicos y aliento para dejar sus padres y patrias, hacienda y amigos, y atravesar los mares, y penetrar hasta los últimos fines de la tierra, buscando los hombres por los montes y selvas, como quien va á caza de fieras, y sacándolos de sus cuevas para traerlos al conocimiento de su Criador, y comunicarles la luz del Evangelio: de lo cual nace, que no hay rincon tan apartado en el mundo, ni gente tan bárbara, donde no haya llegado la noticia de Cristo nuestro Señor y de su doctrina: *In omnem terram exivit sonus eorum, etc.*

En el tercer punto se contiene la doctrina que Cristo nuestro Señor encomienda á sus capitanes para que con ella ayuden á todos los hombres. La cual reduce nuestro santo Padre á tres puntos del todo contrarios á los

que el demonio persuade, y el mundo enseña y platica; conviene á saber: El primero, pobreza contra la riqueza. El segundo, oprobios y menosprecios contra el honor mundano. El tercero humildad contra la soberbia. Acerca de lo cual nótese lo primero, que en este ejercicio está fundada la doctrina que con tanta ponderacion y encarecimiento propone nuestro santo Padre á los que entran en la Compañía, en el cap. 4 del exámen, desde el § 34 hasta el fin del capítulo; la cual es admirable comentario de este *ejercicio*; porque de este ejercicio, como está dicho, salió la forma de esta Compañía, que está fundada en aborrecer en todo, y no en parte, cuanto el mundo ama y abraza, y admitir y desear con todas las fuerzas posibles cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado: y quien á esto no se esfuerza, ó teniendo los tales deseos así encendidos, ó á lo menos deseando tenerlos, y estando determinado y aparejado para admitir y sufrir con paciencia, mediante la divina gracia, cualesquier injurias, ilusiones y oprobios, y las demás cosas incluidas en la librea de Cristo nuestro Señor, este tal, que no se precia de la librea de su Señor, ni se puede decir, que sigue á este capitan, ni que es de esta compañía.

Lo segundo nótese, que estos tres grados de la perfeccion están encadenados entre sí, como decíamos de los tres contrarios; y de ellos, como de raíz, nacen las demás virtudes. Porque lo primero, debemos ayudar á todos generalmente trayéndolos á suma pobreza espiritual; esto es á quitar el amor de las riquezas, y el aprecio y estima de ellas, cortando con este golpe del corazon la codicia que es raíz de todos los males; y entonces entenderemos ser verdadero este desprecio del corazon de las riquezas de la tierra, cuando estamos dispuestos á dejarlas con la obra, si entendiéremos ser esta la voluntad de Dios. De manera, que el tenerlas en tal caso, no tanto proceda de nuestra voluntad, cuanto de la divina. De este grado se sube al segundo, que es el desprecio de la honra; porque todo el aliento y brio para procurar la honra mundana nace del dinero, y por el dinero son los hombres honrados, y ganan muchos amigos y lisonjeros (*Proverb. 14*): *Etiam proximo suo pauper odiosus erit; amici vero divitum multi.* Y por esto al punto que uno se determina á despreciar las riquezas, se ha de determinar á despreciar las honras; porque en faltándole esta sangre del dinero, ha de quedar arrinconado, sin brio y humillado. De aquí nace lue-

go el tercer grado, que es humildad, con que uno conoce y reconoce su pequeñez, y estando pobre de bienes temporales, abre los ojos para ver la pobreza que tiene de todos los bienes, y se estima por lo que es en la verdad, y no por lo que tiene ó por lo que dicen los hombres.

De estos tres grados nacen todas las demás virtudes. Porque del amor de la pobreza, nace la paz y quietud del corazon, la confianza en Dios en las necesidades temporales, y la conformidad con su voluntad en las pérdidas y malos sucesos. Item, el perder voluntariamente la hacienda ya ganada, ó no querer ganarla cuando se atraviesa ofensa de Dios; el no traer pleitos, sino dar la capa á quien nos pidiera el sayo; el dar de buena gana al necesitado, y prestar á quien lo pide, y dar espera á quien debe, etc., que todos son consejos evangélicos. De aquí nace tambien en los que son llamados á mayor perfeccion, vender toda su hacienda y darla á los pobres; no querer cosas supérfluas ni preciosas ó curiosas, sino contentarse con esperar de Dios el pan de cada dia, y holgarse de experimentar algunos efectos de la pobreza, sufriendo de buena gana, cuando lo trae la ocasion, algunas faltas aún de lo necesario: *In fame, et siti, in frigore, et nuditate, etc.*

Del deseo de las injurias y menosprecios nace tambien el gusto de los puestos y oficios humildes, no queriendo las primeras cátedras en las sinagogas, ni las saluciones y cortesías en la plaza, ni la cabecera de la mesa en los convites, ni ser llamado á voces de los otros hombres, maestro. De aquí nacen tambien la paciencia en las injurias, disponiéndose á recibir otras mayores, y la facilidad en perdonarlas, y el dar la honra á los otros, previniéndolos á todos con la cortesía; que todos son consejos evangélicos. Y si uno debe desear las injurias, mucho más la reprension y correccion de sus faltas, no negándolas, no escondiéndolas, no excusándolas, etc.

De la virtud de la humildad nace el agradecimiento, la mansedumbre, la sujecion del juicio, el no tener porfía, ni contenciones, la claridad de la conciencia con sus superiores y padres espirituales, el pedir y recibir de buena gana consejo, el silencio, el no darse á conocer, y esconder de todas maneras lo que puede tener algun resplandor á los ojos de los hombres.

Estas cosas y semejantes son las contenidas en la doctrina del Salvador, y las que encomienda á sus capitanes para que las comuniquen, y con ellas ayuden á todos los hombres.

De lo dicho resultan otras dos reglas de discrecion para conocer cuál sea espíritu bueno é inspiracion de Cristo nuestro Señor. La primera de parte de las cosas; porque cuando nos hallamos movidos de alguna de las sobredichas, podemos más inclinarnos á que es inspiracion divina. La segunda de parte del modo; porque cuando el pensamiento nos causa quietud, suavidad, alegría, luz, confianza, todos son indicios de espíritu bueno. Porque siendo Cristo nuestro Señor tan apacible y tan hermoso y suave, y estando en lugar bajo y humilde; así no puede ser sino que nos ha de hablar familiarmente, y dejar el corazon lleno de alegría y suavidad. A este ejercicio mucho pertenece (conforme á estos puntos y reglas que se han declarado) examinar cada uno sus pensamientos y movimientos interiores, y reconocer dentro de sí mismo las voces de su capitan y de su contrario, para mejor entender debajo de qué bandera milita.

En este ejercicio se deben hacer los tres coloquios á la Virgen nuestra Señora, á Cristo nuestro Señor y al Padre eterno, de que se hace mencion la primera vez en la repeticion de la primera semana. Y los mismos tres coloquios se han de hacer en todas las meditaciones siguientes, mientras durare el tiempo

de alguna eleccion. Porque son tantas las dificultades que en este tiempo se suelen ofrecer, que es menester despertar el afecto con los coloquios, y valerse particularmente de la intercesion de la Virgen nuestra Señora. La materia de la peticion, es pedir gracia para ser recibido debajo de la bandera de Cristo nuestro Señor, reconociendo su voz y poniéndola por obra en dos cosas principalmente. Primero, en suma pobreza espiritual y actual. Segundo, en sufrir injurias y afrentas por más imitar á este Señor. En lo primero, quanto á la pobreza actual se pone condicion, si su divina Majestad fuere servido, y me quisiere elegir para este estado y grado de pobreza; reservando la averiguacion de esto para el tiempo de la eleccion, como arriba queda declarado. En lo segundo, de pasar injurias, se ponen dos condiciones: la primera, que este deseo le tenga yo quanto es de mi parte, no queriendo por esto que nadie me las haga con culpa suya y ofensa de la divina Majestad. La segunda que yo de mi parte no dé ocasion para ser así injuriado: lo cual se dice tambien en el exámen, capítulo 4, § 44, donde, como está dicho, se pone esta misma doctrina sacada de este ejercicio.

DIA SEXTO.

DE LOS DEMÁS EJERCICIOS DE LA SEGUNDA SEMANA.

Maravillosa es la traza con que nuestro santo Padre va guiando, y como llevando de la mano, á la cumbre de la perfeccion en esta segunda semana; y para entender algo de ello, brevemente nótese: lo primero, que su intento es, que el ejercitante se disponga y determine á imitar y seguir á Cristo nuestro Señor, como á su verdadero y legítimo rey, que le llama á hacer guerra contra sus enemigos. Lo segundo, que se determine á seguirle en lo más trabajoso y peligroso; conviene á saber, en el desprecio de las riquezas y amor de la pobreza, en el desprecio de la honra y amor de las injurias y afrentas, y en la verdadera humildad del corazon. Lo tercero, que de tal manera desprecie las riquezas en su corazon y ame la pobreza, que esté dispuesto tambien y determinado á dejar con efecto las mismas

riquezas, y abrazarse con la pobreza actual, si entendiere ser aquello de mayor servicio y gloria de Dios nuestro Señor. Lo cuarto, que siendo igual gloria de la divina Majestad, por parecer é imitar más actualmente á Cristo nuestro Señor, desee más la pobreza y la deshonra, y el ser tenido por loco, que son las cosas que Cristo nuestro Señor amó y abrazó, que no todo lo contrario, que es lo que el mundo ama y abraza. Y este grado de perfeccion, demás que por sí mismo es muy alto y muy precioso en la vida espiritual, como dijo nuestro santo Padre en el capít. 4 del exámen, es por otra parte muy útil para despertar el alma y hacer sana eleccion en cualquier negocio, por grave y dificultoso que sea, sin peligro de gobernarse por pasiones desordenadas. Lo segundo nótese, que aunque estos puntos de perfeccion se proponen al que se ejercita en todas estas meditaciones, para que sepa á dónde se ha de encaminar, á qué se ha de esforzar, y qué debe pretender; pero no en todas las meditaciones se hace fuerza en todos estos propósitos, sino poco á poco, y con mucho órden, y por sus grados se va haciendo fuerza en ellos. Porque en el ejercicio del reino de Cristo se pretende principalmente el propósito y determinacion de seguir á Cristo

nuestro Señor, que nos llama á hacer guerra. En el ejercicio de las banderas se pretende declarar en particular en qué cosas se ha de hacer esta guerra; y que aquel propósito general de seguir á Cristo nuestro Señor, se confirme y se cobre mayor luz para conocer la bandera de este capitan y la de su contrario, ejercitándose más particularmente en el amor de la pobreza y de la deshonra, y de la humildad, como hasta aquí habemos declarado. Mas porque este desprecio de las riquezas, no es ni puede ser verdadero, sino es que esté un hombre determinado á dejarlas con efecto, cuando sea necesario y Dios le llamare para ello; y muchos están en esto engañados, pensando que tienen amor á la pobreza cuando no les falta nada, y que tienen amor á la deshonra cuando están honrados y estimados, y al tiempo de sentir los efectos de la pobreza y de la humillacion vuelven atrás, y no quieren dejar de las manos la honra ó la hacienda que poseian. Para remedio de este engaño añade nuestro santo Padre otro tercer ejercicio, que llaman de los tres binarios ó tres clases de hombres; en el cual hace fuerza en solo este punto, que el que de verdad quiere quitar de su corazon el amor desordenado de las riquezas, ha de estar tambien dispuesto á dejarlas

con efecto, cuando entendiere ser esto mayor servicio y gloria de Dios. Finalmente, en el último ejercicio, que son los tres grados de humildad, recoge todos estos propósitos y determinaciones, y los levanta un poco más alto, pretendiendo, que no solamente cuando es mayor gloria de Dios, sino tambien cuando fuere igual gloria y servicio de Dios, ha de desear uno más la pobreza y humillacion actual, no por otro título sino por hacerse de esta manera más semejante á Cristo nuestro Señor. La práctica de estos dos ejercicios pondremos aquí brevemente.

EJERCICIO DE LOS TRES BINARIOS.

El texto de los *Ejercicios* de nuestro santo Padre dice así:

«*El mismo cuarto dia se haga meditacion de tres binarios de hombres para abrazar el mejor.*»

La sálita oracion preparatoria.

«El primer preámbulo es la historia, la cual es de tres binarios de hombres, y cada uno de ellos ha adquirido diez mil ducados, no pura, ó debidamente por amor de Dios; y quieren todos salvarse y hallar en paz á Dios

»nuestro Señor, quitando de sí la gravedad é
»impedimento que tienen para ello en la afec-
»cion de la cosa adquisita.

»El segundo, composicion viendo el lugar:
»será aquí ver á mí mismo como estoy delan-
»te de Dios nuestro Señor y de todos sus san-
»tos, para desear y conocer lo que sea más
»grato á la su divina bondad.

»El tercero, demandar lo que quiero: aquí
»será pedir gracia para elegir lo que más á
»gloria de su divina Majestad y salud de mi
»ánima sea.

»El primer binario querria quitar el afecto
»que á la cosa adquisita tiene, para hallar en
»paz á Dios nuestro Señor y saberse salvar,
»y no pone los medios hasta la hora de la
»muerte.

»El segundo quiere quitar el afecto, mas
»así le quiere quitar, que quede con la cosa
»adquisita, de manera que allí le venga Dios,
»donde él quiere; y no determina de dejarla
»para ir á Dios, aunque fuese el mejor estado
»para él.

»El tercero quiere quitar el afecto, mas así
»le quiere quitar, que tambien no le tiene
»afeccion á tener la cosa adquisita, ó no te-
»ner; sino quiere solamente quererla, ó no
»quererla, segun que Dios nuestro Señor le

»pondrá en voluntad, y á la tal persona le pa-
»recerá mejor para servicio y alabanza de su
»divina Majestad; y entre tanto quiere hacer
»cuenta, que todo lo deja en efecto, poniendo
»fuerza de no querer aquello ni otra cosa nin-
»guna, si no le moviere sólo el servicio de Dios
»nuestro Señor. De manera, que el deseo de
»mejor servir á Dios nuestro Señor, le mueva
»á tomar la cosa, ó dejarla.

«Hacer los mismos tres coloquios que se
»hicieron en la meditacion precedentes de las
»dos banderas.

»Es de notar, que cuando nosotros senti-
»mos afecto ó repugnancia contra la pobreza
»actual, cuando no somos indiferentes á po-
»breza ó riqueza; mucho aprovecha para ex-
»tinguir el tal afecto desordenado, pedir en
»los coloquios, aunque sea contra la carne,
»que el Señor le elija en pobreza actual; y que
»él quiere, pide y suplica sólo que sea servi-
»cio y alabanza de su divina bondad.»

DECLARACION DE ESTE EJERCICIO.

El fin de esta meditacion, como queda di-
cho, es insistir y hacer fuerza en que no pue-
de ser verdadera la pobreza espiritual de aquel
que no está tambien dispuesto, cuanto es de
su parte, á la actual, ni es verdad que tiene

quitado el amor á las riquezas, si no está resuelto de dejarlas con efecto, entendiendo ser esto mayor servicio de Dios y provecho de su alma. Y aunque de presente no ha de resolver nada, cuanto al retener ó dejar lo que posee, porque esta resolucion queda siempre remitida para el tiempo de las elecciones; pero entre tanto ha de hacer cuenta que todo lo ha dejado, poniendo fuerza de no querer aquello, ni otra cosa ninguna, si no le moviere sólo el servicio de Dios nuestro Señor. De manera, que el deseo de mejor servir á Dios nuestro Señor, le mueva á tomar la cosa ó dejarla.

La forma de esta meditacion es muy semejante á la que propuso nuestro Salvador en la parábola del sembrador, señalando cuatro clases ó géneros de hombres que oyen la misma palabra divina con tan diferentes efectos. La primera, de los que oyendo la palabra de Dios, luego se divierten y la olvidan. La segunda, de los que la oyen con gozo, y en teniendo alguna contradiccion vuelven atrás, y la dejan. La tercera, de los que la oyen y la reciben con gusto, y el cuidado de la hacienda y de las cosas temporales los ahogan para no llevar fruto. La cuarta, de los que la oyen y la conservan, y como tierra gruesa y bien cultivada llevan copioso fruto en paciencia. Claro está

que propuso el Salvador estos cuatro géneros de hombres, para que vista la diferencia que hay entre ellos, procurase cada uno ser de los mejores, y alcanzar la disposicion, para llevar mucho fruto, que tienen los postreros. A este mismo modo se nos proponen en este ejercicio tres clases ó géneros de hombres, que todos poseen hacienda, y todos desean quitar de su corazon el amor de ella, y todos ponen diferentes medios; para que considerando nosotros la diferencia que hay entre ellos, nos esforcemos á escoger lo mejor.

En el primer preludio de la historia adviértase, que cuando se supone que estos hombres han adquirido estos diez mil ducados no pura y debidamente, etc., no quiere decir, que los han adquirido contra justicia y conciencia; porque en tal caso poca dificultad tenia este negocio, pues no solamente tenian obligacion á dejar la aficion desordenada, sino tambien la hacienda mal ganada; y así habla conforme el intento presente de hombres que han ganado aquella hacienda, no tanto movidos del amor de Dios, quanto del amor del dinero, y más por motivos humanos que no espirituales y divinos. De estos hombres, dice, que tomando mejor acuerdo, tratan de procurar su salvacion, y de buscar y hallar á Dios

nuestro Señor con paz y satisfaccion de su espíritu; y para conseguir esto quieren quitar de su corazon el estorbo y peso que trae consigo la aficion de las riquezas adquiridas. Hasta aquí llega la historia, en la cual se pinta en breves palabras la disposicion que representa y tiene el ejercitante, que es: lo primero, resolucion de salvarse. Lo segundo, deseo de hallar á Dios con paz y satisfaccion. Lo tercero, deseo de quitar de su corazon la aficion desordenada de las riquezas. Y estando en este punto se pretende tambien, que se determine á dejarlas con efecto, siendo mayor servicio de Dios y provecho de su alma. En el segundo y tercer preludio no hay cosa particular que advertir.

La meditacion contiene tres puntos, que son: considerar el estado y disposicion de estos tres géneros ó clases de hombres para escoger lo mejor. La primera clase es de aquellos que querrian, y nunca acaban de querer; y amando la hacienda querrian por otra parte, sin dejarla, quitar de su corazon el amor de ella; y de esta lucha y contradiccion de afectos resulta de ordinario la dilacion en poner los medios; lo cual es tentacion ordinaria de los tibios; los cuales van dando largas, y dilatando de dia en dia hasta que se llega la hora de la muerte.

En la segunda clase están los que quieren quitar el afecto y el amor desordenado de la hacienda; pero con resolucion de no dejarla con efecto; pero quedándose con ella están dispuestos á tomar cualesquier medios para corregir el desórden de la aficion. Estos son aquellos de quien dice nuestro santo Padre en el preámbulo, para hacer eleccion, que primero se resuelven en los medios que en el fin; habiendo de ser al revés; porque primero es, segun buena razon, la intencion del fin, y despues la eleccion de los medios: y así, procediendo por buen órden, lo primero ha de ser resolverse en el propósito de servir á Dios y buscar su salvacion; y lo segundo, mirar si para este fin conviene dejar ó retener la hacienda. Pero éstos lo hacen al revés; porque primero se resuelven en retener la hacienda, y despues tratan como han de servir á Dios con ella, pretendiendo que venga Dios á donde ellos quieren, y no determinándose á seguirle por el camino que él los guia.

En la tercera clase están los que quieren quitar el afecto, mas así lo quieren quitar, que tampoco tienen aficion á tener la hacienda adquirida, ó no tenerla, sino quieren solamente tenerla, ó no tenerla, segun que Dios nuestro Señor les pondrá en la voluntad, y

ellos juzgaren ser más conveniente, para servicio divino y alabanza de su divina Majestad; haciendo fuerza solamente en esto de no querer determinarse á una ni á otra cosa, sino le moviere sólo el servicio de Dios nuestro Señor. De manera, que el deseo de mejor servir á Dios nuestro Señor le mueva á tomar la cosa ó dejarla. Y siendo esta la mejor disposicion para quitar la aficion desordenada del corazon, claro está que debemos procurarla, y no contentarnos con la disposicion de los primeros y de los segundos.

Los coloquios han de ser los mismos que se hicieron en el ejercicio de las banderas; solamente advirtiéndolo, que cuando uno descubriese dentro de sí repugnancia, ó á la pobreza, ó á la riqueza, mucho ayudaria para vencer la tal repugnancia pedir á nuestro Señor en los coloquios, me llame y elija en lo contrario de aquello que más apetezco; como seria pedir á nuestro Señor, aunque la carne haga contradiccion, que me llame á pobreza actual, y que así lo quiero, pido y suplico, sólo que sea servicio y alabanza de su divina bondad; porque inclinando mi voluntad y mi oracion á lo contrario de lo que quiere mi carne, se vendrá á hallar la indiferencia que se desea.

Este mismo ejercicio se puede platicar en materia de honra, ó de regalo, ó en otras semejantes. Pongamos, por ejemplo, cuanto al amor de la honra se pueden proponer tres clases de hombres que desean quitar la aficion desordenada de ella, y alcanzar la humildad del corazon. La primera desea la humildad, y va dilatando el poner los medios hasta la hora de la muerte. La segunda desea la misma humildad por cualesquier medios, pero exceptuando algunos, como seria determinándose á no sufrir tal injuria, ó de tal persona, ó á no pasar por tal desprecio, ó á no consentir tal humillacion, ó no admitir tal oficio, etcétera, y en lo demás pondrá otros cualesquier medios. La tercera se dispone cuanto es de su parte á sufrir cualesquier injurias, y dejar cualesquier honras, y admitir cualesquier humillaciones, como viere que es mayor gloria divina y provecho de su alma.

Para entender mejor la fuerza de este ejercicio, ayudará ponerle en la materia de la salud corporal, donde se hace más evidente lo que tratamos. Pongamos delante tres enfermos todos con el mismo peligro y todos con el mismo deseo de alcanzar salud. El primero no quiere guardarse de ninguna cosa dañosa, ni hacer ninguna provechosa, ni tomar nin-

gun remedio ó medicina, dejándose llevar del gusto presente, y dilatando para adelante la cura. El segundo trata de curarse, pero pretende tener el médico á su voluntad, y á que le dé las medicinas que él quiere, admitiendo unas, y excluyendo otras; el tercero se pone del todo en manos del médico, para que haga y disponga sin tener respeto á su gusto y voluntad, como viere que es más conveniente al fin deseado de su salud. Claro está, que de estos tres enfermos, el primero tiene peligro de morir; y el segundo, por lo menos, de no sanar; y sólo el tercero tiene esperanza de salud. Pues si esta esperanza de salud corporal, que no es del todo cierta, hace que todos los hombres cuerdos se pongan en manos de los médicos, y se ofrezcan á cualquier remedio, por riguroso que sea, ¿cuánto más debe el hombre ponerse del todo en las manos de Dios, pudiendo tener esperanza más cierta de la salud eterna de su alma?

DE LOS TRES GRADOS DE HUMILDAD.

El texto de los *Ejercicios* de nuestro santo Padre dice así:

«Antes de entrar en las elecciones para
»hombre afectarse á la verdadera doctrina de

»Cristo nuestro Señor, aprovecha mucho considerar y advertir en las siguientes tres maneras de humildad, y en ellas considerando á ratos por todo el dia; y asimismo haciendo los coloquios segun que adelante se dirá.

»La primera manera de humildad es necesaria para la salud eterna; es á saber, que así me baje, y así me humille, cuanto en mí sea posible, para que en todo obedezca á la ley de Dios nuestro Señor; de tal suerte, que aunque me hiciesen señor de todas las cosas criadas en este mundo, ni por la propia vida temporal no sea en deliberar de quebrantar un mandamiento, quier divino, quier humano, que me obligue á pecado mortal.

»La segunda es más perfecta humildad que la primera; es á saber, si yo me hallo en tal punto, que no quiero, ni me afecto más á tener riqueza, que pobreza; á querer honor, que deshonor; á desear vida larga, que corta, siendo igual servicio de Dios nuestro Señor y salud de mi ánima; y con esto, que por todo lo criado, ni porque la vida me quitasen, no sea en deliberar de hacer un pecado venial.

»La tercera es humildad perfectísima; es á saber, cuando incluyendo la primera y segunda, siendo igual alabanza y gloria de la

»divina Majestad, por imitar y parecer más
»actualmente á Cristo nuestro Señor, quiero
»y elijo más pobreza con Cristo pobre, que ri-
»queza; oprobios con Cristo lleno de ellos,
»que honores; y desear más ser estimado por
»vano y loco por Cristo, que primero fué te-
»nido por tal, que por sabio ni prudente en
»este mundo.

»Así para quien desea alcanzar esta tercera
»humildad, mucho aprovecha hacer los tres
»coloquios de los binarios ya dichos, pidién-
»do que el Señor nuestro le quiera elegir en
»esta tercera mayor y mejor humildad, para
»más le imitar y servir, si igual, ó mayor ser-
»vicio y alabanza fuere á la su divina Ma-
»jestad.»

DECLARACION DE LOS TRES GRADOS
DE HUMILDAD.

El fin de este ejercicio, es resumir el fruto de todos los pasados, y actuarse en todos los propósitos y determinaciones que se han hecho hasta aquí: y no se da por via de meditacion particular, sino para ir considerando en estas tres maneras de humildad á ratos por todo el dia, procurando ejercitarse en ellas, y haciendo para esto los mismos tres coloquios que se dijeron en el ejercicio pasado. El primer

grado de humildad contiene tanta sujecion á la ley y mandamientos de Dios ó de la Iglesia y superiores, y tanto desprecio de los bienes temporales, que ni la esperanza de todas las prosperidades del mundo, ni el temor de todas sus adversidades, me haga venir en cosa que sea pecado mortal. Este propósito es propio de los que empiezan, y es el fruto que se saca de la primera semana.

El segundo grado contiene por una parte tanto desprecio de los bienes temporales que cuanto es de mi parte yo me hallo en tal punto, que siendo igual gloria de nuestro Señor y provecho de mi alma, no siento más afecto á la riqueza, que á la pobreza, ni á la honra, que á la deshonor, ni á la vida larga, que á la corta; lo cual es propio de los que se aprovechan, y es el fruto que se ha sacado hasta aquí de los ejercicios de esta segunda semana. Por otra parte contiene este grado tanta sujecion á los mandamientos divinos, que está uno resuelto de no hacer un pecado venial deliberadamente por todas las cosas criadas, ni por la misma vida. Este es un grado muy grande y muy sólido de aprovechamiento, que dice conformidad con la voluntad de Dios; no sólo cuanto á los mandamientos mayores, y que obligan á culpa grave, sino

tambien cuando á los menores que no obligan más que á culpas leves y veniales.

El tercér grado de humildad es perfectísimo, porque incluye el primero y el segundo, y y añade algo sobre ellos. Porque no solamente dice indiferencia á la pobreza y deshonra, y á lo demás que el mundo desestima y aborrece, sino tambien inclinacion y amor á estas cosas. Y no solamente pide sujecion á los mandamientos divinos, así los mayores como los menores, sino tambien á todo el gusto y beneplácito de la divina voluntad, con deseo de ir por el camino que él nos descubrió con su ejemplo, por asemejarme más con Jesucristo y hacerme viva imágen y retrato suyo; que es el fin de los ejercicios pasados. De manera, que en caso que yo pudiera admitir la honra y la riqueza sin ningun pecado, ni venial ni mortal; y no solamente sin pecado, sino en caso que en tomarla ó dejarla no se me descubre mayor gloria divina, ni mayor provecho de mi alma; yo con todo eso, por hacerme más semejante á Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más la pobreza con Cristo pobre, que no la riqueza; y quiero más las injurias y oprobios con Cristo lleno de ellos, que no las honras vanas del mundo; y deseo más ser desestimado y tenido por vano y loco

por amor de Jesucristo, que primero fué tenido y estimado por tal, que no ser sabio y prudente á los ojos del mundo.

Y es de notar, que aunque en estos tres grados se encierra toda la perfeccion de la vida cristiana, los llamó nuestro santo Padre grados de humildad, más que de otra virtud ninguna. Lo primero, porque piden sujecion á todos los mandamientos divinos. Lo segundo, porque piden desprecio de todas las riquezas y honras del mundo, y aliento y buena disposicion para todas las deshonras y abatimientos que puede haber en él. En lo primero consiste la perfeccion. Y en lo segundo quitar todos los estorbos de ella. Y lo uno y lo otro no se puede hacer sin mucha humildad. Para ejercitarse en estos grados de humildad ayudan mucho los coloquios sobredichos, pidiendo á nuestro Señor nos quiera elegir en esta tercera, mayor y mejor humildad, para más imitarle y servir, si fuere mayor ó igual servicio y alabanza de su divina Majestad.

DE LOS MODOS DE ELECCION.

El texto de los *Ejercicios* de nuestro santo Padre dice así:

«*El primer modo para hacer sana y buena »eleccion, contiene en sí seis puntos.*»

»El primer punto es, proponer delante la
»cosa sobre que quiero hacer eleccion; así
»como un oficio ó beneficio para tomar ó de-
»jar, ó de otra cualquiera cosa que cae en
»eleccion mutable.

»Segundo, es menester tener por objeto el
»fin para que soy criado, que es para alabar
»á Dios nuestro Señor y salvar mi ánima; y
»con esto hallarme indiferente sin afeccion
»alguna desordenada. De manera que no esté
»más inclinado ni afectado á tomar la cosa
»propuesta que á dejarla, ni más á dejarla
»que á tomarla; más que me halle como en
»medio de un peso para seguir aquello que
»sintiere ser más en gloria y alabanza de Dios
»nuestro Señor y salvacion de mi ánima.

»Tercero, pedir á Dios nuestro Señor quiera
»mover mi voluntad, y poner en mi ánima lo
»que yo debo hacer acerca de la cosa pro-
»puesta que más su alabanza y gloria sea,
»discurriendo bien y fielmente con mi enten-
»dimiento, y eligiendo conforme á su santísi-
»ma y beneplácita voluntad.

»Cuarto, considerar raciocinando, cuantos
»cómodos ó provechos se me siguen con el
»tener oficio ó beneficio propuesto por sola la
»alabanza de Dios nuestro Señor y salud de
»mi ánima; y por el contrario, considerar asi-

»mismo los incómodos y peligros que hay en
»el tener. Otro tanto haciendo en la segunda
»parte, es á saber, mirar los cómodos y pro-
»vechos en el no tener: y asimismo, por el
»contrario, los incómodos y peligros en el
»mismo no tener.

»Quinto, despues que así he discurrido y
»raciocinado á todas partes sobre cosa propó-
»sita, mirar donde más la razon se inclina: y
»así, segun la mayor mocion racional, y no
»mocion alguna sensual, se debe hacer deli-
»beracion sobre la cosa propósita.

»Sexto, hecha la tal eleccion ó deliberacion,
»debe ir la persona, que tal ha hecho, con
»mucha diligencia á la oracion delante de
»Dios nuestro Señor, y ofrecerle la tal elec-
»cion, para que su divina Majestad la quiera
»recibir y confirmar, siendo su mayor servi-
»cio y alabanza.

»*El segundo modo para hacer sana y buena*
»*eleccion, contiene en sí quatro reglas y una*
»*nota.*

»La primera es, que aquel amor que me
»mueve y me hace elegir la tal cosa, descien-
»da de arriba del amor de Dios, de forma, que
»el que elige sienta primero en sí, que aquel

»amor más ó menos que tiene á la cosa que
»elige, es sólo por su Criador y Señor.

»La segunda, mirar á un hombre que nun-
»ca he visto ni conocido, y deseando yo toda
»su perfeccion, considerar lo que yo le diria
»que hiciese y eligiese para mayor gloria de
»Dios nuestro Señor y mayor perfeccion de su
»ánima, y haciendo yo asimismo, guardar la
»regla que para el otro pongo.

»La tercera, considerar como si estuviese
»en el artículo de la muerte, la forma y me-
»dida que entonces querria haber tenido en el
»modo de la presente eleccion, y reglándome
»por aquella, haga en todo la mi determina-
»cion.

»La cuarta, mirando y considerando cómo
»me hallaré en el dia del juicio, pensar como
»entonces querré haber deliberado acerca de
»la cosa presente, y la regla que entonces
»querria haber tenido tomarla ahora; porque
»entonces me halle con entero placer y gozo.

»Tomadas las reglas sobredichas, para mi
»salud y quietud eterna, haré mi eleccion y
»oblation á Dios nuestro Señor conforme al
»sexto punto del primer modo de hacer elec-
»cion.»

DECLARACION DE LOS MODOS DE ELECCION.

Habiendo uno alcanzado la disposicion que se ha dicho en los ejercicios pasados, lo mejor que con la divina gracia pudiere, resta que ponga los ojos en el estado de sus cosas; esto es, en sus faltas, en sus pasiones é inclinaciones, y en sus ocupaciones y ejercicios, para reformarlo todo conforme al beneplácito de la divina voluntad, aplicando su consideracion á lo particular de estas cosas, y á los medios que debe usar en cada una de ellas, ayudándose para esto del exámen que hizo de sus faltas en el primer ejercicio de los pecados.

Para determinarse con más acierto en estas cosas, vea estos dos modos de eleccion que nuestro santo Padre pone en esta segunda semana, de los cuales bien platicados sacará determinaciones muy acertadas para la reformation de su vida, y de sus ocupaciones y ministerios.

Y es mucho de advertir, que así como el principal estorbo que tenemos para determinar lo que conviene á mayor servicio divino, es el amor desordenado de la honra, ó del regalo y hacienda; así el mayor estorbo que

tenemos para poner en ejecucion las cosas ya determinadas, es la contradiccion que nos hace nuestra sensualidad, y el amor propio y mundano. Y de aquí es, que así como para determinarnos bien nos dispone nuestro santo Padre con el ejemplo de Cristo nuestro Señor, que va siempre con su cruz delante de nosotros, para que deseemos seguirle y hacernos semejantes á él; así para confirmarnos en las determinaciones ya hechas, y darnos esfuerzo para ponerlas en ejecucion, nos propone muy despacio en la tercera semana la meditacion de la pasion de Cristo nuestro Señor. Es, pues, el fin de la tercera semana el ejercicio de las virtudes más perfectas, que se ejercitan con contradiccion y con adversidades, y con deshonoras y dolores y falta de las cosas temporales; de todo lo cual tenemos ilustrísimos ejemplos en la pasion de nuestro Salvador.

PRIMERA MEDITACION

DE LA PASION.

El intento de esta meditacion, es mostrar (lo que no se puede pensar sin admiracion)

que en el poco espacio de tiempo que duró el proceso de la pasión de nuestro Salvador, padeció tantos trabajos en todo género, y con tantas circunstancias para agravarlos, que no parece posible suceder á ningún hombre por todo el discurso de los tiempos ninguna manera de trabajos ó adversidades, que no las haya padecido primero con grandes ventajas nuestro Salvador. Y puédese reducir toda esta consideración á cuatro cabezas. Lo primero, á la pobreza y falta de las cosas necesarias. Lo segundo, al desamparo de los hombres, y particularmente de los amigos. Lo tercero, á las deshonras é injurias. Lo cuarto, á los dolores del cuerpo.

Primero, su pobreza llegó á punto, que le faltaron generalmente todas las cosas, pues ni tuvo una cama en que morir, ni un lienzo siquiera con que cubrirse, sino se le dieran como de limosna por la honestidad; ni en la sed y agonía de muerte tuvo para refrescarse otro alivio del que sus enemigos le quisieron dar, que fué hiel y vinagre. Y diciendo S. Pablo, que la suma pobreza es tener con que cubrir el cuerpo y con que sustentarle sin buscar otra cosa fuera de esto; el Señor, que siendo rico se hizo pobre por nosotros, pasó más adelante; porque ni tuvo con que cubrirse, ni con

que apagar su sed. Esta es la pobreza que suelen tener los vivos; mas la de los muertos pasa adelante, y es muy semejante á la de los que nacen, como dijo el mismo Apóstol (1 *ad Timoth.* 6): *Nihil intulimus in hunc mundum: haud dubium, quia nec auferre quid possumus.* Y con todo eso los muertos tienen derecho á su sepultura y á su mortaja, y á que se cumpla su última voluntad acerca de la disposicion de sus bienes. Pero nuestro Salvador fué enterrado en sepultura ajena, y con mortaja dada de limosna; y las pobres vestiduras de que en su vida usaba, no pudo en su muerte dejarlas á quien queria, sino que vió despojar de ellas, y que los soldados se las repartian y sorteaban entre sí á su contento.

En cuanto á lo segundo, el desamparo de los hombres fué tan grande, que se pudo decir en su persona (*Psal.* 141): *Considerabam ad dexteram, et ridebam, et non erat qui cognosceret me.* Y en otra parte (*Psal.* 87): *Longe fecisti notos meos á me, posuerunt me abominationem sibi.* Y tanto fué mayor este golpe y caida, cuanto fué de más alto; de manera, que pudo él tambien decir (*Job.* 30): *Elevasti me, et quasi super ventum ponens elisisti me valide.* Porque habiendo sido estimado como santo,

reverenciado como profeta, oído como gran maestro y predicador, seguido de todo el concurso del pueblo en el templo, en las sinagogas, en la ciudad, en el desierto, en la mar y en la tierra, engrandecido por sus milagros tantos y tan ilustres, querido y amado por los continuos beneficios que recibían de él; todo esto se trocó súbitamente en desconocimiento, en desprecio, en infamia, en odio y aborrecimiento, como estaba escrito en la ley: *Quia odio habuerunt me gratis* (Joann. 15, num. 25).

Lo primero, sus naturales le procuraron la muerte con suma injusticia, y los gentiles romanos se la dieron con suma crueldad. Los sacerdotes y letrados eran como la levadura, con que toda la masa del pueblo quedó no poco avinagrada contra el Salvador. Los príncipes soplaban el fuego; y en los populares se encendió tal llama, que no se pudo apagar con tantas afrentas y tantos dolores; y no se contentaron viéndole colgado de una cruz, sino que como perros rabiosos despedezaban las carnes del que así veían morir con injurias y denuestos.

Lo segundo, teniendo tan declaradas contra sí las voluntades de todos los judíos y gentiles mayores y menores, en los suyos, que habían seguido su escuela, halló poca firmeza

y lealtad; porque de sus doce apóstoles escogidos, uno le vendió y se hizo capitán de los que le iban á prender; otro, á quien él habia dado el primado entre todos, le negó tres veces en su cara, echándose muchas maldiciones sobre que no le conocia; y los demás le desampararon, dejándole en poder de sus enemigos. ¡Ó ejemplo nunca visto de la inconstancia de las cosas humanas, y de la constancia que debe tener el verdadero cristiano en ellas! ¡Qué sintió aquel bendito corazón del Señor, cuando se vió tan falto de amigos, y tan cercado de enemigos, pues de él estaba escrito (*Psal. 21*): *Factum est cor meum tamquam cera liquescens in medio ventris mei!*

Lo tercero, sola su madre nunca le desamparó, y le acompañó en su afrenta, cuando no le pudo ayudar ni defender, antes le acrecentaba intensamente el dolor con su presencia. Y el eterno Padre, que bien podia, no quiso por entonces volver por él, dejándole padecer con todo rigor á gusto de sus enemigos. Lo cual sintió el bendito Señor muy tiernamente porque sus enemigos le daban con ello en rostro, diciendo: Si espera en Dios, líbrele Dios; sálvele Dios, pues que no quiere á otro sino á él solo. Y no queriendo Dios por entonces li-

brarle, ni dar muestras de que volvía por él, se quejó amorosamente el Salvador diciendo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?

Lo restante de esta meditacion, y el fruto que se ha de sacar de ella, se pondrá en la meditacion del día séptimo.

DIA SÉPTIMO.

DEL EXÁMEN PARTICULAR.

El texto de los *Ejercicios* de nuestro santo Padre dice así:

«*Exámen particular y cotidiano; contiene en sí tres tiempos, y dos veces examinarse.*»

«El primer tiempo es, que á la mañana, »luego en levantándose, debe el hombre proponer de guardarse con diligencia de aquel »pecado particular ó defecto, que se quiere corregir y enmendar. El segundo, despues de »comer pedir á Dios nuestro Señor lo que el »hombre quiere; es á saber, gracia para acordarse cuántas veces ha caído en aquel pecado particular ó defecto, y para se enmendar »adelante; y *consequenter* haga el primer exámen, demandando cuenta á su ánima de »aquella cosa propósita y particular, de la cual »se quiere corregir y enmendar, discurriendo »de hora en hora, ó de tiempo en tiempo, comenzando desde la hora que se levantó, hasta

»la hora y punto del exámen presente; y haga
»en la primera línea de la G tantos puntos
»cuantas veces ha incurrido en aquel pecado
»particular ó defecto; y despues proponga de
»nuevo de enmendarse hasta el segundo exá-
»men que hará. El tercer tiempo despues de
»cenar se hará el segundo exámen, asimismo
»de hora en hora, comenzando desde el pri-
»mer exámen hasta el segundo presente; y
»haga en la segunda línea de la misma G tan-
»tos puntos cuantas veces ha incurrido en
»aquel particular pecado ó defecto.»

*»Siguense cuatro adiciones para más presto
»quitar aquel pecado ó defecto particular.»*

«La primera adición es, que cada vez que
»el hombre cae en aquel pecado ó defecto par-
»ticular, ponga la mano en el pecho, dolién-
»dose de haber caído, lo que se puede hacer
»aún delante muchos sin que sientan lo que
»hace.

»La segunda, como la primera línea de la
»G significa el primer exámen, y la segunda
»línea el segundo exámen, mire á la noche si
»hay enmienda de la primera línea á la se-
»gunda; es á saber, del primer exámen al se-
»gundo.

»La tercera, conferir el segundo dia con el
»primero; es á saber, los dos exámenes del
»dia presente con los otros dos exámenes del
»dia pasado; y mirar si de un dia para otro
»se ha enmendado.

»La cuarta adicion, conferir una semana
»con otra, y mirar si se ha enmendado en la
»semana presente de la primera pasada.

»Es de notar que la primera G grande que
»se sigue significa el domingo, la segunda
»más pequeña el lunes, la tercera el miércoles,
»y así *consequenter*.»

DECLARACION DEL TEXTO.

Para que nuestros ejercicios espirituales sean provechosos, á la devocion y buenos sentimientos se han de seguir los buenos deseos; á los buenos deseos las buenas elecciones, propósitos y determinaciones; y á éstas la ejecucion; á la cual suele poner el demonio nuevas dificultades y estorbos; y sin la cual nuestros ejercicios serán como un árbol lleno de hoja y de flor, que se heló ó se añubló, y no llevó fruto sazonado y maduro.

El ejercicio más inmediato á la ejecucion, es el exámen particular. Lo primero, porque con este ejercicio se atiende á arrancar faltas,

ó plantar virtudes particulares, y en materia y con circuntancias particulares; y, como dice el Filósofo, nuestras acciones siempre son *circa singularia*; y tambien, porque siendo la materia del exámen particular una sola cosa y singular, está más recogida toda la fuerza del alma, y todo el cuidado y atencion; y siendo esta falta como raiz de otras muchas, cortando la raiz caen tambien las ramas; y así de todas maneras la materia del exámen particular es acomodada para traer los propósitos á la debida ejecucion. Lo segundo, la forma tambien de este ejercicio consiste toda en pura ejecucion; porque se reduce á proponer sobre la enmienda de la tal falta, andar con cuidado y vigilancia para no caer en ella, reprimirse y mortificarse en la ocasion, tomarse cuenta de las veces que ha caido, poner otros tantos puntos en el libro, y conferir las faltas de un dia con las del otro, etc. De lo cual se ve que el fin de este ejercicio es corregirse con efecto y con exaccion de algun pecado, ó falta, ó cosa particular. Y porque ninguno ha tratado tan en forma de este ejercicio como nuestro santo Padre, así parece medio propio de los de la Compañía, y muy acomodado al espíritu de ella, que es más de mortificacion y ejercicio de virtudes sólidas, que de otras devociones aparentes y peregrinas.

La materia de este exámen no es fácil de señalar, y se puede reducir á tres cabezas. La primera, cualquiera falta natural ó moral contra los mandamientos de Dios, ó contra las reglas y ordenaciones, ó contra la perfeccion de alguna virtud, ó de mala condicion, inclinacion, ó pasion natural. Y finalmente, cualquiera cosa que se pueda corregir, es materia de exámen particular. El cual cuando se hace de estas faltas ha de ser como precepto negativo para no hacer ninguna. La segunda cabeza es de cumplir con algunos ejercicios ó actos virtuosos que están en precepto, ó en regla, ó en alguna instruccion; los cuales como son de precepto afirmativo, el exámen ha de ser de hacerlos cuándo, y cómo, y cuántas veces se manda y ordena; y es tanto como traer exámen de no hacer falta acerca de ellos. De esta manera es el exámen que nuestro santo Padre señala á los que hacen ejercicios de las negligencias y faltas acerca de las adiciones. La tercera cabeza, así como están puestas adiciones é instrucciones para los ejercicios espirituales; así se las puede poner cada uno á sí mismo acerca de las demás virtudes, esto es, cuántas veces, en qué forma, y con qué modo ha de ejercitar cada virtud; y hacer exámen particular de hacer tantos actos y tales en la

materia de tal virtud, examinando y apuntando los defectos acerca del cumplimiento de esto. Y para saber escoger la materia del exámen particular pondremos despues algunas reglas.

La forma de este exámen y modo de corregir la falta no ha de ser con suspension de actos, ni con súbitas mudanzas, ni con querer ahogar estóicamente las pasiones, y atajar repentinamente la corriente de las inclinaciones naturales, que son ejercicios violentos y de los cuales no tanto resulta enmienda sólida y verdadera, quanto daño á la salud; sino es el modo más familiar y natural al hombre; conviene á saber, proponiendo y cumpliendo, cayendo y levantando, y peleando con una costumbre contra otra, para lo cual debe guardar los avisos siguientes.

A la mañana proponga especialmente sobre la tal cosa, y porque no desmaye si se le representa la pelea larga y las ocasiones muchas, tome los plazos cortos, y haga los propósitos desde la mañana hasta el mediodía no más; y desde el mediodía á la noche, animándose á dar buen recaudo á lo de hoy, y cerrando los ojos á lo de mañana. Entre dia traiga mucho cuidado de no caer; y si alguna vez cayere, tan lejos esté de desanimarse, que esto mismo

le sea ocasion de proponer otra vez: porque segun es nuestro propósito, así es nuestro aprovechar. De manera, que tantas veces ha de renovar el propósito, cuantas cayere en la falta. Al mediodía examínese por los mismos cinco puntos que están en el exámen general, y vuelva á proponer para la tarde; y las veces que hubiere faltado, nótelas en el libro que ha de tener para esto, con tanta distincion, que pueda comparar la tarde con la mañana, y un dia con otro, y una semana y un mes con otra semana y otro mes. Y persuádase, que el reparar tan por menudo en sus faltas, le ayudará para andar con más cuidado, y corregir más presto aquella falta particular.

Síguese de lo dicho, que ninguna persona hay que no deba hacer este ejercicio; los cortos y rudos; los ingeniosos y los de mucha capacidad; los que se contentan con un modo ordinario de vivir y los que se animan á seguir la perfeccion; los incipientes é imperfectos, y los que están muy adelante y han alcanzado la perfeccion que se puede alcanzar en esta vida; porque la forma del ejercicio es fácil, el provecho es muy grande, y la materia tiene mucha latitud y comprende todos los estados.

El tiempo de este exámen algunos juzgan

que ha de ser á mediodía y á la noche, como dice nuestro santo Padre, y que se debe hacer juntamente con el exámen general: otros tienen por grande inconveniente confundir en un mismo tiempo el exámen general con el particular; y que es ocasion de no hacer ninguno y que así el particular se debe hacer á mediodía, y el general á la noche; lo cual se funda en las palabras de la constitucion, cuarta parte, cap. 4, § 3, donde manda que se dé tiempo, *examinandis bis quotidie per suis conscientiis*. Y en la cuarta Congregacion, capítulo 6, declarando esto dice: *Consuetudo orandi in Societate quotidie per horam integram, præter tempus duplicis examinis quotidiani, tamquam pia, et salutaris, etc.* Donde aquella palabra, *duplicis examinis* no sólo señala dos tiempos sino dos maneras de examinarse; y que lo que nuestro santo Padre dijo de hacer el exámen particular á mediodía y á la noche, se entienda en tiempo de ejercicios. En este punto cada uno siga su costumbre, como no deje hacer él un exámen y el otro; pero bien se ve que se haria el exámen particular con más cuidado si se hiciese en tiempo diferente.

DE ALGUNAS REGLAS PARA ESCOGER LA MATERIA
DEL EXÁMEN PARTICULAR.

La materia del exámen particular, como queda dicho, se reduce á tres cabezas, que son corregir las faltas, hacer con puntualidad los ejercicios espirituales, y ejercitarse en algunos actos de virtudes. Y porque los ejercicios espirituales son muchos, y cada virtud y vicio tiene varios actos y como ramos diferentes, débese advertir, que no conviene tomarse con todos juntos, que seria mucha confusion, sino que sea la materia tal y tan determinada y particular, que pueda cada uno cogerse á las manos, y contar las veces que ha incurrido en la tal falta. Ayudará para la práctica poner ejemplos particulares en todas las tres materias que hemos señalado, como se verá en el catálogo siguiente.

MATERIA DE EXÁMEN PARTICULAR ACERCA
DE FALTAS.

Gula. Lo primero no comer fuera de tiempo y lugar, ni sin licencia. Lo segundo, no admitir regalos ni cosas particulares sin conocida necesidad. Lo tercero, no dejarse llevar con desórden del gusto y apetito de los man-

jares, poniendo la atencion, cuando se coma, en otra cosa diferente.

Codicia. Lo primero, no tener cosa propia sino de lo que todos usan en la comunidad. Lo segundo, no tener sino lo precisamente necesario, y que no se puede excusar. Lo tercero, no ser prevenido ni oportuno en pedir. Lo cuarto, no escoger sino tomar lo que me dan, estando dispuesto á lo peor.

Castidad. Lo primero, guardar la vista, guardar las manos, guardar los oidos de cualquier incentivo de mal. Lo segundo, guardar el silencio, y más en palabras regaladas y pegajosas. Lo tercero, guardarse de trato familiar, secreto, ocasionado, y de amistades particulares, y de personas sospechosas. Lo cuarto, guarda el pensamiento limpio en el acatamiento de Dios.

Ira. Lo primero, no decir palabras de injuria, ni de amargura. Lo segundo, no hablar alto y con desentonamiento. Lo tercero, no dar quejas ni decir amenazas. Lo cuarto, reprimir los movimientos de ira, sin dejarse llevar de sospechas, de discursos, ó de venganzas.

Lengua. Lo primero, no hablar fuera de tiempo, no de cosas inútiles, no porfiar, ni hablar alto. Lo segundo no murmurar en ausencia. Lo tercero, no picar con dichos agudos

en presencia. Lo cuarto, no decir gracias y donaires.

Soberbia y vanagloria. Lo primero no alabarse ni hablar de sí, ni darse á conocer si las ocasiones de caridad y obediencia no obligan. Lo segundo, no excusar sus faltas. Lo tercero, no pretender *directe*, ni *indirecte* cosa de honra, sino dejarse del todo olvidar, y á disposicion ajena. Lo cuarto, atajar con presteza los pensamientos vanos.

Modestia. Lo primero, no volver la cabeza ligeramente, no llevar inquietas las manos, no hacer rugas en la frente ó en las narices, no dar risadas, llevar el bonete y lo demás del vestido decentemente compuesto, etc.

ACERCA DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.

Lo primero, tener hecha distribucion de tiempo en lo que está á mi disposicion, y guardarla puntualmente. Lo segundo, hacer todos los ejercicios espirituales, cuanto fuere posible, á sus horas. Lo tercero, hacerlos conforme á las adiciones é instituciones, etc.

En cuanto á los ministerios. Lo primero, hacerlos con puntualidad y exaccion, no excusándose, no echando la carga á otros, no teniendo acepcion de personas. Lo segundo,

tenga cada uno examinadas y notadas las faltas que hace en ellos, de suavidad, de madurez, de rigor, ó de remision, etc., y ponga atencion al remedio.

En cuanto á las recreaciones. Póngase ley de no pasar ninguna recreacion sin hablar alguna cosa provechosa, mucho más cuando fuera de recreacion habla con los de casa ó con los seglares.

ACERCA DEL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES.

Los actos de las virtudes, unos son exteriores y otros interiores; y de los unos y de los otros pondremos ejemplo para que se pueda hacer exámen particular de ellos, señalando algun número de veces en que se hayan de hacer á la mañana y á la tarde los tales actos de virtud.

Actos exteriores de humildad. Lo primero, hablar bajamente de sí, ó decir alguna falta suya, ó deshacer sus cosas. Lo segundo dar ventaja á los otros en la cortesía, en el lugar con las palabras, y con las obras tambien, cediendo en todas ocasiones, y tratándolos como si fueran superiores. Lo tercero, hacer algunos oficios de humildad, como fregar, servir, comer debajo la mesa, besar los piés, etc.

Actos interiores de humildad. Lo primero, reconocer sus pecados y faltas, y pedir perdón de ellas. Lo segundo notar muchas cosas en que otros hacen ventaja, y sujetarse á ellos. Lo tercero, imaginar ocasiones de desprecios, ó agravios que me hacen, y gustar de pasarlos. En lo cual es menester prudencia para no dar en quimeras, sino reducir el discurso á las cosas que moralmente podrian suceder en su estado y oficio, disponiéndose de buena gana á sufrirlas, etc.

Actos exteriores de obediencia. Lo primero, puntualidad á las campanas y á la voz del superior. Lo segundo, ejecucion pronta y devota de todas las ordenaciones y voluntades de los superiores. Lo tercero, obedecer sin réplica y con humildad á los oficiales subordinados. Lo cuarto, obedecer en algunas cosas tambien áun á los iguales é inferiores, acomodándose á su voluntad y parecer, y dejando el suyo.

Actos interiores de obediencia. Lo primero, conformar su voluntad y sujetar su parecer al del superior. Lo segundo, actuar la intencion en las obras que hace, conviene á saber, que las hace por obedecer. Lo tercero, imaginar ocasiones de obediencias dificultosas, y disponerse á ellas; y esto con el recato que arriba dijimos.

Puédense hacer tambien en algun número señalado actos de fe, de esperanza y caridad, de rectificar la intencion, y actos semejantes, segun el caudal y disposicion del que se ejercita.

Vista tan copiosa materia del exámen particular, síguese hacer eleccion de la que á él más le conviene, para lo cual debe ejercitarse conforme á algunos de los modos de eleccion, y ponderar las razones siguientes. Si el exámen particular se ha de hacer de alguna falta, se debe considerar si es muy ofensiva y escandalosa á los otros, y que reparan y tropiezan en ella: si es causa y raíz de otras faltas: si es falta que nace de alguna vehemente pasion que lleva y arrebatá trás sí, y por eso hay más peligro de caer más veces en ella. Si segun el estado presente, ó de las cosas que se tratan, ó de las personas con quien se trata, hay más próxima ocasion de caer en aquella falta. Si el exámen se hubiere de hacer en materia de virtudes, se debe considerar, si aquella virtud es más conforme á su vocacion: si es más á propósito para las ocupaciones y ministerios que trata: si remedia la falta en que suele caer más, y la pasion en que tiene más flaqueza, etc. Y consideradas todas estas cosas, aquella virtud ó falta en que

concurrieren más razones de estas, escogerá por materia de exámen particular.

SEGUNDA MEDITACION

DE LA PASION.

En este dia se meditarán los dos puntos acerca de la pasion del Salvador, que restaron de la meditacion pasada; conviene á saber, de sus deshonras y de sus dolores. Porque como quiera que en el proceso de la pasion le pusieron al Señor una corona de espinas, que fué de suma afrenta y de sumo dolor, así quedaron estas dos cosas, conviene á saber, dolores y afrentas como vinculadas á la corona del reino de Cristo; y no sabréis de cual de ellas tuvo más su pasion.

En cuanto á la deshonra, creció mucho. Lo primero por parte de su persona, que era verdadero Dios; y en cuanto á hombre tuvo de sus deshonras tanto más vivo el sentimiento, cuanto era de más alto corazon, y habia alcanzado mayor reputacion y estima entre los hombres, y le habian tratado con mayor cortesía y reverencia. Y estando en este punto los príncipes y magistrados se declararon contra él, enviándole á prender fuera de la ciudad

con mano armada como á ladron, y trayéndole atado con vocería y violencia por toda ella. Y como el pueblo le vió preso, y tan descompuesto y afrentado, todos, como suele acaecer, se dieron por engañados de la opinion que habian tenido de él; y como corridos de haber hecho tanta honra á un hombre falso y embaidor, procuraban deshacer el yerro con nuevas invenciones de injurias y afrentas; y así se vino á cumplir en su persona lo que estaba escrito de él: *Et cum sceleratis reputatus est.*

Lo segundo, creció esta deshonra por parte de las personas que se la hicieron. Porque los letrados y más ancianos, los pontífices y sacerdotes, los magistrados y jueces, que era la gente más acreditada en letras y religion, y de quien menos se podia presumir, ó que ignorase la justicia, ó que quisiese hacer agravio ó injusticia; estos fueron los que despues de mucho acuerdo, y habiendo examinado la causa en su concilio, le declararon por blasfemo y alborotador, y le condenaron por digno de muerte; y todo el puelo se la pidió, y hacia fuerza al presidente con violencia popular para que se la diese; y los soldados gentiles y sin Dios, y la gente vil y soez fueron los verdugos que la ejecutaron, poniendo en él las manos y la lengua, sin ninguna vergüenza

y cortesía. Y entre sus discípulos uno le vendió; y otro en su presencia le negó, despreciándose de haberle tratado ó conocido; y los demás le desampararon y huyeron; que cada cosa de estas por su parte agrava la deshonra por parte de aquellos que le deshonraron.

Lo tercero, creció por parte de los delitos que le acusaron, que fueron muchos y gravísimos; conviene á saber, de blasfemo contra Dios, que por lo menos se hacia hijo suyo, é igual con él: de traidor á los reyes, que les usurpaba su título y dignidad, y vedaba pagarles sus derechos y tributos. De hombre embustero y alborotador, que traia el pueblo levantado é inquieto, juntando escuela y enseñando doctrina nueva y perniciosa, discurriendo por la tierra, por aldeas y por ciudades sin tener domicilio señalado. De hechicero y encantador, que con milagros falsos y aparentes, y hechos con ayuda del demonio, tenia la gente embelesada y se ofrecia á destruir el templo, y en tres dias tornarle á levantar sin manos, con fuerza de palabras y de encantamientos; que todos eran crímenes gravísimos y odiosos que contenian en sí otros muchos. Todos los cuales declararon y desmenuzaron los letrados y los sacerdotes, despues de haberlo tratado en su concilio, así al presidente Pila-

tos, como al rey Herodes, acusando con gran fuerza al que callaba delante de aquestos tribunales.

Lo cuarto, creció su deshonra por parte de las cosas que hicieron con él, que todas fueron llenas de dolor y de ignominia. Porque lo primero, le prendieron de noche y en el campo con alboroto; lleváronle por la ciudad atado y con afrenta; examinaron su causa con violencia; y uno de los criados del pontífice, injuriándole de palabra como á descortés, le dió una bofetada en el rostro delante de su amo y del concilio de los sacerdotes. Los que aquella noche le guardaban, la gastaron toda en su deshonra. Porque le cubrían los ojos, y le escupían en el rostro; y dándole bofetadas y pescozones reían y mofaban de él, como de profeta falso y mentiroso. Trajéronle por las calles de unos tribunales en otros diferentes veces. Herodes le vistió para burlar de él como á tonto; y Pilatos le desnudó con suma vergüenza en su pretorio, para azotarle como á ladrón. La cohorte de los gentiles le adoró como á rey de burlas, hincándole con palos la corona en la cabeza; y el pueblo de los judíos no le quiso admitir ni confesar por rey de veras; y puesto en competencia con un ladrón sedicioso y homicida, dieron al homicida libertad,

y al Autor de la vida tuvieron por indigno de ella. Y no refrenando siquiera su furor delante de él, en su presencia y en sus ojos, le pidieron á voces para ser crucificado. Condenó-le el juez; y siendo de suyo el género de muerte tan infame, le hicieron mucho más, con la compañía de ladrones; y haciéndole llevar por toda la ciudad el madero afrentoso de su cruz, le colgaron en ella ignominiosamente, desnudo á vista de la gente. Y como si todo esto no bastara, estando agonizando y con las ánsias de la muerte, le decían palabras feas, dándole en rostro con los delitos que él no habia hecho, y ellos le habian levantado. ¡Oh honrador y honra de los hombres, quién así te ha deshonorado por ellos, que sólo merecias ser honrado y ensalzado!

Finalmente, cuanto á los dolores de su cuerpo fueron tantos, que se pudo bien decir, que desde la planta del pié hasta lo más alto de la cabeza no tenia cosa sana; y que todo estaba hecho una llaga como leproso, sin haberle quedado color ni hermosura, ni vista ó figura por donde fuese conocido. Las espaldas abiertas, y todo el cuerpo señalado con azotes; los hombros molidos con el peso de la cruz; el pecho descoyuntado y estirado en ella; la cabeza traspasada con espinas, y de la mala noche

flaca y desvelada; los cabellos mesados; la barba pelada y arrancada, y el rostro golpeado con bofetadas; las venas desangradas; la boca seca con la sed, y la lengua amarga con la hiel que le habian dado; las piernas y brazos estirados hasta contársele los huesos; las manos y piés barrenados, colgado con clavos de un madero por sus mismas heridas, y abriéndolas con el peso de su mismo cuerpo; el corazon afligido y puesto á punto de morir á fuerza de congojas y dolores.

Y no solamente en lo que padeció, sino tambien en las causas y modo de padecer, se descubria claramente que era más que hombre el que así padecía. La causa porque padeció, fué por la justicia y por la verdad, y por volver por la honra de Dios, que era su padre, y por cumplir con el precepto que le tenia puesto, y por el bien público de todos los hombres presentes, pasados y venideros; dejándose despojar de la hacienda y de la amistad de los hombres, de la fama y de la honra, de la salud y de la vida por no perder un punto de caridad y de su obediencia; dejándonos ilustrísimo ejemplo para menospreciar todas las cosas que se llaman prósperas y acometer las adversas y terribles que hubiere en este mundo, cuando se atraviesa el mayor servicio y

gloria de Dios nuestro Señor, que es todo el fruto que debemos sacar de esta meditacion, trayendo siempre delante de los ojos á este Señor, que estando con tan extremada pobreza, desamparado de sus amigos, rodeado de sus enemigos, deshonrado y abatido, y con tan graves dolores y tormentos, no se rindió, ni mostró flaqueza, ni perdió un punto de su decoro y majestad; antes extendió animosamente los brazos, haciendo demostracion de las fuerzas de Dios, y sustentando el peso de aquella cruz, que sólo él pudiera sustentarla.

DIA OCTAVO.

DE LA CUARTA SEMANA.

Así como la primera semana pertenece á la via purgativa, y la segunda á la iluminativa; así la cuarta á la unitiva, en la cual consiste la perfeccion, como está escrito: *Mihi autem adhærere Deo bonum est* (Psalm. 72.) La union con Dios se hace en esta vida por medio de las tres potencias del alma, y por el ejercicio de las buenas obras; conviene á saber, con la memoria, teniéndole presente: con el entendimiento, penetrando con su luz sus atributos y perfecciones, y la excelencia de sus criaturas de la manera que proceden y dependen de él: con la voluntad, transformándose en él por amor; y con las obras y la imitacion, haciéndose semejante á él con el ejercicio de las virtudes perfectas. Este estado, así como es el más perfecto de los que se alcanzan en esta vida, así es el más cercano y más parecido al de la gloria en la cual está Dios unido á la

memoria con continua presencia, al entendimiento con clara vision, á la voluntad con amor firme, y á toda el alma transformándola en su semejanza, como dice (1 Joan. 3): *Scimus, quoniam cum apparuerit, similes ei erimus quoniam videbimus eum sicuti est.*

A este fin se endereza toda la jornada espiritual: y así como en la gloria nos unimos y abrazamos con el último fin por medio de las tres potencias, y con la participacion perfecta de su sér por medio de la gracia consumada; así en esta vida, luego desde el principio de la conversion, despues de propuesto en el fundamento el último fin, nos empezamos á mover á él con el ejercicio de las tres potencias, y con la ejecucion de las buenas obras, á las cuales ha de llegar con eficacia la voluntad para venir á ser semejantes á Dios en la inocencia y santidad. Y esta jornada, para mayor claridad, es la que se distingue en las tres que hemos dicho, purgativa, iluminativa, unitiva. Y aunque en todas ellas siempre nos vamos acercando á Dios; pero en la primera se tiene más respeto al término de donde salimos, y del cual nos apartamos; esto es, de los pecados, de las pasiones, de las malas inclinaciones y costumbres; y por esto se llama purgativa. En la segunda, despues de ahoga-

dos los egipcios, que venian en nuestro seguimiento, tenemos solamente respecto á caminar por los desiertos espaciosos que hay hasta la tierra de promision; esto es, andar los largos espacios de las virtudes, peleando con el amor propio, sensual y mundano, y venciendo las demás dificultades de las elecciones, hasta reducirse al medio de la virtud. Y porque para esta jornada llevamos por guia el ejemplo y doctrina de Cristo nuestro Señor, verdadera luz del mundo, que nos va descubriendo y alumbrando el camino; por eso se llama iluminativa. En la tercera, se tiene ya respecto al término á donde vamos á parar, y con el cual nos hemos de unir, y en el cual hemos de descansar; y por eso se llama unitiva; y es como el caminante, cuando ya descubre el lugar donde va, que se le aviva el deseo y se le renuevan las fuerzas, y no acierta á quitar los ojos de la ciudad, ni puede quitar de allí el pensamiento ni el deseo, sino que parece que está asido con ella con todas sus potencias y sentidos, y toda su ánsia es por llegar tambien con el cuerpo. Esto sucede á los que llegan á este estado, despues de haber llorado sus culpas, mortificado sus pasiones, vencido sus repugnancias, y ejercitado las virtudes, que descubren nueva luz

y nuevas prendas de alcanzar el fin que pretenden; y tanto con más fuerza le desean y caminan á él, cuanto tienen más recogidas para esto solo su atencion y sus fuerzas; las cuales por causa de las pasiones mal mortificadas tenian antes repartidas y derramadas por muchas cosas.

De aquí se saca, que este estado de union, aunque respecto de esta vida y de la perfeccion que puede alcanzar el alma en ella, es como término; pero respecto de la bienaventuranza y vida venidera, es estado de quien camina, y por eso se llama via unitiva. Porque quien dice union, dice término y descanso; y quien dice via, dice movimiento y camino: término es respecto de lo pasado, y camino respecto de lo venidero: así como el caminante cuando está ya á vista del lugar, respecto de la jornada de atrás, se dice que ha llegado, porque ve la ciudad y las torres, y los fuegos; porque oye las campanas, y los relojes, y las voces; porque encuentra los que van y vienen; porque ya parece que no puede perder el camino, ni ofrecérsele mal paso que le estorbe la entrada, y por todo esto se puede decir en cierta manera que ha llegado; pero este mismo si se compara á los que están en la ciudad, verdaderamente camina, y no ha

llegado; porque puede tropezar y caer, puede-sele ofrecer algun mal paso de barca ó rio. Finalmente , no puede parar ni descansar; porque si no camina se quedará con efecto fuera. Esta misma es la condicion de los que están en este estado, como queda dicho, el cual propriamente se ejercita en la cuarta semana.

El intento de esta semana es. Lo primero, crecer en conocimiento y amor de Dios. Lo segundo, en el ejercicio de todas las virtudes perfectas, que se consiguen á la caridad. Los afectos que más se pretenden son dos. El primero, tomar alguna experiencia, y sentir en mí algun rastro del gozo y alegría de los bienaventurados, y del que Dios nuestro Señor comunica á los suyos; que es gusto y sabor de la gloria. El segundo, es alcanzar conocimiento claro de lo que Dios es para con nosotros con deseo del retorno, esforzándonos á hacer lo mismo para con él. Para lo primero ayuda la consideracion de la resurreccion y gloria de Cristo, de las apariciones y consuelo que dió á los suyos, y del que siempre da á los que le sirven, en sus mayores apreturas y tribulaciones; y finalmente ayuda la meditacion de la gloria. Para lo segundo ayuda la consideracion de las perfecciones y

beneficios divinos, de la manera que se practica en el ejercicio del amor de Dios.

MEDITACION

DEL PREMIO Y CONSOLACION DE LOS BUENOS.

Para recoger en una meditacion todas las materias que nos pueden ayudar al gozo y alegría espiritual, que se pretende en esta cuarta semana, se pueden considerar los puntos siguientes.

Lo primero, así como Jesucristo nuestro Señor fué la imágen de justicia y santidad, á la cual se han de conformar todos los predeterminados (*ad Rom. 8*): *Quos præscivit et prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui, etc.*; así tambien es el ejemplo de la gloria que les ha de dar á todos. Pues consideremos lo primero, la gloria de Jesucristo, que se manifestó en su resurreccion, en la cual la gloria que estaba recogida en el alma, se comunicó al cuerpo con los cuatro dotes de impasibilidad, sutilidad, agilidad y claridad; y la divinidad que en el tiempo de su pasion estuvo como escondida, se declaró: lo primero, en la exaltacion de su nombre, pues fué

conocido, creído y adorado por Hijo de Dios (*ad Philipp. 2*): *Et donavit illi nomen, quod est super omne nomen*. Lo segundo, en la potestad absoluta sobre todas las cosas: *Data est mihi omnis potestas, etc.* Alegrémonos pues: lo primero, de la gloria de Cristo tan bien merecida con sus trabajos. Lo segundo, de la esperanza que se nos abre de tener los miembros la misma gloria que vemos en la cabeza (*ad Philipp. 3*): *Qui reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ*.

Lo segundo, esta gloria empieza á comunicar Cristo nuestro Señor á los suyos en esta vida, cuanto sufre el estado de esta peregrinacion. Lo primero, con providencia paternal en las necesidades temporales. Lo segundo, con abundancia de riquezas y dones espirituales. Lo tercero, con esperanza de bienes eternos. Dos cosas les pueden dar pena á los justos, que son las culpas pasadas, y las penas presentes; y en las dos hace cumplidamente Cristo nuestro Señor el oficio de consolador; porque las culpas perdonadas son motivo de alegría, como lo fué para los hijos de Israel ver ahogados los egipcios que los perseguian, y como lo es la salud que se cobra despues de la enfermedad. Demás de esto

las penas llevadas con paciencia y buena conciencia, son tambien motivo de alegría, por la confianza en Dios, que no faltará en lo necesario; por la seguridad de que el camino de la cruz es el más acertado; por el gran peso de la gloria que corresponde á las tribulaciones, que en esta vida son tan breves y tan ligeras; y por la conformidad con la voluntad de Dios, y semejanza con Cristo nuestro Señor. Todo lo cual es causa, no solamente de tener paciencia, sino tambien de gloriarse, como decía el Apóstol, en las tribulaciones. De este consuelo que da en esta vida Cristo nuestro Señor, tenemos ejemplo en el que dió á sus discípulos todas las veces que se les apareció despues de resucitado, ofreciéndoles de nuevo su amistad despues de haberle negado ó desamparado (*Joan. 20*): *Pax vobis etc.* Y para animarlos á la cruz y paciencia en los trabajos, mostrándoles sus llagas y el resplandor y gloria que procedia de ellas.

Lo tercero, despues de esta vida y al fin de ella se sigue la hora de la muerte, que es otra ocasion de grande consuelo para los buenos. Lo primero, por la asistencia particular de Cristo nuestro Señor: *Et si abiero, et præparavero vobis locum, iterum veniam, et accipiam*

vos ad me ipsum. Lo segundo, no les da pena dejar las cosas de este mundo; porque las han dejado en vida y han peleado con ellas, para no embarazarse con ellas; y en la muerte antes se alegran de que les quite Dios este enemigo de encima, y los saque de estas prisiones, y los deje libres para su contemplacion (*Psalm. 141*): *Educ de custodia animam meam ad confitendum nomini tuo.* Lo tercero, no les da pena la mala conciencia, sino antes les alegra la buena; ni les da pena el no haberse aparejado, sino alegría el haberse ocupado en esto toda la vida, y no verse en esta hora con las prisas y turbaciones que tienen los malos. Y así sobre aquellas palabras (*Lucæ 12*): *Ut, cum venerit, et pulsaverit, confestim aperiant, ei,* dice san Gregorio: *Qui autem de sua spe, et operatione securus est, pulsanti confestim aperit, quia lætus judicem sustinet, et cum tempus propinquæ mortis advenerit, de gloria retributionis hilaescit.* Lo cuarto, porque como quien está cerca de la gloria empieza á tener algunos rastros y principios de ella en la quietud y gozo, en la seguridad y confianza, y en el mayor conocimiento de Dios, de los ángeles y santos, etc. De manera, que con la experiencia de los nuevos aires, parece que se da prisa el alma á salir del cuerpo.

Lo cuarto, en el día del juicio también será particular el consuelo y alegría de los buenos. Lo primero, porque las señales de espanto y terror, serán para ellos argumentos de estar cercana su gloria, como dijo el Salvador, (*Lucæ 21*). *Respiciite, et levate capita vestra, etc.* Lo segundo, por la resurreccion del cuerpo glorioso, que es como hacer Dios de nuevo al hombre y darle vida nueva y gloria nueva; y por eso se llama en el Evangelio regeneracion. Lo tercero, por la distincion que se ha de hacer entre los buenos y los malos habiendo estado siempre mezclados en esta vida (*Matth. 25*). *Et statuet oves quidem a dextris, hædos autem a sinistris.* Y por la excelencia del lugar, pues quedándose los malos cosidos con la tierra, los buenos, como dice san Pablo, serán levantados en las nubes, para salir al encuentro á Cristo en los aires. Lo cuarto, por haberse de publicar delante de todo el mundo sus merecimientos, y haberle de confesar Jesucristo por suyo delante de su Padre y de los ángeles, y por haber de recibir la honra de la mano de Dios (*Joann. 12*). *Honorificabit eum Pater meus, etc.* Lo quinto, por la dignidad de jueces que tendrán sobre los malos, pues por sus obras y ejemplo han de ser condenados los malos (*Matth. 19*).

Sedebitis super sedes, judicantes duodecim tribus Israel. Lo sexto, por la sentencia definitiva que se dará en la causa de su salvacion y posesion del reino eterno; y pues en esta vida es dia tan alegre cuando se alcanza sentencia en favor en pleito de pocos maravedís; ¿qué alegría será la de aquel dia en los justos cuando oigan por sus oidos (*Matth. 25*). *Venite, benedicti Patris mei, etc.?*

Lo quinto, síguese la ejecucion de esta sentencia con el premio eterno de la gloria en la cual lo que tiene Dios aparejado para los que le sirven, (*I Corint. 1*): *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit.* Solamente sabemos, que aquel es el reino de Dios, en que Jesucristo es el rey, y su Madre santísima es la reina, y los cortesanos son todos los ángeles y santos; los cuales están tan unidos entre sí y con su rey, como lo están los miembros con su cabeza. Sabemos que el alma está allí en su centro y en la posesion de su último fin con la vista clara de Dios; y que los sentidos tienen abundantísimos deleites, todos los que vienen bien con la pureza, y alteza de aquel lugar, y con el apetito de un alma que está anegada en Dios. Sabemos que el lugar es lo más alto del cielo empíreo; en el cual el Cordero celebrará sus bodas, y

hará fiesta á sus amigos con la vista clara de su divinidad, y con todos los demás entretenimientos y deleites que él tiene encerrados en lo secreto de su sabiduría y de su omnipotencia; las cuales fiestas durarán por toda la eternidad de Dios. Este es el premio que tiene Dios prometido á los suyos; de cuya consideracion ha de resultar el desprecio de todas las cosas criadas, la constancia en todos los trabajos virtuosos, el gusto de los bienes eternos, la union y amor con Dios, y el ejercicio de las virtudes perfectas, que proceden de la perfecta caridad.

MEDITACION.

DEL AMOR DE DIOS.

Para mayor noticia de la cuarta semana se puede platicar este dia el ejercicio del amor de Dios como lo pone nuestro santo Padre al fin de la cuarta semana.

El texto de los *Ejercicios* de nuestro santo Padre dice así:

CONTEMPLACION PARA ALCANZAR EL AMOR.

«Primero conviene advertir en dos cosas.
»La primera, que el amor se debe poner más

»en las obras, que en las palabras. La segun-
»da, el amor consiste en comunicacion de las
»partes; es á saber, en dar y comunicar el
»amante al amado lo que tiene ó puede; y así
»por el contrario, el amado al amante. De
»manera, que si el uno tiene ciencia, dar al
»que no la tiene; si honores, si riquezas; y
»así el otro al otro.»

Oracion solita.

«Primer preámbulo es composicion, que es
»aquí ver como estoy delante de Dios nuestro
»Señor, de los ángeles, de los santos interpe-
»lantes por mí.

«El segundo, pedir lo que quiero; será
»aquí pedir conocimiento interno de tanto
»bien recibido, para que yo enteramente re-
»conociendo pueda en todo amar y servir á su
»divina Majestad.

«El primer punto es, traer á la memoria los
»beneficios recibidos de creacion, redencion
»y dones particulares, ponderando con mucho
»afecto cuanto ha hecho Dios nuestro Señor
»por mí, y cuanto me ha dado de lo que tie-
»ne, y *consequenter* el mismo Señor desea dár-
»seme en cuanto puede, segun su ordenacion
»divina: y con esto, reflectir en mí mismo,
»considerando con mucha razon é instancia lo

»que yo debo de mi parte, ofrecer y dar á la
»su divina Majestad; es á saber, todas mis co-
»sas, y á mí mismo con ellas; así como quien
»ofrece afectándose mucho: Tomad, Señor, y
»recibid toda mi libertad, mi memoria, mi
»entendimiento, y toda mi voluntad, todo mi
»haber y mi poseer. Vos me lo distes, á Vos,
»Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed á
»toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor
»y gracia, que esta me basta.

«El segundo, mirar como Dios habita en
»las criaturas, en los elementos dando sér, en
»las plantas vegetando, en los animales sen-
»sando, en los hombres dando entender: y
»así en mí dándome sér, animando, sensando
»y haciéndome entender, asimismo haciendo
»templo de mí siendo criado á la similitud é
»imágen de su divina Majestad: otro tanto re-
»flectiendo en mí mismo por el modo que está
»dicho en el primer punto, ó por otro que sin-
»tiere mejor. De la misma manera se hará so-
»bre cada punto que se sigue.

«El tercero, considerar como Dios trabaja
»y labora por mí, en todas cosas criadas so-
»bre la haz de la tierra, *id est, habet se ad*
»*modum laborantis*, así como en los cielos,
»elementos, plantas, frutos, ganados, etc., dan-
»do sér, conservando, vegetando y sensan-
»do, etc. Despues reflectir en mí mismo.

«El cuarto, mirar como todos los bienes y
»dónes descienden de arriba, así como la mi-
»medida potencia de la suma é infinita de
»arriba; y así la justicia, bondad, piedad, mi-
»sericordia, etc. Así como del sol descienden
»los rayos, de la fuente las aguas, etc. Des-
»pues acabar refleciendo en mí mismo, se-
»gun está dicho. Acabar con un coloquio y un
»*Pater noster*.»

DECLARACION DE ESTE EJERCICIO.

PRIMERA NOTA.

De las dos notas ó advertencias que están á la entrada de este ejercicio, la primera está tomada del comun proverbio, que dice: Obras son amores, que no buenas razones, y de lo que dice el Apóstol san Juan: *Filioli mei non diligamus verbo, neque lingua, sed opere, et veritate* (I Joann. 3, núm. 18): Hijuelos míos, no amemos de palabra y con sola la lengua, sino con obras y con verdad. Amor de solas palabras para con Dios será aquel que se reduce todo á ceremonias exteriores, del cual se dice en el salmo 77: *Et dilexerunt eum in ore suo; et lingua sua mentiti sunt ei: cor autem eorum non erat rectum cum eo, etc.* Amábanle, dice, con la boca, con amor de palabras: ellos

decian que era amor, y no eran sino palabras, y palabras mentirosas. Porque en el corazon no andaban á derechas con él. De estos tales dijo el Salvador (*Lucæ 6, núm. 46*): *Quid autem vocatis me, Domine, Domine, et non facitis, quæ dico*: ¿Para qué me llamais, Señor, Señor, y no haceis lo que os digo? Donde se ve, que las palabras que de suyo son buenas, por falta de obras se condenan por fingidas, y de cumplimiento. Amor de palabras es tambien aquel que se queda en solos afectos regalados de la voluntad, el cual, ó es fingido, ó es flaco, y que no tiene fuerza para llegar á las obras. Amor de obras es, el que tiene eficacia para obrar, y se extiende al cumplimiento de los mandamientos de Dios, y abraza los consejos, y se conforma, cuanto es posible en esta vida con el beneplácito de la divina voluntad. Esta regla nos dió el Salvador para conocer el verdadero amor. Si me amais, dice, guardad mis mandamientos: y el que guarda mis mandamientos, ese es el que me ama (*Joann. 14, núm. 15 y 21*). Y de este amor robusto, y obrador se dice en el salmo 118: *Juravi, et statui custodire judicia justitiæ tuæ*: y en el salmo 16: *Propter verba labiorum tuorum ego custodivi vias duras*.

SEGUNDA NOTA.

En la segunda nota se declara en qué género de obras consiste el amor; conviene á saber, en dar cada uno al otro de los bienes que tiene. De manera, que ninguno se persuada que el amor le ha de salir de balde, sino que ha de ser á costa, si fuere menester, de todos sus bienes. Por lo cual quien trate de ejercitarse en amor, ha de entrar en resolucion de perder de su honra y de su hacienda y de su comodidad y regalo siempre que fuere menester para servir al amado; y de emplear su salud y su ciencia y todos sus talentos en lo que fuere de mayor servicio y voluntad del amado. Todo lo cual viene bien con los propósitos de la segunda semana, de imitar la pobreza y humildad de Jesucristo, no sólo con el afecto, sino tambien con el efecto; no solamente en caso de mayor, sino de igual gloria y servicio divino, por asemejarse más con él.

PRELUDIO PRIMERO.

En el primer preludio se debe poner delante de Dios, representándole con semblante benigno y amoroso, y cercado de sus ángeles

y santos, que todos están intercediendo y rogando por él. Porque esta composicion de lugar aviva la fe, esfuerza la esperanza, y dispone al amor, que es el fin de este ejercicio.

PRELUDIO SEGUNDO.

En el segundo preludio se empieza á descubrir el magisterio, con que está ordenado este ejercicio, ó *contemplacion para alcanzar el amor*, y la correspondencia que tiene con las dos primeras notas que se pusieron por fundamento de él. Porque siendo así que el amor consiste en obras, y en obras de mútua correspondencia, y comunicacion de los bienes que tienen los que se aman, resta ver cómo ha amado Dios á los hombres, y la largueza con que les ha comunicado de sus bienes, para que los hombres se despierten á usar de la misma largueza y liberalidad con Dios; tomando el amor que tiene Dios á los hombres no solamente por motivo y despertador, sino tambien por regla y por ejemplar del que han de tener los hombres á Dios, conforme á lo que dijo el apóstol san Juan (I *Joann.* 4, núm. 10): *Non quasi nos dilexerimus Deum, sed quoniam ipse prior dilexit nos:* y núm. 19: *Nos ergo diligamus Deum, quoniam Deus prior*

dilexit nos. No prevenimos nosotros á Dios con nuestro amor, sino él nos previno á nosotros con el suyo. Segun esto amemos nosotros á Dios, porque él nos amó primero á nosotros. Y este es el fin de este ejercicio, y el provecho que hemos de sacar de él; el cual pedimos á Dios en este segundo preludio; conviene á saber: «Un conocimiento interno de »tanto bien recibido.» Esto es, conocimiento de lo que Dios ha hecho con nosotros, y de lo que hemos recibido de su mano, «para que »yo enteramente reconociendo pueda en todo »amar y servir á su divina Majestad.» Esto es, para que yo, reconociendo lo que Dios ha hecho conmigo, me esfuerce al retorno cuanto es de mi parte; y así pueda en todo amar y servir á su divina Majestad. Y sobre este retorno é imitacion del amor de Dios para con los hombres, se fundan cuatro grados de amor que los hombres deben tener á Dios repartidos en cuatro puntos de este ejercicio.

PUNTO PRIMERO.

En el primer punto nótese. Lo primero, que la materia de la meditacion en este primer grado del amor, son los beneficios divinos, que es materia copiosísima, y motivo muy

apretado para encender amor, pues como dicen: Dádivas quebrantan peñas: y Salomon dijo *Proverb. 22, núm. 9*, Que los que dán dónes roban los ánimos de los que los reciben. Los beneficios reduce nuestro santo Padre á tres cabezas, de creacion, redencion, y dónes particulares. En la creacion entra el sér del alma y del cuerpo con todas sus partes y miembros, con todas sus potencias y sentidos. Entra tambien, la conservacion con todos los bienes de naturaleza que á ella se ordenan. En la redencion entra todo lo que el Señor hizo y padeció por nosotros en carne mortal, y los sacramentos que instituyó para nuestro remedio. Los dónes particulares son casi innumerables y cotidianos, y nos suelen más descubrir la providencia y amor particular de Dios para con nosotros, y obligarnos más al retorno del agradecimiento y del amor. Y esto es, cuanto á la materia de la meditacion en que se debe ocupar la memoria.

Lo segundo, nótese las circunstancias que se deben ponderar en cada uno de estos beneficios, que se reducen á tres. La primera, *cuanto ha hecho Dios nuestro Señor por mí*, así en la creacion y conservacion, como en la redencion, haciendo y padeciendo tanto por proveer lo que convenia á mi remedio. La se-

gunda, *cuanto me ha dado de lo que tiene*, así en los dónes naturales, como en los de gracia y las riquezas que ha puesto en mí. Y aquella palabra, *cuanto me ha dado de lo que tiene*, se puso con particular advertencia, aludiendo á lo que está en la nota segunda: «El amor »consiste en la comunicacion de las dos partes; es á saber, en dar y comunicar el amante »al amado lo que tiene ó de lo que tiene.» Pues debo ponderar, cuán abundantemente ha cumplido Dios nuestro Señor de su parte, *y cuanto me ha dado de lo que tiene*. Lo tercero, se debe ponderar sobre lo que nos ha dado, lo que nos desea dar; porque sobre lo que nos ha dado, «*consequenter* el mismo »Señor desea dárseme en cuanto puede segun »su ordenacion divina.» Pues en todos los beneficios que Dios nos ha hecho é hiciere, debemos ponderar esta circunstancia, que no queda agotada ni cansada la liberalidad del Señor, sino antes queda deseoso de añadir otros beneficios mayores; y todos los va ende- rezando á dárse nos á sí mismo en pacífica posesion en la gloria.

Lo tercero, nótese el fruto que se debe sacar de esta meditacion, el cual es: «Reflec- »tir en mí mismo, considerando con mucha »razon é instancia lo que yo debo de mi parte

»ofrecer y dar á la su divina Majestad; es á »saber, todas mis cosas, y á mí mismo con »ellas, etc.» Y aquella palabra, *Lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar*, se puso con particular acuerdo para corresponder á otra palabra semejante que se habia puesto de parte de Dios: *Cuanto me ha dado de lo que tiene*; porque así se cumpla lo que se dijo en la segunda nota, *Que el amor consiste en la comunicacion de las dos partes, etc.* De manera, que hallándose un hombre obligado con carga tan inmensa de los beneficios y misericordias de Dios, se ponga en el cuidado que le fatigaba al santo rey David, cuando decia: *Quid retribuam Domino pro omnibus, quæ retribuit mihi?* Y no hallando en sí cosa suya propia digna de ofrecerse á Dios, le vuelve todo lo que de él ha recibido, poniéndole á Dios en las manos su cuerpo con todos sus sentidos, su alma con todas sus potencias, su libertad, su hacienda, su salud, su honra y su vida; como quien dice: «Vos me lo distes, á Vos, Señor, »lo torno; todo es vuestro, disponed á toda »vuestra voluntad.» De lo cual nacerá, mirarse de allí en adelante á sí mismo como cosa que es ajena y no es suya, y que está con nuevo título entregada á Dios en retorno de sus beneficios.

Lo cuarto nótese, que nuestro santo Padre, como gran maestro de la vida espiritual, desde el primer ejercicio de la primera semana, en que pretende mover á temor, y desde el primer paso de la via purgativa hasta el postrero de la via unitiva, y hasta este postrer ejercicio de la cuarta semana en que pretende mover á amor; todo nuestro modo de meditar y contemplar le va fundando en el uso y ejercicio de las tres potencias, como se ve claramente de las partes de este primer punto, y de las tres notas que acabamos de decir. Porque lo primero, es *traer á la memoria los beneficios recibidos*, reducidos á ciertas cabezas para mejor ayudar á la memoria, como se dijo en la primera nota. Lo segundo, *ponderar con mucho afecto* las circunstancias de estos beneficios; las cuales redujimos á tres: y esto pertenece al entendimiento, como se ve en la segunda nota. Lo tercero ofrecerse todo á Dios y al cumplimiento de su voluntad con firmes propósitos y encendidos afectos; lo cual pertenece á la voluntad, como se ve en la tercera nota. Y de la misma manera se ha de proceder en los puntos siguientes.

PUNTO SEGUNDO.

El segundo grado de amor, es no solamente haberse ofrecido á sí mismo y á todas sus cosas al cumplimiento de la divina voluntad, sino tambien estar presente á Dios con actual reverencia y consideracion, quanto sufre la flaqueza de este destierro, y quanto el alma es ayudada de la luz y favor celestial. Porque así como los vasallos fieles todos están ofrecidos al servicio y obediencia de su rey; pero no todos le asisten y están en su presencia; así todos los que aman á Dios están ofrecidos al cumplimiento de su voluntad; pero no todos llegan á este grado de asistir en su presencia con actual atencion. Y así como los que asisten siempre delante de su príncipe ó de su Señor mirándole al semblante del rostro conocen mejor su gusto, aún en cosas muy menudas y particulares; así uno de los provechos que se sacan de estar en la presencia de Dios, es que de la luz de su divino rostro resulta el mayor conocimiento de su voluntad; cosa muy deseada de los que desean cumplirla (*ad Colossenses*, 1, núm. 9): *Non cessamus pro vobis orantes, et postulantes, ut impleamini agnitione voluntatis ejus.*

Para subir á este grado de amor, sirve el segundo punto de este ejercicio. En el cual nótese: Lo primero, que la materia de él es, traer á la memoria, y *mirar como Dios habita en sus criaturas*. Y que no solamente los hace beneficios; pero está presente por sí mismo para conservarlos: «En los elementos dando sér; en las plantas vegetando, en los animales sensando; en los hombres dando á entender.» Y porque los beneficios propios mueven más que los ajenos, debo ponderar con el entendimiento, como todos los grados de sér que están repartidos en las demás criaturas, están recogidos en el hombre: y por razon de ellos está Dios presente. «En mí dándome sér, animando, sensando, y haciéndome entender;» que todos son beneficios que pertenecen á la creacion. Y sobre todo, *asimismo haciendo templo de mí*; el cual es un modo particular con que está Dios presente en el hombre, y no en las demás criaturas corporales. Porque en el hombre, como en imágen y semejanza suya, está Dios conocido, creído, amado y reverenciado como en templo suyo. Pues habiéndose Dios comunicado al hombre con tan estrecha y particular presencia, resta que el hombre refleciendo sobre sí mismo, corresponda á este beneficio, procurando estar en la presencia de

Dios y traerle delante de los ojos, creyendo, como es la verdad, que estamos siempre delante de los suyos.

De lo cual se sigue, que en el primer grado de amor se ofrece un hombre del todo á Dios con determinacion de hacer su voluntad; y en este segundo pasa más adelante; porque se une más con su divina Majestad por la presencia suya; y toma luz para conocer cuál sea el agrado de su voluntad acerca de sus acciones.

PUNTO TERCERO.

El tercer grado de amor es obrar la voluntad de Dios en presencia de Dios, y conversar con los hombres sin perder la familiaridad con Dios, y trabajar en lo que fuera sin perder el descanso y quietud del corazon. De manera, que á la presencia de Dios se añada el poner por obra y en ejecucion la voluntad de Dios. Esto mismo se halla en el amor de Dios para con los hombres, como dice nuestro santo Padre en el tercer punto, por estas palabras. «El tercero, considerar como Dios trabaja y »labora por mí en todas cosas criadas sobre »la haz de la tierra: *id est, habet se ad modum »laborantiis*: así como en los cielos, elemen-

»tos, plantas, frutos, ganados, etc., dando sér,
»conservando, vegetando, y sensando, etc.,
»despues reflectir en mí mismo.»

Para entender qué reflexion es esta que debo hacer en mí mismo para corresponder de mi parte en este tercer grado al amor de Dios, nótese lo primero: Que así como la presencia de Dios en las criaturas no es ociosa, sino que las rige, mueve y gobierna y obra con ellas, y como trabaja acudiendo con puntualidad y presteza á todas sus operaciones y movimientos; así la presencia de Dios que nosotros hemos de tener, no ha de ser ociosa, sino obradora, y que acuda con puntualidad á cumplirle á Dios todas sus voluntades. Porque el siervo que conoce la voluntad de su señor y y no la hace, merece doblado castigo. Y tambien merece justamente la indignacion de su señor el criado tan regalado, que no quiere trabajar ni servir por no perder la presencia y conversacion de su señor; como por el contrario, el que se priva á tiempo de ella, por sólo el mayor gusto y servicio de su señor, merece ser admitido despues á más estrecho trato y familiaridad. Y es así, que el dia que la caridad no obra lo que conoce, viene á dejar de conocer lo que ha de obrar: y al que no anda cuando tiene luz, le viene á faltar la luz

para andar, y las tinieblas le comprenden.

Lo segundo nótese, que así como Dios nuestro Señor tiene á su cargo el gobierno de todo el mundo, y el cuidado de acudir á todos los movimientos y operaciones de las criaturas, segun que lo pide la naturaleza de cada una; pero en la verdad ni se distrae con este cuidado, ni se cansa con este trabajo: no se distrae, porque siempre está dentro de sí, y uno consigo: no se cansa, porque siempre está en sí, y así está siempre en el centro de su quietud; así tambien el hombre que se halla en este grado, de tal manera debe obrar, que no salga de sí, sino que esté siempre en sí y sobre sí, y que traiga todas sus obras á sí, y no se deje ir tras ellas; sea señor de ellas, y de sí; y que verdaderamente pase en la libertad de los hijos de Dios. Esta alcanzará, si estando él unido consigo y con Dios, redujere á un solo fin la diversidad de sus ocupaciones, no mirando ni pretendiendo en ellas más que una sola cosa, y teniendo las demás por accesorias y de poca importancia. Y lo que ha de pretender y mirar, es agradar á la suma Bondad, y conformarse con ella, como con la regla y origen de todo lo bueno que hay en nosotros.

PUNTO CUARTO.

En el cuarto punto nótese lo primero, que la materia de la meditacion en este cuarto grado de amor, son todas las perfecciones divinas; en que se descubre gran campo á la meditacion, y grande incentivo al amor. Item se descubre camino para conocer las perfecciones divinas, por el rastro de las perfecciones que vemos en las criaturas. Y esto es lo que dice: «Mirar como todos los bienes y dones descenden de arriba; así como la medida potencia de la suma é infinita de arriba; y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc.» Porque Dios nuestro Señor, de tal manera comunica estas perfecciones á sus criaturas, que se queda con ellas; y de tal manera las reparte, que se queda con todas, y las une en sí en una simplicísima perfeccion, que es la original de donde procedieron todas.

Lo segundo nótese; en qué forma debo hacer reflexion sobre mí en esta consideracion de las perfecciones divinas. Lo primero, «apartando, cuanto es posible, de mí el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador de ellas, á él en todas amando,» pues hallamos en ellas rastro de su hermosura y per-

feccion, «y á todas en él conforme á su santísima voluntad,» como dice el mismo santo Padre en la tercera parte de las Constituciones; y con mucha razon, pues todas las perfecciones de las criaturas las hallamos con mayor excelencia en Dios (*Sap.* 13, *n.* 3). Porque, como se dice en el libro de la Sabiduría, si los hombres agradados de la hermosura de las criaturas las tuvieron por Dios, entiendan de ahí cuanto más hermoso será el Señor de todas ellas; pues el que las hizo y les dió el puesto y lugar que tienen, y las leyes y orden que guardan, es el autor y padre de la misma hermosura. Y si se admiran de la virtud que tienen para obrar, entiendan, que el que las hizo es mucho más poderoso que ellas; porque de la grandeza y hermosura de lo criado puede el entendimiento venir en conocimiento del Criador. Lo segundo no sólo debo apartar el amor de las demás criaturas, sino tambien de mí mismo por ponerle en Dios, del cual depende todo mi sér y perfeccion: «Así como del sol descienden los rayos, y de la fuente las aguas.» Pues así como la conservacion de los rayos depende más del sol, que no de ellos; y la conservacion del arroyo depende más de la fuente, que de sí mismo; así el bien del hombre más depende de Dios, que de sí mis-

mo; porque Dios es la fuente y el manantial del sér, y de todo lo bueno. Y de ahí es, que arrimándose el hombre á sí mismo viene á caer, y amándose á sí viene á perderse, y huyendo de sí, y aborreciéndose á sí, viene á ganarse, como está escrito en el Evangelio: El que ama su alma la perderá, y el que la aborrece en este mundo, la ganará para siempre.

De aquí nace mirarse uno, no como cosa suya, ni de nadie, sino todo de Dios, pendiente todo en su sér espiritual y corporal de aquel piélago infinito de sér y de perfeccion que hay en Dios. Y de aquí nace hallarse el espíritu libre y desembarazado para ir á Dios con toda la fuerza de su intencion y de su amor; porque no halla que amar, ni á quien agradar fuera de Dios; pues todo lo que hay en las criaturas, lo halla con infinitas ventajas en Dios. Cuando uno ha llegado á este estado, por muy varias y diferentes que sean sus obras, siempre es uno mismo el fin que pretende en ellas. Y siempre consigue el fin que pretende, si cerrando los ojos á todas las criaturas, como si no fuesen, no pretende más que agradar á la divina Bondad por sí misma. Porque bien puede ser, que mirando los fines particulares de cada obra, tengan nuestras acciones diferentes estados; porque unas veces

estarán al principio, otras al medio, y otras al fin; y muchas veces por diferentes estorbos que suceden, y contradicciones que se atraviesan no conseguirán su fin; pero mirando á la intencion del que obra, siempre están en su fin. Porque en cualquier estado que la obra esté, el que la hace con esta intencion, siempre está al fin de lo que pretende, que es agradar con sus obras á Dios: y por esto ningún suceso ni contradiccion puede estorbarle que no consiga su fin.

Segun esto, gran cosa es haber llegado á entender con luz del cielo, *como todos los bienes y dónes descienden de arriba*; y que hay allá arriba una infinita potencia, infinita bondad, y sabiduría, y misericordia, y una infinita hermosura, de donde se derivan estas propiedades, que tan limitadamente vemos participadas en las criaturas. Y gran cosa es haber descubierto al sol por sus rayos, y guiándonos por el arroyo, haber venido á dar en la fuente, y haber cogido el centro donde se vienen á juntar y unir la multiplicidad de las perfecciones criadas; porque allí descansará nuestro amor, sin tener que buscar otra cosa más adelante: y esto será amar á Dios con todo el corazon, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas.

Y porque los que llegan á este estado, no tienen otro cuidado sino hacer la voluntad de Dios en la tierra, con la perfeccion que se hace en el cielo; así no tienen otro deseo, sino de salir de la tierra y entrar en el cielo para suplir las faltas que se hacen en la tierra, en cuanto al cumplimiento de la divina voluntad. Ninguna cosa los detiene para esto: ninguna hacienda tienen empezada, que no la tengan tambien acabada: siempre están á punto y concluidos sus negocios para cuando Dios los llamare, y muy semejantes á los siervos que están esperando á su Señor para abrirle luego que llamare á la puerta.

Sobre estos cuatro grados de amor, que están declarados en los cuatro puntos de este ejercicio, ¿qué resta sino que este amor no sea delicado, sino robusto; no afeminado, sino esforzado y varonil; y que pueda llevar cualquier peso y vencer cualquier dificultad, y despreciar cualquier interés, ántes que apartarse del amor, y quebrantar sus leyes, y ofender aunque sea muy ligeramente á su amado (*Cant. 8, n. 6*)? Sea su amor fuerte como la muerte, que á la misma muerte no le huya el rostro, ni le vuelva las espaldas; y entonces la vencerá, si por el amor la sufriere. Sea su llama tan encendida, que si cayeren

sobre ella muchas aguas y caudalosos rios de tribulaciones, no sea más que como el rocío que cae en la fragua, que se le sorbe la llama, y le consume, y se aviva más con él: esté tan sobre sí y sobre todas las cosas, que si le ofreciere el mundo todos sus haberes para despojarle del amor, lo ponga todo debajo de los piés, y lo desprecie como si no fuera nada.

A esta caridad pertenece acomodarse con la pobreza, y admitir sin enojo la hambre y la desnudez, el frio y el calor, que son los compañeros que andan con ella, sufrir mansamente las injurias, llevar con paciencia las enfermedades, no desmayar en las persecuciones, tener longanimidad en las tentaciones, llevar las cargas de los prójimos, no cansarse de sus condiciones, no indignarse con sus descuidos, ni dejarse vencer de sus desagradecimientos; en las sequedades espirituales, no dejar sus ejercicios ordinarios; y en las consolaciones y gustos, no por eso dejar de acudir á sus obligaciones. Y finalmente, que pueda decir con el Apóstol (*ad Rom. 8, n. 35*): «¿Quién será poderoso para apartarnos de la caridad de Cristo? ¿Por ventura la tribulacion ó la angustia? ¿ó la hambre? ¿ó la desnudez? ¿ó el peligro, ó la persecucion? ¿ó el cuchillo ó la muerte? Ciertó estoy, que ni la muerte,

ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni la fortaleza, ni la alteza, ni la profundidad, ni otra alguna criatura nos podrá apartar de la caridad de Dios, que tenemos por Jesucristo Señor nuestro.» Sobre las cuales palabras el bienaventurado san Agustín dice de esta manera: «Ninguno podrá apartarnos de la caridad de Dios amenazando la muerte; porque el no amarle, es la verdadera muerte: ni prometiendo la vida; porque el amarle, es la verdadera vida. No nos apartarán los ángeles; porque estando unidos con Dios, más poderosos somos que los ángeles. No las virtudes, que tienen poderío en el mundo; porque amando á Dios, somos superiores á todo el mundo. No las molestias presentes; porque con el amor de Dios se hacen ligeras. No la esperanza de lo venidero; porque los que aman ya poseen todo el bien de presente. No nos apartará lo alto, ni lo profundo; porque ¿qué me puede ofrecer el cielo para que me aparte del que fabricó el mismo cielo? ¿Y con qué me puede amenazar el infierno para que deje el amor de Dios; que si no le hubiera dejado, no supiera qué cosa era infierno?» Todo lo sobredicho es de san Agustín.

DE LA DEVOCION DE NUESTRA SEÑORA.

Resta que digamos algo de la devocion de nuestra Señora : ejercicio no menos dulce y sabroso, que útil y provechoso. Y no trataremos todo lo que de esta materia se puede decir, sino lo que toca tan solamente á la sustancia de este ejercicio; esto es, en qué consiste esta devocion, y el modo con qué la hemos de alcanzar y crecer en ella; y esto, cuanto se puede sacar del libro de los *Ejercicios*.

Fué nuestro Padre san Ignacio desde el principio de su conversion, muy favorecido de la santísima Virgen; porque entonces se le apareció, y le animó, y confirmó en el propósito de la castidad. Y en reconocimiento de esto, en Monserrate delante de su altar y de su imágen, fué la primera vez que trocó el vestido seglar por el saco, velando toda la noche delante de la Virgen estas sus nuevas armas, y dejando colgadas delante de su imá-

gen la espada y la daga de que habia usado en los primeros años de su vanidad. De estos principios creció tanto en este santo Varon la aficion y devocion de la Virgen, que de su parte ninguna cosa intentaba grande ni menor, que no fuese debajo de su amparo; ninguna cosa pedia, que no fuese por medio de su intercesion. Y de parte de la Virgen recibia tan continuos favores, y tenia tan frecuentes visiones, como se ve en un cuaderno que dejó escrito de su mano, en que notaba las visitas que recibia cada dia de Dios, cuando escribia las Constituciones.

Este dulcísimo y provechosísimo ejercicio de la devocion de nuestra Señora consiste en cuanto es de nuestra parte, en tres cosas. La primera es, la estima y aprecio que debemos tener de la santísima Virgen. La segunda, el cuidado de imitar sus virtudes. La tercera, la confianza para valernos de su intercesion.

En cuanto á lo primero, la estima de la santísima Virgen crecerá en nuestro corazon, cuanto creciere el conocimiento de sus excelencias, de sus privilegios y prerogativas, y de las grandes y nunca vistas misericordias que Dios usó con ella; las cuales ninguna criatura conoció como ella; y agradeciendo y engrandeciendo á Dios por ellas, no nos dió otras se-

ñas de ellas, sino que eran cosas grandes: *Quia fecit mihi magna qui potens est*. El modo que nosotros hemos de tener de rastrearlas, ha de ser discurriendo por las excelencias y privilegios de los demás santos, y teniendo por cierto, que todos estaban recogidos con mayores ventajas en la Virgen. Y para entender que esto es así, basta tener entendimiento; lo cual ponderó nuestro santo Padre en la meditacion de la Resurreccion por estas palabras: «(Primero apareció á la Virgen María. Lo cual, aunque no se diga en la Escritura, se tiene por dicho, diciendo que apareció á tantos otros. Porque la Escritura supone que tenemos entendimiento, como está escrito: *Adhuc et vos sine intellectu estis?*)»

En cuanto á lo segundo, el deseo de la imitacion nace en los devotos de la estima y del amor. Porque siempre deseamos tener lo que estimamos, y hacernos semejantes á los que amamos. Y los que aman á la Virgen desean parecerse á ella; y los que la estiman, desean aprender de ella. Por lo cual dijo san Ambrosio, lib. 1 de *Virginibus*: *Sit vobis tamquam in imagine descripta virginitas, vitæque beatæ Mariæ: de qua velut in speculo refulget species castitatis, et forma virtutis. Hinc sumatis licet exempla vivendi, ubi, tamquam in exem-*

plari, magisteria expressa probitatis, quid corrigere, quid effugere, quid tenere debeatis, ostendunt. Primus discendi ardor nobilitas est magistri. Quid nobilius Dei Matre? etc.

«Traed siempre, dice este Santo, delante de los ojos, como pintada en una imágen la virginidad y la vida de la bienaventurada Virgen Maria; en la cual, como en un espejo, resplandece la hermosura de la castidad, y la forma y modo de ejercitar cualquiera virtud. De aquí habeis de tomar los ejemplos de bien vivir, donde, como en dechado, hallareis magisterios expresos de toda bondad, y que os enseñarán lo que habeis de corregir, y lo que habeis de huir, y lo que habeis de abrazar. Lo primero con que se enciende el deseo de aprender, es la excelencia del maestro. ¿Qué maestro más excelente que la Madre de Dios?» Todo esto, y mucho más dice á este propósito san Ambrosio.

Este ejercicio de la imitacion se puede hacer de dos maneras. La primera es en todos los misterios de la vida y muerte del Salvador poner particularmente los ojos en la persona de la Virgen: en lo que dice y en lo que hace: como se humilla, como agradece, como habla y como calla, como camina y como trabaja, y qué misterios se obran en ella, etc. Y hacien-

do reflexion sobre todo esto sacar para mí algun provecho. La práctica de esto se hallará en la segunda semana en el ejercicio de la Encarnacion y del Nacimiento. En el de la Encarnacion en el primer preludio de la historia hace luego mencion de la Virgen. «Y así venida la plenitud de los tiempos, envian- do al ángel san Gabriel á nuestra Señora.» Y en el segundo preludio. «Asimismo des- »pues particularmente mirar la casa y apo- »sento de nuestra Señora en la ciudad de Na- »zaret en la provincia de Galilea.» Y en el primer punto. «Tercero, ver á nuestra Señora »y al ángel que la saluda, reflectir para sacar »provecho de la tal vista.» Y en el segundo punto. «Oir lo que hablan el ángel y nuestra »Señora, y reflectir despues para sacar pro- »vecho de sus palabras.» Y en el tercer punto. «Y asimismo mirar lo que hacen el ángel y nuestra Señora; es á saber, el ángel hacien- »do su oficio de legado, y nuestra Señora hu- »millándose y haciendo gracias á la divina »Majestad: y despues reflectir para sacar al- »gun provecho de cada cosa de estas.» Y esto baste para ejemplo, porque la misma forma se guarda en el ejercicio del Nacimiento, y como allí se nota, la misma se debe guardar en las demás meditaciones de la vida, y muerte, y Resurreccion del Señor.

El segundo ejercicio, y más fácil para la imitacion de la Virgen, es, que quien desea imitarla en el uso de sus sentidos y potencias, en la oracion preparatoria se encomiende á ella, para que le alcance gracia para esto de su Hijo y Señor. Despues de esta oracion, vaya discurriendo por todos sus sentidos y potencias, y por todas las acciones de la vida humana, como es, el comer, el dormir, el andar, el hablar y negociar con los hombres, el leer y orar, y tratar con Dios; y así de las demás. Y mire con atencion, como hacia la Virgen nuestra Señora aquella accion, y como empleaba y ejercitaba aquella potencia ó sentido: y haga luego reflexion sobre sí; y mire cómo y en qué podrá imitar aquel dechado que ha visto; y examínese con cuidado en qué se desvia y aparta de él. Pida luego perdon de sus faltas, y proponga enmendarlas, reduciéndose á la semejanza y á la imitacion de tan perfecto ejemplar. Ultimamente pida á nuestro Señor gracia para esto, y á la Virgen su intercesion, y diga una Ave María. Este es el ejercicio, que practicó nuestro santo Padre en el primer modo de orar, que está despues de la cuarta semana, donde en las últimas palabras dice así: «Y quien quisiere» imitar en el uso de los sentidos á nuestra

»Señora, en la oracion preparatoria se encomiende á ella para que le alcance gracia de »su Hijo y Señor para ello: y despues de considerado en cada un sentido, diga una Ave »María.» Con estos ejercicios se puede ir aprovechando en la imitacion de la Vírgen nuestra Señora. Y advierta, que así como para la estimacion de la Vírgen ayuda, no solamente la consideracion de sus excelencias, sino tambien la de sus virtudes; así tambien para la imitacion se debe ayudar de lo uno y de lo otro; conviene á saber, de las virtudes para ejemplo de lo que debe imitar, y de las excelencias y grandezas para despertar el deseo de imitar las virtudes.

Síguese lo tercero, que es valerse para con Dios de la intercesion de la Vírgen; lo cual hace uno con tanto mayor afecto, cuanto con la estima y con la imitacion crece el amor, y de lo uno y lo otro nace la confianza; la cual crece y se aumenta cada dia más con la experiencia de lo mucho que puede esta Señora con Dios, y de las gracias que por su medio se alcanzan. Pues así como los que tienen negocios en la córte, la primera diligencia que hacen es informarse de los que tienen cabida, ó por cualquier título pueden con los reyes ó con los ministros, ante quien pa-

san sus pleitos, ó de quien dependen sus pretensiones; así en este pleito, en este negocio, en esta pretension, que traemos delante de Dios, sobre alcanzar el último fin para que fuimos criados, y todos los medios que para ello nos pueden ayudar, mucho importa saber, qué valedores podrémos tener, y de qué medianeros nos podremos ayudar para con Dios. Y no quitando su valor y eficacia á la intercesion de los santos, cierto es, que nuestro único medianero para con el Padre es su hijo Jesucristo Señor nuestro, y nuestra medianera para con el Hijo es la Virgen nuestra Señora, su madre: los cuales el bienaventurado padre san Ignacio solia llamar los medianeros. De manera, que en unos comentarios escritos de su mano y letra, en que apuntaba las visitaciones y mercedes particulares que recibió de mano de Dios por espacio de cuarenta dias, cuando escribia las constituciones, cuando dice (y lo dice muchas veces) que vinieron los Medianeros, tanto es como decir, que fué visitado de Cristo Señor nuestro, y de su bendita Madre.

La práctica de este ejercicio se ha de hacer propiamente en los coloquios cuando pedimos. Porque cualquiera peticion nuestra, si queremos que sea grata á los ojos de Dios, y

salga bien despachada de su divino acatamiento, la debemos presentar al eterno Padre por medio de su Hijo, y al Hijo por medio de su Madre; y así se harán tres coloquios. El primero á la Vírgen nuestra Señora, para que nos alcance aquella gracia que deseamos de su Hijo. El segundo, al Hijo, Señor y medianero nuestro, para que nos alcance lo mismo de su eterno Padre. El tercero, al eterno Padre, para que por los méritos del Hijo y la intercesion de la Madre nos conceda lo mismo. Esta práctica se debe guardar en todas cuatro semanas desde el principio de la conversion, hasta el fin de la perfeccion, para alcanzar todo género de gracias, y para remedio de todas necesidades. Porque en todos tiempos y ocasiones, y para todos negocios debemos tener á la Vírgen por madre y por abogada.

Primeramente, el fin de la via purgativa, y el fruto de esta primera jornada, y del ejercicio de los principiantes, consiste lo primero, en aborrecer los pecados pasados; segundo, en enmendarlos; tercero, en quitar las ocasiones de ellos, como se dijo á la larga en otro lugar. Todo esto se debe pedir por medio de la Vírgen, como se vé en el primer coloquio de la primera repeticion de la primera semana, que dice así: «El primer coloquio á nuestra

»Señora, para que me alcance gracia de su
»Hijo y Señor para tres cosas. La primera,
»para que sienta interno conocimiento de mis
»pecados, y aborrecimiento de ellos. La se-
»gunda, para que sienta el desórden de mis
»operaciones, para que aborreciendo me en-
»miende y me ordene. La tercera, pedir co-
»nocimiento del mundo, para que aborrecien-
»do aparte de mí las cosas mundanas y vanas.
»Y con esto una Ave María.»

Síguese el estado de los proficientes: los que debajo de la bandera de Jesucristo pelean contra las tentaciones y asechanzas del enemigo; los que negándose á sí mismos y llevando su cruz en compañía del Salvador, se ejercitan y crecen en las verdaderas y sólidas virtudes; los que mortificado el afecto de la honra y de la riqueza, y todo lo que el mundo puede dar y prometer, escogen solamente aquello que ha de ser para mayor servicio y gloria divina. Todos estos grados de perfeccion, que pertenecen á la segunda jornada, y via iluminativa, y son propios de los proficientes, se han de pedir y alcanzar por la intercesion de la Virgen, como se ve en el primer coloquio del ejercicio de las banderas, que dice así: «Un coloquio á nuestra Señora, »por que me alcance gracia de su Hijo y Se-

»ñor para que yo sea recibido debajo de su
»bandera: y primero en suma pobreza espiri-
»tual; y si su divina Majestad fuere servido,
»y me quisiere elegir y recibir, no menos en
»la pobreza actual. Segundo, en pasar opro-
»bios é injurias, por mas en ellas le imitar:
»solo que las pueda pasar sin pecado de nin-
»guna persona, ni desplacer de su divina Ma-
»jestad. Y con esto una Ave Maria.» Esto
mismo deben hacer los que meditan la pasion,
cuando la materia ó la devocion y afecto les
moviere á ello, haciendo tres coloquios: uno á
la Madre, otro al Hijo, y otro al Padre, por la
misma forma que está dicha. Y lo mismo
guardarán los que meditan en la cuarta se-
mana, acabando su meditacion con un colo-
quio, ó coloquios, segun sujeta materia, como
lo advierte el santo Padre en el libro de los
Ejercicios.

A esta misma devocion de la Virgen ayu-
dan las oraciones vocales, muchas y diversas,
que para este fin están ordenadas. Entre las
cuales, las más conocidas y principales son
las Horas de nuestra Señora, y el Rosario. Y
hablando de estas, es cierto que nuestro san-
to Padre, dejando libre á los principios el gas-
tar una hora cada dia, ó en alguna meditacion
y ejercicio mental, ó en oraciones vocales, ha-

biendo de ser esto segundo, señaló á los estudiantes que gastasen esta hora en rezar las Horas de nuestra Señora; y á los hermanos coadjutores que no saben leer, en rezar el Rosario, encomendando, que sean los tales instruidos como han de rezar este Rosario, meditando los misterios, para rezarle con mayor devocion y provecho. Tan dentro del corazon tenia el santo Padre esta devocion de la Virgen, y tan de veras queria que nos ejercitásemos en ella. Porque en la cuarta parte de las Constituciones, cap. 4, hablando de nuestros estudiantes, dice así: «Ultra de la confesion y »comunión, que cada ocho dias se frecuentarán y de la misa que oirán cada dia, tendrán »una hora, en la cual dirán las Horas de »nuestra Señora, y examinarán sus conciencias, etc.» Y más abajo dice: «Otros (como »podrian ser algunos coadjutores temporales, »que no supiesen leer) despues de la misa »tendrán su hora, en la cual dirán el Rosario, »ó Corona de nuestra Señora, con examinarse »asimismo dos veces en el dia, etc.» Y en la declaracion dice así: «Cerca el rezar el Rosario, sean instruidos á pensar, ó meditar los »misterios que en él se contienen; porque con »mayor atencion y devocion, se puedan ejercitar en él, etc.»

Y es mucho de advertir, que si queremos que tenga efecto en nosotros la intercesion de la Virgen, debemos estar muy atentos á no poner estorbos de nuestra parte con nuestras culpas, sino antes disponernos á recibir las misericordias de Dios con la obediencia de sus mandamientos. Por lo cual vemos, que la misma Señora, que intercedió con su Hijo en las bodas, diciendo: *vinum non habent*, dispuso luego á los ministros, diciendo: *Omnia, quæcumque dixerit vobis facite*. De los que de esta manera son devotos de la Virgen, se puede decir con verdad lo que está escrito en el capítulo 8 de los Proverbios. *Beatus homo, qui audit me, et qui vigilat ad fores meas quotidie, et observat ad postes ostii mei; qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem a Domino*.

ADVERTENCIAS Y AVISOS PARA DESPUES DE LOS
EJERCICIOS.

Traigamos siempre delante de los ojos, que no debemos contentarnos con una medianía en el aprovechamiento espiritual, sino aspirar siempre á lo más perfecto. Porque el que pone la mira en lo mediano, apenas llega á ponerse en lo ínfimo; y muchos vuelven atrás, y se

hallan donde no pensaron, porque no piensan hasta donde tienen obligacion de llegar, y los arrebatata la corriente, porque no ponen esfuerzo para ir contra ella. Y como se ve del discurso de todas cuatro semanas, nuestro santo Padre no solamente nos pide una fervorosa mortificacion de las pasiones, y guerra continua contra el amor sensual y mundano, y ejercicio de virtudes sólidas y robustas á imitacion de la cruz de Cristo; sino tambien union con Dios por contemplacion y por amor, obrando con perseverancia su santa voluntad en presencia suya, y reduciendo todas las cosas á él, como á último fin. Mire cada uno cuánto le falta por andar de esta jornada; porque esto le obligará á no divertirse de su intento por no perder el camino, y á apresurar el paso porque no le coja la noche antes de acabar la jornada, y llegue á llamar, cuando ya esté cerrada la puerta.

El primer cuidado que se debe tener, es de aprovechar bien el tiempo, acordándose que el tiempo es cosa preciosa por las cosas que se pueden hacer en él del servicio de Dios, del provecho del prójimo, y de las ganancias propias; y que el tiempo fácilmente y con poco descuido se pierde, porque siempre corre y nunca está ocioso; y que perder el tiempo

es perder uno el empleo de su vida, de sus potencias y de sus talentos; los cuales cuanto son mayores, tanto es mayor y más culpable la pérdida del tiempo; porque no tiene el mismo valor una hora de tiempo, de quien puede hacer mucho, y de quien poco; y que el tiempo perdido nunca vuelve; porque todo lo que se puede hacer mañana, se debe al día de mañana; y así nunca se puede reparar la pérdida de hoy.

Para aprovechar el tiempo, mucho importa: Lo primero, poner la atención en lo presente moderando las penas de lo pasado y los cuidados de lo porvenir; porque si lo presente se emplea bien, lo pasado será bueno, lo porvenir también; y no hay otro freno para enfrenar y regir el tiempo pasado y por venir, sino es el tiempo presente. Lo segundo, aprovechará pensar que el día de hoy es el primero de mi conversión y el postrero de mi vida para tener aliento, como quien empieza; y cuidado, como quien ha de dar cuenta; y bástale al día de su malicia, sin cargarme de penas y cuidados de las cosas que quizá nunca serán. Lo tercero, ayudará tener hecha distribución de todo el tiempo, y de las cosas que tengo de hacer en cada hora de él; la cual distribución es de grande importancia para no

perder el tiempo, y para mortificar nuestras pasiones, que nos llevan sin orden á sus antojos; y para el concierto y recogimiento del corazon, que está atado á ocupaciones ciertas y regulares; y para la facilidad del examinar la conciencia; porque cuando las cosas están todas en su lugar, fácilmente se halla lo que se busca.

Asentadas las obras que tengo de hacer cada dia, es de grande provecho irlas perfeccionando con el uso de las elecciones, tomando resolucion en cada una de ellas con acuerdo y consideracion como se harán mejor y á mayor gloria de Dios y aprovechamiento nuestro.

En este repartimiento y cuidado tengan el primer lugar los ejercicios espirituales, y la oracion, y exámenes, y leccion espiritual, acompañándolos con alguna penitencia y mortificacion ordinaria, que da peso al corazon y dispone á la devocion. Y adviértase, que estos ejercicios suelen ser los más desfavorecidos, y para los que de ordinario falta el tiempo; y así debe tener más cuidado de defenderlos con valor de las demás ocupaciones, que se quieren todas alzar con el tiempo que se debe al ejercicio espiritual.

En el ejercicio de la oracion póngase cuidado en tres cosas. Lo primero, en preparar la

materia conveniente ; porque por falta de ella se pierden muchas horas de oracion. Lo segundo, guardar las instrucciones y reglas, las adiciones y modos de orar que están en los ejercicios. Lo tercero, procurar aquellos afectos y sentimientos, aquellos dictámenes y determinaciones que se nos proponen en los mismos ejercicios, como grados para subir á la perfeccion.

Para alcanzar esto, lo primero de todo traiga uno siempre delante el último fin para que fué criado, el cual ha de ser la regla de nuestras acciones, y por él consiguientemente se deben examinar; y para esto nunca se deje de la mano el uso de los dos exámenes. Así como el oficial que levanta una pared tiene á mano la plomada y el nivel, y á menudo usa de ellos; porque sin sentir se suele ir desplomando el edificio, y salir falso y peligroso; así debe el religioso, y todo cristiano, teniendo delante su último fin, examinar á menudo sus obras, que no es más que reglarlas y ajustarlas con el último fin.

El fruto de la primera semana, que es el dolor de las culpas, se debe renovar cada dia en el exámen de la conciencia. Cuando la conciencia está quieta, se ayuda mejor para el dolor de la fealdad del pecado, de la grandeza

de Dios, y obligaciones que le tenemos, etc., de que se trató en la primera meditacion de los pecados. Cuando la conciencia está inquieta con culpas ó tentaciones graves que incitan á ellas, se mueve mejor del temor, que se trató en la segunda meditacion de las penas y castigos de los pecados.

En la segunda semana se deben poner primeramente los ojos en aquellos propósitos y determinaciones que se piden en lo cuatro ejercicios del reino de Cristo, de las banderas de las tres clases, de los tres grados de humildad; conviene á saber: un propósito firme de imitar á Cristo nuestro Señor y de imitarle en el amor de la pobreza, y de sus deshonoras y afrentas; y no sólo en el amor, sino en experimentar con efecto la pobreza, y la deshonor, y desprecio cuando fuere de mayor gloria de su divina Majestad; y no sólo cuando fuere mayor gloria suya, sino cuando fuere igual, abrazándose con la pobreza y deshonor, por ser en esto más semejante á Cristo nuestro Señor: porque estos son como los nervios y el al alma de todas las meditaciones de la vida y doctrina del Salvador. Cuando el espíritu está quieto, y procede sin perturbacion en la via de las virtudes, se deben encaminar estas meditaciones al mayor conocimiento, estima y

amor de Jesucristo, con deseo de imitar sus virtudes, las que más resplandecen en el paso que voy meditando, particularmente de su pobreza, de sus deshonras y oprobios. Cuando el espíritu está inquieto con alguna repugnancia ó resistencia á la humillacion, con queja ó sentimiento de ella, ú otra cualquiera dificultad que nace de alguna adversidad temporal, mucho ayudará para allanarse y rendirse á la cruz el ejercitarse por aquellas cuatro meditaciones, y entonces se siente mejor la fuerza de ellas; que donde hay llaga, escuece la trementina.

La meditacion de la pasion, tiene pasto provechoso para todo el año y para toda la vida, á quien abre nuestro Señor puerta á campo tan fértil. Pero el que se ejercita en esta materia no se contente con cualquier afecto de ternura y de compasion, sino esfuércese á la imitacion de las virtudes perfectas que allí resplandecen, y á sustentarse en los propósitos que tiene hechos de la abnegacion de su amor propio y mundano; y compare sus contradicciones y pasiones con las de Jesucristo; y verá cuán atrás se quedan.

Los que de esta manera se hubieren ejercitado en el dolor de sus culpas, en la mortificacion de sus gustos y pasiones, y abstenerse

de todas las consolaciones humanas, sentirán en la cuarta semana gozo y alegría espiritual y como la tierra seca empaparán en su corazón las gotas del rocío (*Ps. 76*): *Renuit consolari anima mea, memor fui Dei, et delectatus sum.*

Este es el camino cierto y bien fundado del espíritu. Estos son los pasos por donde hemos de caminar á la union con Dios, el arrepentimiento de los pecados: el temor de la divina Justicia, la castigacion del cuerpo, la mortificacion de las pasiones, el propósito y determinacion de imitar los ejemplos de Cristo nuestro Señor, el amor de su cruz, de su pobreza y desnudez, de sus deshonras y oprobios, la paciencia y conformidad cuando se ofrece la ocasion de padecerlos, el no querer nada, ni determinarse á nada sino por motivos de mayor servicio y gloria divina. Este es camino real de la santa cruz, que nos dispone para gozar de las consolaciones del espíritu, y nos dá á probar en este destierro los gustos de la gloria. Esta es la regla por donde hemos de examinar los sentimientos espirituales, si son del buen espíritu ó del malo. Porque así como el que quisiese caminar á Roma, pongo por caso, puede ir á pié ó á caballo, por mar y por tierra; y tambien si Dios quiere le puede

llevar volando por los aires, pero el camino siempre es el mismo, y de cualquier manera que uno vaya no le conviene desviarse de él; así tambien el camino del espíritu siempre es el mismo, que se compone de estos pasos; esto es, de estos propósitos y dictámenes que habemos declarado, y de la ejecucion y cumplimiento de ellos. Unas veces camina un hombre con devocion, y otras sin ella, como quien camina á pié y á costa de su trabajo. Unas veces es la devocion mayor, y otras menor; y los sentimientos espirituales y las ilustraciones divinas son de muchas maneras; y á veces son tan altas, tan extraordinarias y sobrenaturales, que parece que le llevan á uno volando; pero mucho conviene mirar á dónde le llevan. Porque si crece en los propósitos que hemos dicho, y se halla más fácil en la ejecucion de ellos, y en el ejercicio de las virtudes, y en la imitacion de la cruz del Salvador, argumento es que lleva buen camino; y cuanto va con más descanso y mayor brevedad, tanto es mejor. Pero si los sentimientos que él tiene por espirituales le desvian de estos pasos, ó le entibian en ellos, téngalos por ilusion y por engaño. Porque, ¿que importa que le lleven volando, si ha perdido el camino y va huyendo aprisa del fin

qué pretende? De manera, que por estos pasos que enseñó nuestro Padre san Ignacio, pueden los padres espirituales juzgar de cualesquiera sentimientos, por extraordinarios que sean, aunque no tengan en sí mismos experiencia de ellos.

Finalmente pongamos todo cuidado y atencion, que en los ministerios que ejercitamos, no dejemos pegarse desordenadamente la aficion á las ocupaciones mismas, ó al buen suceso de ellas, ó á las personas con quien las ejercitamos. Porque ministerios espirituales tan humanados ó tan adulterados, pierden su fuerza para hacer provecho al prójimo, y tiénenla para hacernos daño á nosotros; porque nos enredamos en pretensiones y negociaciones de tener tal puesto, ó tal ocupacion y ministerio, ó en cuidados y vanas tristezas ó alegrías del suceso, ó en negocios y distracciones, ajenos de nuestra regla, que nos cargan las personas que tratamos. Es verdad que el espíritu de los de la Compañía no quiere ser delicado, sino robusto, curtido al sol y al frio en las calles y en las plazas, y que tenga calllos de trabajar; pero todo este trabajo se ha de gobernar por el trato de familiaridad con Dios; de manera que no sea tanto comunicacion con los hombres, cuanto comunicacion

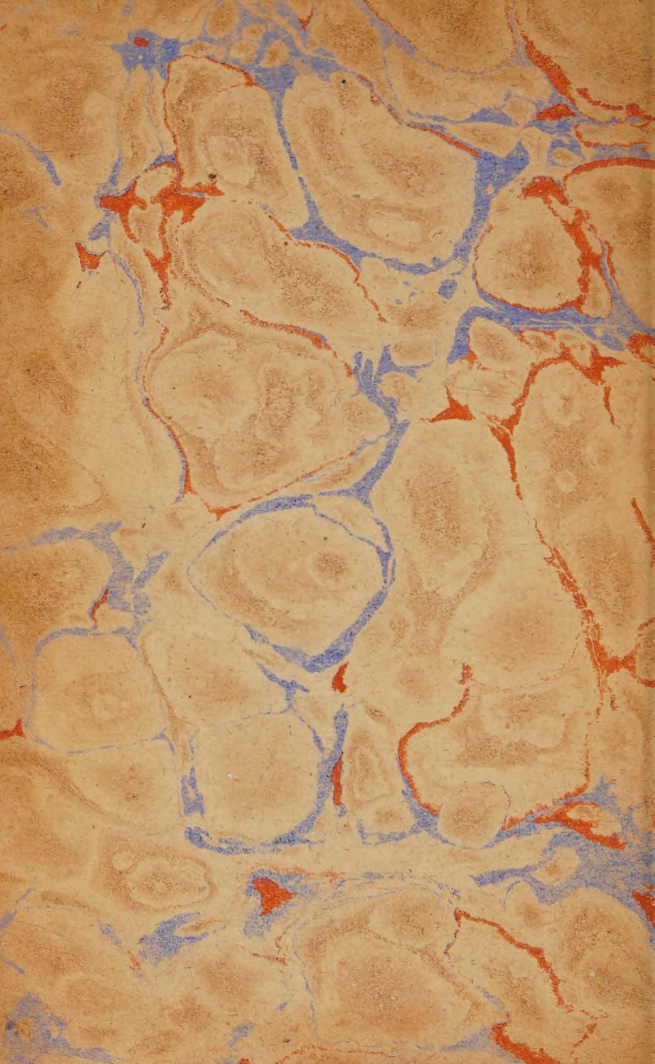
con Dios y de manera que el trabajar con los prójimos sea querer darle á Dios en ellos, y por medio de ellos, parte en mi salud, ciencia y los demás talentos que he recibido de su mano, como lo pide la ley del amor. Y para esto á las mañanas procuraré sacar luz del acatamiento de Dios, para saber cómo me tengo de haber en mis ocupaciones; y á la noche volveré á su presencia para ver si han salido á su gusto, reduciendo todas las cosas á él, como á su primer principio y último fin. De esta manera estando siempre en el fin, no nos mudaremos con la mudanza de las ocupaciones, ni nos turbaremos con la variedad de los sucesos, ni nos enredaremos en negocios ajenos de nuestra vocacion, tratando siempre con Dios más que con los hombres; pues no hemos de tratar con los hombres de otros negocios, sino de la reconciliacion con Dios, persuadidos que, para el fin que pretendemos, son mucho más eficaces los medios que disponen al hombre para con Dios, que no los que le disponen para con los hombres.

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
A nuestro muy reverendo Padre Mucio Vitelleschi, pre- pósito general de la Compañía de Jesús.	5
Á los padres y hermanos de la Compañía de Jesús.	
Prólogo.	9
Exhortacion para hacer los ejercicios.	21
DIA PRIMERO.—Instruccion acerca de la meditacion.	36
Principio y fundamento de los ejercicios.	46
Meditacion acerca del fundamento.	47
Principio y fundamento acomodado á la vida religiosa.	52
DIA SEGUNDO.—Modo de hacer el exámen general.	54
Del exámen general.	55
Meditacion de los pecados.	57
Primera parte. Del conocimiento propio de nuestras culpas.	58
Segunda parte. Del dolor de las culpas.	63
De los pecados veniales.	66
DIA TERCERO.—De la penitencia exterior ó castigacion del cuerpo —Adicion décima.	68
Declaracion de la adicion décima.	71
Meditacion de las penas de los pecados.	76
DIA CUARTO.—Del fin de la primera semana, y prin- cipio de la segunda.	86
Meditacion del reino de Cristo.	92
Declaracion de la meditacion sobredicha.	95
Primera parte de la meditacion.	96
Segunda parte de la meditacion.	99
DIA QUINTO.—De los ejercicios de la segunda semana.	106
Meditacion de las dos banderas.	112
Declaracion de la sobredicha meditacion.	116
Primera parte de la meditacion.	119

	<u>Págs.</u>
Segunda parte. De la bandera de Cristo Nuestro Señor.	124
DIA SEXTO.—De los demás ejercicios de la segunda semana.	132
Ejercicio de los tres binarios.	135
Declaracion de este ejercicio.	137
De los tres grados de humildad.	144
Declaracion de los tres grados de humildad.	146
De los modos de eleccion.	149
Declaracion de los modos de eleccion.	153
Primera meditacion de la pasion.	154
DIA SÉPTIMO.—Del exámen particular.	160
Declaracion del texto.	162
De algunas reglas para escoger la materia del exámen particular.	168
Materia de exámen particular acerca de faltas.	168
Acerca de los ejercicios espirituales.	170
Acerca del ejercicio de las virtudes.	171
Segunda meditacion de la pasion.	174
DIA OCTAVO.—De la cuarta semana.	181
Meditacion del premio y consolacion de los buenos.	186
Meditacion del amor de Dios.	192
Contemplacion para alcanzar el amor.	192
Declaracion de este ejercicio.	195
Punto primero.	199
Punto segundo.	204
Punto tercero.	206
Punto cuarto.	209
De la devocion de nuestra Señora.	216
Advertencias y avisos para despues de los ejercicios.	228



GTU Library



3 2400 00636 3984

GTU Library
2400 Ridge Road
Berkeley, CA 94709
For renewals call (510) 649-2500
All items are subject to recall

6571

